

Jorge Gaggero
compilador

GRACIELA
ESTÁ EN NOSOTROS

MEMORIA DE TODOS

EDICIONES COLIHUE

Graciela está en nosotros / Matilde Mellibovsky... [et. al.], compilado por
Jorge Gaggero - 1ª ed.- Buenos Aires : Colihue, 2007.

176 p. : 22x14 cm.- (Serie Protagonistas)

ISBN 978-950-563-830-7

I. Derechos Humanos-Represión. I. Título
CDD 323.044

Serie Protagonistas

Diseño de tapa: Depto. de Producción, Ediciones Colihue (2007).

© Ediciones Colihue S.R.L.
Av. Díaz Vélez 5125
(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina
www.colihue.com.ar
ecolihue@colihue.com.ar

I.S.B.N. 978-950-563-830-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

*En memoria de Graciela Mellibovsky,
en el 60° aniversario de su nacimiento
y a más de 30 años de su secuestro y desaparición,
su familia y amigos dan testimonio acerca de su vida
y del modo en que su presencia en nosotros
—en todos nosotros, aun en quienes no la conocieron—
ha frustrado la diabólica intención
de quienes se la llevaron en la flor de su edad.*

MEMORIA E HISTORIA

Este libro es consecuencia, en primer lugar, del amor y el tesón de los padres de Graciela: Matilde y Santiago Mellibovsky, que han dedicado el último tercio de sus vidas a su búsqueda. En un doble sentido. La búsqueda material, primero de ella –persona vital y libre– y luego de la aceptación de lo peor –si ello fuese posible– de al menos algún trazo de ella en este mundo. También han encarado los Mellibovsky, sus padres y su hermano Leonardo, la búsqueda de los hitos personales desconocidos de Graciela, de sus pensamientos íntimos y de las razones profundas de la elección de sus opciones de vida. Tarea nada fácil esta última debido a que Graciela se obligó, por su militancia, a una especial reserva durante los diez años previos a su forzada desaparición (desde sus 19 hasta sus 29 años).

Pudo ser escrito, además, porque muchos amigos y compañeros de juegos de la niñez, de estudio, de trabajo y de militancia de Graciela respondieron generosamente a la convocatoria de los Mellibovsky. El cariño y el respeto por ella y la memoria posible después de un lapso de entre sesenta y treinta años –los transcurridos desde su nacimiento y su desaparición física, respectivamente– han resultado en este texto escrito en común, necesariamente incompleto y provisorio. También reúne colaboraciones de personas que aunque no conocieron a Graciela personalmente aceptaron sumar sus testimonios acerca de algunos momentos históricos críticos que Graciela vivió junto a todos nosotros.

¿Cómo clasificar estas páginas? No son fáciles de encasillar, ni parece tener mayor sentido esforzarse en hacerlo. Pueden intentarse, sin embargo, algunas reflexiones previas al respecto para orientar al lector.

En tanto resulta del amor familiar y recuerdos muy íntimos, este texto puede ser pariente de los diarios personales y las largas cartas “de viaje” que antaño se escribían (antes de que los e-mails los sucedieran de modo tan imperfecto).

Hasta donde pudiera sustituirse en su escritura a la persona a que se refiere, puede ser considerado como un hipotético libro de memorias personales. Es precisamente a partir de los 60 años –la edad que Graciela estaría por cumplir– que muchos suelen intentar un relato de la propia vida. A ella le fue negada tal posibilidad. En este sentido, no ha sido nuestra intención asumir lo intransferible.

Una tercera posibilidad es considerar al conjunto de los testimonios de sus amigos como el fresco de una escueta y fragmentaria memoria generacional. Algunos de los convocados han incursionado más allá, hasta el territorio de la poesía. Otros han atendido más a las encrucijadas donde se entreveran la historia y la biografía.

En fin, allí donde el homenaje respetuoso domina el texto este libro toma también una cuarta forma: la de las honras póstumas. Trascendiendo la intención de todos de dar testimonio acerca de la vitalidad de la Graciela que hoy “está en nosotros”.

Con ánimo de prevenir a los lectores acerca de las usuales “trampas de la memoria” –las de la honesta memoria humana–, un viejo amigo de Graciela ha citado aquello de que “pocas cosas engañan más que los recuerdos”. En su libro *El corazón de las tinieblas* el escritor polaco Joseph Conrad pone en boca de uno de sus personajes una visión aún más desengañada del alcance de la memoria personal:

“Es imposible comunicar la sensación de vida de una época determinada, lo que constituye su verdad, su sentido, su sutil y penetrante esencia. Es imposible; vivimos como soñamos, solos”.

Estas pertinentes advertencias acerca de los límites de la “verdadera memoria” nos inclinan entonces a ubicar parte de estos escritos en el campo de la ficción literaria. Una parte muy difícil de discernir por cierto, más allá del honesto esfuerzo de los autores por traer al presente –y apostar a la futura pervivencia de– la “historia verdadera”.

La quinta aclaración que quizás deba hacerse acerca de los contenidos y “estilos” de esta obra se vincula con un pasaje clave de la versión cinematográfica de *El corazón de las tinieblas*: el *Apocalipsis Now* de Francis Ford Coppola. El terrible cuadro de la guerra de Vietnam que con maestría logró filmar Coppola eludió el abordaje directo de “el verdadero horror”. Optó por sugerirlo apenas –hacia el final del relato– a través de la repetición de las palabras apenas audibles y roncadas del sombrío “Coronel Kurz” (Marlon Brando): “el horror, el horror...”. Una sobria y contundente referencia a los extremos sin relato humano posible a los que llevan las guerras.

Los autores de este texto hemos decidido, a este respecto, tomar el

mismo camino del cineasta. Los extremos de impiedad alcanzados durante los años más negros de la historia de Argentina, debidos a los actos de verdugos aún impunes –muchos de ellos prófugos o ya muertos, y en estado de desgracia los más añosos– y sin que mediara en rigor guerra alguna, no tienen un lugar en estas páginas. No encontrará aquí el lector ninguna versión acerca de los sufrimientos a los que fuera sometida Graciela antes de su “desaparición forzada”, por orden –según numerosos indicios coincidentes– del “Señor de la Guerra” del Cuerpo del Ejército I, el carnicero “Pajarito” Suárez Mason.

La documentación contenida en el *Nunca Más* ya ha reflejado aquel horror de modo suficiente. Ha constituido también una de las más firmes bases para los procedimientos judiciales que –¿ahora, por fin, a punto de ser destrabados?– comenzarán a abrir el camino para terminar con la impunidad en la Argentina. Los delitos de lesa humanidad cometidos contra Graciela Mellibovsky podrían quedar a pesar de ello –como tantos otros– sin castigo legal. Por lo pronto, el principal responsable de ellos, el que “bajaba el pulgar” desde lo más alto de la “línea de mandos” –al



Jorge Gaggero junto a Santiago y Matilde Mellibovsky durante una de las entrevistas.

modo cobarde en que se libran hoy las guerras desde el poder- ya ha muerto.

Una última aclaración para el lector. No debe confundirse la memoria con la historia, nos advierte con razón el filósofo francés Pierre Nora. En sus precisas palabras:

“Memoria e historia funcionan en dos registros radicalmente diferentes, aun cuando es evidente que ambas tienen relaciones estrechas y que la historia se apoya, nace, de la memoria (...). La memoria, por naturaleza, es afectiva, emotiva, abierta a todas las transformaciones, vulnerable a toda manipulación, susceptible de permanecer latente durante largos períodos y de bruscos despertares. La memoria es siempre un fenómeno colectivo, aunque sea psicológicamente vivida como individual. Por el contrario, la historia es una construcción siempre problemática e incompleta de aquello que ha dejado de existir, pero que dejó rastros. A partir de esos rastros, controlados, entrecruzados, comparados, el historiador trata de reconstituir lo que pudo pasar y, sobre todo, integrar esos hechos en un conjunto explicativo. La memoria depende en gran parte de lo mágico y sólo acepta las informaciones que le convienen. La historia, por el contrario, es una operación puramente intelectual, laica, que exige un análisis y un discurso críticos. La historia permanece; la memoria va demasiado rápido. La historia reúne; la memoria divide”.

En fin, el lector encontrará en las páginas de este libro un fresco dominado por la memoria y los entrañables afectos, con solo algunos pincelazos de historia.

El compilador¹
Baradero, mayo de 2007

1 Dedico el esfuerzo de reunir estos textos y escribir algunos de ellos a mi esposa Graciela, que me acompañó con su amor y aliento durante la larga catarsis que la tarea supuso; y a nuestros hijos Jorge, Alejandro y Nacho, y nietos, Felipe y Dante, con el deseo de que puedan construir su futuro en nuestra tierra con memoria y en paz.

1. "ES PRECIOSA..."

El día que nació Graciela no me sentía mal. Pero a la mañana entré al baño y vi una gran mancha de sangre. Había roto bolsa... Yo no me sentía mal, me sentía bien. Fui entonces a la clínica donde ella nació, en la calle Santa Fe. Estaba esperando que me consigan una habitación y un señor, el gallego de la limpieza, me decía en voz alta: "¿Por qué vienen a molestar a los enfermos tan temprano de visita?" El tipo me confundía con una visitante y yo le decía, tímidamente: "No vine de visita, vine a tener un bebé". Y el día transcurrió, normal. A la noche vinieron unos amigos de la barra a hacernos compañía en el sanatorio. De pronto oyeron el llanto, muy fuerte, de un bebé y uno de ellos dijo: "¡Uy, qué macana!, se despertó un pibe y ahora va a despertar a todos los demás". "¿Te parece que es un varón?" preguntó otro amigo... "No ves que es voz de varón", insistía el primero. Era Graciela, que acababa de dar su primer vagido. La vio Oscar Varsavsky, que era una persona que nosotros queríamos muchísimo, y lo comunicó a todo el mundo: "Vayan a ver a la nena de Matilde. Es preciosa, nunca vi una nena tan bonita". Era realmente hermosa, no digo una muñeca. Era muy, muy linda ya de recién nacida y continuó siempre siendo bonita, bonita. Siempre, siempre...

Era muy parecida a mi mamá, a la *bove* (abuela) Ana. Nerviosa, impaciente. Muy desesperada cuando se enfermaba; quería saltar de la cama... Bueno, eso con nosotros. Nos gustaba mucho tenerla cerca y sobre todo, ya grande, que nos contase alguna historia, que me trajese algo de la calle.

Para los amigos era, en cambio, buenísima y paciente. Algunos de ellos relatan cosas muy, muy hermosas de Graciela. En general, era una mujer atractiva...

Fue muy amiga de su hermano, Leonardo, nuestro segundo hijo.



Graciela y Leonardo, su hermano.

Cuando era muy chiquito, Leonardo le transmitía sus secretos. Era muy inquieto, muy travieso; por ejemplo, jugaba picados en las vías del ferrocarril. Ella se enteraba de sus cosas mucho antes que yo. Era un poco su “mamita”, lo quería mucho. En la superficie peleaban, peleaban por todo. En particular, cuando él se iba... no sé ya a qué lugar de Villa del Parque, no lejos de casa, de donde traía sapitos y renacuajos que escondía –para que yo no los viese– debajo de la cama de su hermana. A la noche, cuando ella se agachaba para guardar sus zapatos junto a su cama, ise armaba un griterío!... Tengo recuerdos muy bonitos de ese tiempo, era divertido verlos a los dos: lo loco que era su hermano y como ella lo cuidaba.

La recuerdo también peleándose, llorando, arrancándose las mechas con su amiguita recién llegada de Europa, del Ghetto de Varsovia casi... Tenían tres años las dos y forcejeaban por una muñeca. Leonardo oía el bochinche desde su cochecito, se asustó y se puso a llorar cada vez más fuerte... Hasta que, de repente, Graciela larga a su amiga y se dirige al cochecito... Se acercó corriendo, con lágrimas en las mejillas. Le enchufó el chupete en la boca, le hizo caricias en los cachetes y se volvió a seguir su pelea por la muñeca.

La relación con su padre, Santiago, fue también muy, muy linda, desde siempre. Recuerdo que ambos eran fervientes lectores del *Pato Donald*. Un día por semana, creo que el miércoles, el diariero traía la revista por la mañana cuando ambos ya habían partido. Cuando Graciela volvía del colegio, dejaba el delantal en su cama. Santiago venía de su fábrica y se lavaba las manos. Hecho esto, ambos buscaban el *Pato Donald*. Peleaban, discutían por el turno de lectura. Graciela



Santiago Mellibovsky bailando con su hija.

llegaba hasta las lágrimas por el *Pato Donald*. Ninguno quería ceder. Eso duró bastante...

Recuerdo que no fue un día lindo el festejo de sus 15 años. Fue el día exacto en que murió su tío, que dejaba a tres pibes huérfanos... La pobre no tuvo opción... Se hacían entonces cumpleaños como si fueran bodas; se les hacían bonitos vestidos a las chicas, de largo. Ella no quería...; ya tenía un gusto definido, no quería saber nada de vestidos largos ni de la *toilette*. Sí tuvo su bonito vestido corto. Llamó, de todos modos, a sus amigas, pero fue un día de luto. Eso se repitió, pobre, cuando terminó el secundario en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Todos sus compañeros estaban de farra y ese día murió la *bove* Ana, mi mamá. Tampoco quiso saber nada de festejos entonces. Lloró mucho y no fue a la fiesta del Colegio, directamente no fue. Ya asumía compromisos como una persona grande. Era muy responsable y se tomaba las cosas con la gravedad de una persona mucho mayor...

Por qué siguió la carrera de Economía para mí siempre fue un misterio. Decidí no meterme en la elección de los estudios de mis hijos. Para mí, que los conocía bien, Leonardo era para Ciencias Exactas, algo así como física o matemáticas. Graciela daba para Letras; daba mucho, mucho para las letras... En algún momento sospeché o llegué a la conclusión que la Organización (*en la que militaba*) necesitaba economistas y, en

consecuencia, montones de chicos iban a parar a Economía. Graciela también, aunque luego confesó que algunas materias le gustaban mucho, algunas materias.

Era una ola, algo negro que se cernía sobre el cielo... Esto pasó, esto pasó. Yo me quedé sin mis dos chicos, una desaparecida y el otro que se iba. Así lo sentí, así lo siento hasta hoy.

2. LOS “POGROMS”, ESAS MATANZAS TERRIBLES

Sucedió en Ucrania, de donde vinieron mis antepasados... Los “pogroms”, esas matanzas terribles que los obligaron a partir. No, de Polonia no; del imperio ruso, de Ucrania (*ver en el Anexo, “La saga de sus mayores; de Ucrania a la pampa argentina”*). En determinado momento la identidad judía estuvo en riesgo por allí. No se respetaban los cánones establecidos y hubo una reacción... Los ortodoxos se instalaron en un pueblo de Ucrania que se llama “Mellibov”. De ahí viene nuestro apellido... Las tres letras finales, “sky”, quieren decir “originario de allí”.

Estos “casheri” encararon la religión en forma muy profunda. Todos los Mellibovsky reconocemos esas raíces... Nosotros ya no teníamos, sin embargo, práctica religiosa ni vinculaciones relevantes con la comunidad judía argentina. Cuando Graciela desapareció nosotros vivíamos, casualmente, al lado de la Embajada de Israel –en la calle Arroyo– y sufrimos con todo la tremenda explosión del atentado.

Recuerdo que en ese tiempo, en el 92, íbamos permanentemente a la Embajada para buscar allí también información sobre Graciela. Un secretario de la Embajada nos dijo: “Como judíos sobrevivientes tenemos que aceptarlos, pero como personas no los queremos”. Así, con estas exactas palabras. Se refería a los sobrevivientes de la dictadura; muchos jóvenes judíos pudieron salir. Cuando nos dijeron eso cortamos todos los vínculos. ¿Qué era eso? “Como personas no los queremos...”. Eso era una sinvergüenzada...

Una cosa era la Embajada de Israel y otra la comunidad judía argentina...; no aceptaban que pudiera haber judíos desaparecidos. No lo aceptaban, no lo querían reconocer. Entonces cortamos las relaciones con la AMIA y con la DAIA.

Hubo algunas honrosas excepciones... En la Embajada había una persona que venía a casa, un secretario importante. Tenía una gran sensibilidad porque él había sido representante de Israel en Paraguay y allí habían asesinado a su mujer. Estaba entonces muy sensibilizado y venía a casa, nos consolaba. Él tenía su propia historia, terrible.

Cuando Graciela iba a la escuela, el alfabeto no empezaba con A. Empezaba con la E de Evita y nosotros no queríamos eso. Por eso decidimos no enviarla a la escuela pública. Primero ella, y después su hermano, fueron a una comunidad educativa muy buena, el Instituto Evangélico Americano. Era amplia de criterios y allí estudiaron.

Después fue al Nacional Buenos Aires, el colegio secundario. El bachillerato de la Universidad de Buenos Aires. Cuando se terminaban allí los estudios, se entraba directamente a la Universidad... Matilde acompañaba a Graciela hasta el tren, desde nuestra casa de Villa del Parque y en tren creo que viajaban juntas –en los primeros años– hasta el Colegio. Era muy desgastante el viaje. Por eso, y porque ya teníamos el dinero necesario, compramos el departamento de la calle Arroyo. Arroyo estaba a un paso del Nacional.

Se recibió luego de Licenciada en Economía Política, el 13 de mayo de 1971. ¿Lo llegás a ver? (*Santiago muestra el título universitario de Graciela*). Estudió en plena dictadura del general Onganía... Cuando se recibió, creo que ya estaba el general Levingston...

C. I 5.796.406	Legajo Nº 30.493
L. E 5.691.833	Srita. Graciela
	MELLIBOVSKY
	es Licenciada en
	Economía Política.
	en esta Empresa del Estado.
	Fecha 31-7-1972.-
	
Firma Interesado	RICARDO A. SALINAS
	IEPE MOVIMIENTO PERSONAL SUPERIOR

Carné de la Secretaría de agua y energía de Graciela Mellibovsky.

Ella entró luego a trabajar en la Secretaría de Energía, en la empresa estatal Agua y Energía Eléctrica. Tiene su carnet de Agua y Energía (ver imagen). Era asistente de un funcionario muy importante del área energética nacional...Yo la veía muy metida en sus cosas...

Recuerdo una vez en que algo había pasado con ella. La encontré llorando pero no le quise preguntar... Me acuerdo de un perro que Graciela quería, un perro enorme. La estaba mirando entonces y aullaba. Sabía que Graciela estaba en problemas, triste...

Muchas veces he querido escribir sobre ella, como Matilde. Una vez, en el 81, escribí unas pocas líneas. Las tengo acá..., les puse por título "Locura":

*¿Dónde está mi hija?
No está en ninguna parte
¿Dónde está el sol?
No existe el sol
¿La luna y las estrellas?
No hay luna ni estrellas
¿Y el cielo?
No hay cielo
¿Y la Tierra?
No existe
¿Dónde estoy?
En el averno...*

Así me sentía yo hace ya más de 25 años.

3. NUESTROS PRIMEROS AÑOS

Era el año 1947. Villa del Parque, barrio de la capital de clase media-humilde, recibía inmigrantes de Europa central que habían huido del nazismo, la gran mayoría de ellos judíos. Hablaban mal el castellano en el mejor de los casos, trataban de integrarse en una sociedad donde había trabajo y recursos. No existía el hambre al que muchos de ellos no habían estado acostumbrados hasta que la desolación de la guerra lo había convertido en cotidiano. Pero más terribles eran aun los relatos de los supervivientes, muchos de ellos perseguidos por el solo hecho de ser judíos.

Años más tarde cuando aún éramos niños, Imre Grünfeld, huido de Hungría durante la invasión nazi, nos había contado una historia que creo nos adentró a todos en el horror de la guerra. Dos familias completas huían de Budapest. Los nazis los perseguían. Era de noche, aparentemente todo estaba tranquilo. Atravesaron un bosque que los protegía de la luz de la luna hasta llegar a un río que debían cruzar nadando. No era peligroso por la lentitud de las aguas, pero sí por la claridad de la noche. Dudaron sobre quiénes lo cruzarían primero. El destino quiso que fuera la otra familia. Apenas iniciar la travesía el tableteo de las ametralladoras segó la vida de todos sus integrantes al tiempo que se salvaban los que más tarde serían nuestros vecinos y amigos. Mucho nos impactó ese relato, tanto como veces lo comentamos con Graciela. Nunca imaginé que esa historia aparentemente tan lejana en el espacio e impensable en la Argentina de los años 60 más tarde se convertiría en una realidad cotidiana.

El abuelo Pablo y toda su familia habían tenido que huir de la Rusia zarista donde los judíos eran discriminados y no se les permitía tener propiedades ni trabajar el campo por su cuenta. En Argentina habían encontrado a finales del siglo XIX un espacio donde trabajar y sobrevivir.

Sin embargo el antisemitismo estaba presente en la sociedad y sobre todo en el ejército.



Familia Mellibovsky en un fiesta.

Matilde y Santiago Mellibovsky vivían en Villa del Parque. Pocos años antes se habían conocido colaborando en una organización que enviaba medicamentos para los aliados. Su militancia cercana al PC era posiblemente lo que los había llevado a encontrarse en ese ámbito. Mientras tanto en el país gobernaba Perón. Santiago, que había participado en el movimiento estudiantil fue uno más de los que personificaron el enfrentamiento histórico entre la izquierda tradicional y el movimiento peronista. Tal vez fuera por ese motivo que cuidarían especialmente que la educación de sus hijos no se contaminara del dogma peronista, de sus símbolos, de la marchita, ni de Evita. En ese momento ni él, ni posiblemente nadie, se imaginaba que una gran parte de la generación que estaba llegando al mundo, veinte años más tarde levantaría ideales si acaso semejantes, pero entonces desde el peronismo.

La casa de Villa del Parque era pequeña y humilde, tenía tres pisos y un patio interior. En el piso de abajo se había alojado un matrimonio judío de origen húngaro: los Grünfeld. Los Mellibovsky comenzaban a tener más cosas en común con ellos además de una simpatía especial por el origen e historia que traían: habían llegado al mundo con pocos meses de diferencia sus primogénitas, dos niñas que empezarían jugando

juntas en el patio común para seguir compartiendo sus vidas en el colegio primario, luego en el secundario Nacional de Buenos Aires y finalmente en la Universidad. Graciela y Mary.

Así pues creció Graciela, con una infancia creo que feliz, la primera nieta por vía paterna, con el gran afecto de sus padres, abuelos paternos y abuela materna viuda desde hacía muchos años. Mientras tanto en el país sucedían muchas cosas que ella aún ignoraba, posiblemente en parte por su edad y en parte por el entorno sociocultural que le había tocado. Colegio privado para evitar la doctrina peronista, opción curiosa ya que resultó ser un colegio evangélico. "Los protestantes no son antisemitas y no van a discriminar a nuestros hijos, además son tolerantes, y no obligan a rezar el Padre nuestro cada mañana", decía Santiago. Recuerdo que luego del Padre Nuestro se izaba la bandera al compás de "*Alta en el cielo, un águila guerrera, audaz se eleva, en vue-elo triunfal*" y que ahora me es difícil no asociar con los vuelos de la muerte que utilizarían los milicos en la década de los 70 y que fue crudamente escenificado por Marco Bechis en *Garage Olimpo*.

Al menos tres compañeros que conocí en la infancia y que fueron a ese colegio aparecieron más tarde en la lista de desaparecidos.

De educación judía poco o nada. Ni sinagogas ni colegios judíos. Algún casamiento con los rituales habituales, o más bien muchos, tantos como primos teníamos, dieciséis, y de entre ellos varios eran muy tradicionalistas. Eso sí, las fiestas judías en casa de los abuelos y con las más ricas comidas típicas... pero eso no fue suficiente para que la Embajada de Israel se decidiese a ayudar en la desesperada búsqueda cuando años más tarde Santiago y Matilde golpearan, desolados, sus puertas. "¿Quién era su hija?, ¿Acaso recibió educación judía...? ¿No sería subversiva?"

LA ADOLESCENCIA

Comenzaba el período en el que había que decidir el colegio secundario adonde Graciela estudiaría los próximos años. Difícil elección para los padres de quien se perfilaba como una persona aplicada, muy estudiosa y exigente consigo misma. En el ambiente "intelectual de izquierda" en el que se movían Santiago y Matilde estaba de moda el Colegio Nacional de Buenos Aires. Bastante elitista y muy discriminatorio a la hora de seleccionar a sus futuros alumnos, era uno de los colegios más tradicionales y clásicos, y solamente hacía tres generaciones que había aceptado estudiantes mujeres en su seno. Pero quizás al mismo tiempo también se estaban acercando otros grupos sociales distintos a los clásicos conservadores y reaccionarios que durante décadas había acogido el colegio.

Fue años más tarde cuando dentro de los mismos claustros pude leer escrita en la pared del baño, en medio de los disparates obligados, una frase que sintetizaba la preocupación de los sectores tradicionalistas: "Ay! colegio mío, el que no es bolche es judío".

La entrada de Graciela en el Colegio fue el primer gran desafío que superó no sin esfuerzos pero con excelentes resultados. En uno de los primeros actos durante el primer año que cursaba, por algún motivo que no recuerdo la acompañamos Matilde y yo. Estuvimos rodeados y en medio de un grupo de estudiantes de último año muy exaltados y que aplaudían o chiflaban con gran alboroto según quien fuera el profesor que sostenía el micrófono. A la salida del acto, Graciela –que tendría entonces como mucho trece años– nos comentó casi alarmada que habíamos estado junto a los de derecha, "creo que son de Tacuara" (*movimiento estudiantil nacionalista y sobre todo antisemita que apareció en los años 60*).

Paradojas del destino, algunos de sus integrantes años más tarde se volcarían al peronismo y serían fundadores de una corriente nacionalista revolucionaria dentro del mismo Colegio.

Los primeros años creo que fueron muy difíciles para ella. Lejos aún de ver un horizonte de compromiso social y militancia, se abocaba de lleno a los estudios. Sobre todo literatura e historia. Tardes y noches de dedicación que se asemejaban más a la preparación de una tesis doctoral que a las tareas que una chica de 14 o 15 años debía hacer. Después de tanto esfuerzo los resultados eran los esperados, premiados no sólo con excelentes notas sino también con comentarios elogiosos que excedían el protocolo de rutina que regía la relación profesor-alumno. La admiración que sentía por uno de sus profesores de historia me hizo pensar tiempo después que tal vez se había enamorado de él, como parte de esas historias asimétricas e imposibles que a veces torturan la mente de un adolescente.



Graciela y Leo en el balcón de la casa de la calle Arroyo..

Quizás también fuera una primera manifestación o un primer síntoma del compromiso que adquiriría más tarde, no ya con un profesor sino con la propia historia de su país.

4. LOS AÑOS DE "VILLA DEL PARQUE"

Acá van unos pocos recuerdos míos. Me puse a escribir esta mañana, el corazón apretado, ganas de llorar. Ayudar a reconstruir la memoria de la Graciela chiquita, adolescente, amiga, estudiante, es para mí casi una obligación. Su sobrino Fernando siente que hay dos Gracielas (*lo dice en el libro Decíamos ayer, de Blaustein y Zubieta; ver más adelante*); la de las anécdotas familiares y la de la lista de la CONADEP (*Comisión Nacional acerca de la Desaparición de Personas, la responsable del Nunca más*). Me hizo bien escribir. Fue duro. Lo comparto con ustedes.

"Venían con otros sobrevivientes de la 'shoá', en un barco carguero que también traía nazis disfrazados de sacerdotes en la bodega más profunda. En Paraguay los habían retenido por judíos. Había que conseguir ciertos papeles. Silvia estaba por dar a luz. Su beba, Mary, nació en Asunción. Llegaron a Buenos Aires cuando Mary tenía apenas 22 días. Sobrevivió también en Argentina, junto con ellos."

Buscando dónde vivir, mis padres encontraron un departamento en una casa de altos en Nazarre y San Nicolás, Villa del Parque. En la planta baja vivía un matrimonio joven que estaba esperando una beba; así conocimos a Matilde, Santiago y Graciela.

Graciela nació tres meses después que yo. Nunca me voy a olvidar de nuestra infancia juntas, como hermanas. Mis recuerdos son pequeños destellos, definitivos, imborrables, tanto como la mirada profunda y lejana de sus ojos.

LOS AÑOS 50

Graciela volvía de Mar del Plata, de casa de sus abuelos. Recién llegada, tarde a la noche, subió las escaleras y golpeó mi puerta. Abrí, nos miramos. Me puso algo chiquito en la mano. Era un regalo, una hebilla

para el pelo. Nos seguimos mirando un rato, serias. Sin hablar. Asentí con la cabeza y cerré la puerta.

Códigos que sólo las dos comprendíamos.

Graciela iba a la calle Araoz y a Charcas. Algún fin de semana iba a Quilmes. Decía misteriosamente: "Voy a Quilmes". Volvía a la noche y yo soñaba conocer ese lugar hosco e incomprensible, con letra "Q".

Nació Ana (mi hermana), después nació *Cushko* (su hermano Leonardo). Desde que nacieron, *Cushko* y Ana fueron novios. Cuando no se los encontraba, había que mirar debajo de la cama de mis padres. Estaban allí juntos, jugando al "Cerebro mágico". Eran felices cuando se prendía la lamparita. Tenían año y medio y tres años. Graciela y yo andábamos por los cinco años.

Del baúl de disfraces del garaje de Graciela sacábamos lo necesario para la ceremonia. Nosotras éramos dos "curas" y casábamos "por Iglesia" a nuestros hermanos: él con sombrero, ella con tocado de tules blancos. Montábamos un ritual solemne, sin ninguna sonrisa.

Las dos éramos prudentes y responsables desde muy chicas. Ana y *Cushko*, no: se escapaban a la calle, criaban gusanos de choclos que colocaban en cajas de zapatos. Desafiaban las normas y se aguantaban las palizas y los retos.

En casa de los *Melli* jugábamos a que los "pebetes" del día anterior eran pescaditos. Matilde les ponía una soguita a guisa de "cinturón" y poníamos a nadar los pancitos en el agua del piletón del patio.

Dos o tres años después Santiago y familia se mudaron enfrente.

Inventábamos palabrotas: "itarúpido!". Teníamos una "castidad" a toda prueba. Cuando a alguna "se le veía algo" (no estoy segura si la bombacha o la rodilla...) teníamos convenida una advertencia secreta: "¡CLA- CLÁ!". *Cushko* repetía "¡clá clá!", risueño...

Graciela no nos dejaba ver nada cuando *Cushko* se bañaba. Ana y yo, encendidas por la curiosidad, por no tener hermano varón, nos parábamos en la puerta del baño. Pero nunca osamos atravesar la valla que Graciela formaba celosamente con sus brazos abiertos contra el marco de madera.

Matilde nos llevaba a los cuatro al "Parque de la Agronomía". Nos trepábamos a los árboles y corríamos. Cuando nos vencía el cansancio, todavía al solcito, nos sentábamos los cuatro y Matilde sacaba la merienda. En su canasta estaba el termo con mate de leche y un montón de buñuelitos de manzana y banana. ¡Qué tardecitas con olor a pasto!

Mis padres tenían un taller a la vuelta, donde pasaban las horas trabajando. Armaban heladeras, ilas primeras! Cuando no nos quedábamos

en casa con doña Juana, cruzábamos a casa de Graciela a tomar mate de leche con buñuelos.

Me acuerdo como si no hubiera pasado el tiempo... Matilde había pegado una imagen en la pared de la cocina, un recorte de revista. La foto de una mujer sofisticada, con un pañuelo en la cabeza y un abrigo de leopardo. Pelirroja de ojos verdes, igual que ella. Veo a Matilde apoyada en el marco de la puerta de la cocina, dándole una chupada al mate y diciendo mientras miraba la foto: "Sólo me falta el sacón de leopardo...". ¿Había un tonillo burlón en su voz? Creo que sí.

Graciela tenía 17 primos y primas. En sus cumpleaños venían todos, más Silvia Spivacow (*hija de Boris Spivacow, director de EUDEBA y fundador del Centro Editor de América Latina*), Diana Zeoli (*hija de un eminente músico, maestro de Órgano del Colegio Nacional de Buenos Aires*), Ana Clara Alicievich...

Yo no tenía primos y sentía algo; que después aprendí era una ensalada de admiración, envidia y celos.

Íbamos juntas a la escuela: al Instituto Evangélico Americano. ¿Por qué ahí? Porque al llegar la hora de buscar colegio, Matilde y Santiago expusieron sus razones: en la escuela pública se tocaba "La Marcha" y en el "Evangélico" aprenderíamos inglés. Mis padres eran inmigrantes: juzgaron buena idea escuchar a sus sagaces vecinos. Fuimos juntas, entonces. Una foto nuestra del primer



Graciela y Mary Grünfeld el primer día de clases de primer grado. Foto recuperada y procesada por Diego Mellibovsky, sobrino de Graciela.

día de clase de "primer grado inferior": las dos con moños azules a lunares en el cuello y absurdos portafolios en la mano.

En la escuela había que rezar el Padre nuestro todas las mañanas, después de que el pastor daba su charlita. Decía: "Oremos". Graciela, con autoridad, me advertía: "¡No lo hagas, no reces!". Como ella inclinaba la cabeza hacia adelante, al igual que todos, le preguntaba: "¿Vos, no lo hacés?"... "¡NO!", decía categórica, "¡Yo cuento las hormigas que pasan!" Teníamos 8 años.

Graciela era prima de Jorge Etkin. Siempre decía: "Mi primo Jorge se parece a John Saxon por abajo" (por su barbilla con pocito...).

Los 60

Nadie me ofreció alternativas. Yo, que quería estudiar Bellas Artes, iba a ir al Buenos Aires con Graciela. Boris, amigo de los Mellibovsky, nos preparó para el examen y entramos al Colegio.

Viajábamos juntas. La cita era, todas las mañanas, en la parada del colectivo 104 (ahora lleva el número 24). Nos sentábamos una al lado de la otra: una hora de viaje sin hablarnos. Cada tanto nos mirábamos de reojo, con cierta complicidad.

Yo era muy vaga, Graciela estudiosa. Ella y Santiago me llamaban "Occipinti" porque me pintaba los ojos con delineador negro. Gra no se pintaba en ese entonces.

En la época del Colegio, Gra estaba enamorada de un chico de la tarde. Ella no lo demostraba, no lo miraba, pero sus mejillas se encendían cuando él se aproximaba. En ese entonces pensé, muchas veces, qué habría pasado si Julián hubiese sabido de la densidad de ese amor profundo y secreto.

Me acuerdo de los "asaltos", de los cumpleaños. Cantábamos folklore, bailábamos, coqueteábamos, teníamos amores y desamores. Graciela era impenetrable. No servía intentar que su corazón mirase hacia otro lado. Ella soportaba en silencio su amor secreto, doloroso, elevado y platónico.

Los Mellibovsky se mudaron a Arroyo y Suipacha y ya no viajamos más juntas en el 104. Perdimos entonces ese lazo entrañable de la infancia; aunque pudimos recuperarlo varios años más tarde, poco tiempo antes de que se la llevaran.

Unos cuantos domingos fuimos a Pacheco, a la fábrica que Santiago tenía a metros de la Ruta Panamericana. Recuerdo una pequeña pileta donde nos bañábamos.

Los 70

En el 66 empezamos la facultad y en el 69 yo salía con Alberto, quien tuvo que esconderse en el interior del país. Nos casamos y nos fuimos. Dejé la facultad (Económicas) por dos años y en el 71 retomé la carrera. Mis viejos amigos del Colegio se estaban recibiendo o ya se habían recibido de economistas, entre ellos Graciela.



Graciela en la boda de David Freichberg y Ana, hermana de Mary Grünfeld.

Durante esos años de facultad nunca participamos del mismo grupo de estudios. Nos saludábamos si nos veíamos, charlábamos un rato en los pasillos de la facu o en el bar *Los estudiantes*.

Me recibí en julio del 73 con mi hijo Juan en la panza. El día de la muerte de Allende en Chile, el 11 de septiembre a la nochecita, me encontré caminando hacia la Embajada con un goteo ambulatorio puesto. Juan nació el 13 de septiembre, Graciela cumplía 26 años al día siguiente.

Graciela fue madrina de Juan. Nos encontramos muy poco, sin embargo, en ese tiempo. En alguna manifestación, en la calle. En alguna Unidad Básica. En el Ministerio de Economía. Graciela trabajaba en el edificio de la Secretaría de Industria, en temas de energía. Yo, en el INDEC.

LOS ÚLTIMOS RECUERDOS

Hacía mucho que no veía a toda la familia reunida. Fuimos entonces con mis padres y mi hermana a Pacheco, a la fábrica química de Santiago.

Allí conocí a Liliana, en ese entonces la novia de Cushko; luego, siempre, su mujer. Hacía poco que vivían juntos y ese día llevaron la ropa sucia para que Matilde la lavara, cosa normal entonces entre las parejas jóvenes. Graciela estaba muy delgada, eso me sorprendió. Hablamos largo de su historia de pareja con un compañero de militancia, que había terminado pocos días atrás. De mi vida y de la suya. De nuestras coincidencias y nuestros disensos.

Graciela vino al tercer cumpleaños de Juan. Cambiamos unas palabras sobre la militancia. Lo último que me dijo fue: "Mary, hay que hacerlo. Todo lo que no hagamos nosotros se lo dejamos a ellos, a nuestros hijos". Fue pocos días antes del 24 de septiembre de 1976.

Porque Graciela fue mi amiga entrañable. Porque a partir de entonces cambió la vida de todos los argentinos, para siempre. Porque somos sobrevivientes. Porque la búsqueda de Matilde y Santiago nunca va a terminar.

5. DÍAS DE AMISTAD CON GRACIELA...

¿CÓMO NOS CONOCIMOS? (ABRIL DE 2005)

Allá por la adolescencia. En los primeros años de la secundaria en el Colegio Nacional de Buenos Aires.

"Me dice mi papá que te pregunte si vos sos la hija de unos conocidos de él de la facultad. Porque parece que mi papá, y un poco también mi mamá, conocen a los tuyos, sobre todo a tu papá, de cuando estaban en Ciencias Exactas. No eran muy amigos. Pero tenían amigos en común. Se reunían en una casa de la calle Araoz".



Despedida de sexto año, Colegio Nacional de Buenos Aires. Entre las alumnas (abajo de izquierda a derecha) Graciela Schwartz, Adriana Kowalewski, Inés Fernández Moreno y arriba Mary Grünfeld, íntimas amigas de Graciela.

Y averigüé, apelé a los recuerdos de mi papá, y también a algunos de mi mamá. Así era. En sus años de estudiantes se habían conocido. Luego, habían seguido caminos diferentes al armar su vida.

Famosa casa la de la calle Araoz –de estudiantes–, donde se reunían muchos de los que fueron luego destacados participantes de la vida universitaria de Buenos Aires en la década del 60. Entre ellos, recuerdo en particular la constante mención de Boris Spivacow. Porque en un tiempo fue decano de Exactas, el segundo hogar de mis padres durante toda su vida profesional. Además de fundador y por muchos años denodado, dedicado y hoy míticamente recordado director de EUDEBA, la fantástica editorial de la Universidad de Buenos Aires. Donde abrevamos muchos –por no decir casi todos– los que pasamos luego por las aulas universitarias. Gracias a Boris y a sus colaboradores, los que estudiamos en la UBA de los 60 y los 70 pudimos contar con manuales y textos de estudio, así como con libros interesantísimos y muchas veces de avanzada, hoy invalorable. Todavía algunos se encuentran de vez en cuando en las “librerías de viejo” o en los puestos de los libreros de Plaza Italia.

Con el paso del tiempo –desde aquella estudiantina universitaria del papá de Graciela y del mío– la amistad de las familias de Santiago y Matilde con la de Boris dio lugar a que Graciela me presentara, en el mismo colegio, a sus amigos: los hijos de Boris, Silvia y Miguel. Con ellos cada tanto nos encontramos, en el transcurrir de nuestras vidas, en distintas geografías. Hace ya un buen tiempo...

MÁS TARDE

Intento ser breve, pero los recuerdos se van hilvanando y brotan desordenados. Se agolpan y pugnan por salir uno tras otro, sin orden. Y un recuerdo trae al otro. Y este último, a otro más. Trataré de ser concisa y ordenada. Vale la pena.

Para que Graciela siga viviendo a través nuestro, y porque este ejercicio de la memoria es ejercicio de nuestra propia vida. Me permite recordar lo mucho e intensamente que he vivido. Los innumerables sucesos y el cariño y las amistades con las que siempre he contado. En especial, el enorme cariño que Graciela supo sembrar. El que sus amigos y amigos tuvimos y tenemos por ella.

Era misteriosa. Muy misteriosa. Mucho antes de su época de militancia, cuando teníamos que estar “compartimentados” por cuestiones de seguridad (la propia y la de los demás).

Si bien nos habíamos conocido en el primer año de la secundaria y habíamos compartido las fiestas –entonces se hacían en las casas–, ésas

que empezaban a la tarde y terminaban cuando nuestros viejos nos iban a buscar, después de medianoche. ¡Cuántas negociaciones con nuestros padres, para que nos fueran a buscar más tarde! Ese pedido implicaba que se quedaran despiertos hasta altas horas, cuando lo más frecuente era que se fueran a dormir temprano, intentando lograr ese viernes o ese sábado el descanso reparador de una semana de trabajo. Recuerdo que por entonces Graciela me invitó a su cumpleaños a su casa de Villa del Parque, en la calle Nazarre. Casa muy evocada por Graciela en las charlas compartidas, cuando años más tarde estudiábamos en la facultad.

Años más tarde, Graciela y su familia vivían entonces en otro barrio completamente diferente (en Arroyo y Suipacha, en el exclusivo Barrio Norte). Por eso también nos unió una compartida sensación de “desadaptadas”. Nuestros padres habían buscado –por motivos que nunca nos explicaron a ninguna de las dos o, por lo menos, que hoy no tengo del todo claros– nuevas geografías en la ciudad.

Yo había pasado, a su vez, de la calle Espinosa, en La Paternal, a Montevideo y Quintana en la Recoleta, otro rincón exclusivo. Sí, durante la época de la facultad vivíamos a cuatro o cinco cuadras de distancia. Eso, sumado a que nos conocíamos desde la secundaria, hizo que al iniciar Ciencias Económicas estudiáramos juntas muchas materias. Era un “transitar juntas”, ir a las mismas clases, compartir los mismos amigos, y reunirnos a estudiar casi todos los días. Sobre todo cuando llegaban los parciales. Y así fue durante los cinco años de facultad, hasta que nos graduamos.

De esa época de largas jornadas de estudio previas a los parciales –que terminábamos a altas horas de la madrugada cuando ya no dábamos más de embole y de cansancio– viene el recuerdo de su voz, la sorpresa de no entender y cierta sorna de Graciela al preguntarme: “¿Para qué te pintás los labios a esta hora, si no te va a ver nadie? ¡Si sólo estás yendo a tu casa!”. “Por si me encuentro con alguien”, era mi reiterada respuesta.

En ocasiones similares la sigo escuchando a Graciela, cada vez que me pinto los labios a la noche, preparándome para salir.

Hoy, que tengo el privilegio de contar con una mamá de 85 años, le digo a Graciela en mis diálogos: “Si pudieras verla entenderías por su constante coquetería, por qué plancho las polleras cada vez que estoy por salir de casa y, sobre todo, por qué me pinto los labios cada vez que se me sale el rouge. Sea cual fuera la circunstancia”.

Ya nos lo decíamos entonces: “¡Seguro que es lo que tu mamá te enseñó!... ¡Ah, los mandatos de nuestras madres!”

SU MILITANCIA

Le agradezco hasta el día de hoy a Graciela su respeto en el desacuerdo. La tolerancia –en esos días de militancia, un valor escaso– a una participación mía y a una visión diferentes.

A pesar de que era muy estricta consigo misma, Graciela tuvo la especial virtud de aceptar, con naturalidad, mi opción por no militar. Todavía hoy me sorprende. Aunque, en su momento, hablamos de eso. Era la única de mis amigos comprometidos que pudo acompañarme y comprender esa sensación de paria que tuvimos muchas mujeres de militantes en ese entonces.

Era también estricta. Estricta con sus secretos, en primer lugar. Insisto, existían desde antes de sus años de militancia. Estricta en cuidar su peso, muy pendiente de eso. Y estricta al juzgar u opinar acerca de su madre. ¿Qué hija no lo hace, de un modo u otro? Y hoy, desde el recuerdo, veo modos de Graciela tan similares a los de Matilde!

“¿Qué hace tu mamá todos los días?”, le preguntaba. A veces había respuesta. Otros días solía decir: “No sé, mi mamá muchas veces sale y no dice adónde va”. En ese entonces Graciela y yo lo vivíamos como una “actitud misteriosa” de Matilde. Con unos años más de historia, creo hoy que Matilde salía, simplemente porque le daba la gana hacerlo sin sentir necesidad de informar a sus hijos.

COMPARTIENDO OFICINAS

Graciela y yo seguimos juntas más adelante, en nuestro primer trabajo formal en la Secretaría de Energía (Ministerio de Economía de la Nación). En ese entonces –inicios de los 70– integrábamos con otros diez profesionales jóvenes un variopinto equipo interdisciplinario en lo que entonces se denominaba la “Oficina Sectorial de Energía”, responsable del nexo entre la Secretaría de Energía y el CONADE (Consejo Nacional de Desarrollo, también dependiente del Ministerio de Economía). Variopinto por la diversidad de profesiones y por su pluralismo político. Vale recordar que esto último pesaba mucho en aquella época. Somos los que en el 68, cuando el “Mayo francés”, estábamos en la Universidad o recién acabábamos de egresar.

Con este grupo de convivencia laboral cotidiana vivimos la convulsionada época de 1972. Después las elecciones del 11 de marzo de 1973, con la ilusión que muchos de nosotros compartíamos que se iniciara una época de cambios políticos, económicos y sociales en el país. La época del “Tío Cámpora”, de Lastiri en el gobierno, la presidencia de un Perón muy esperado pero ya viejo y enfermo, el impacto posterior

de su muerte, el breve período de “Isabelita” y tantos sucesos más (entre ellos, los empujados por el “Brujo” López Rega, sus grupos armados de choque y la AAA). Mirando atrás, ipasó cada cosa! Y todo con una intensidad fenomenal.

Recuerdo—con cariño— que en ese grupo de trabajo también pudimos compartir entre todos las anécdotas y experiencias personales y familiares de nuestras vidas adultas, que apenas se iniciaban.

Entre todos ellos, se destacaba Graciela. Decía que era la tía de todos los críos que sus amigas más cercanas íbamos teniendo. Teníamos 26 años.

Y seguimos juntas cuando me casé y nació María. Y estuvo a mi lado cuando secuestraron a mi entonces marido, Fernando Porta. Nos acompañamos por carta a partir de entonces, ya que nos tuvimos que ir a vivir a Caracas, Venezuela.

Hasta el día en que Fernando llegó de su oficina en la Universidad Central de Venezuela con la terrible noticia. La tan temida y terrible noticia. Recuerdo que nos quedamos de pie en la cocina, mirándonos sin saber qué decir ni qué hacer. Aplastados, anonadados. Sólo atinamos a abrazarnos, para sostenernos.

ENCUENTRO EN BARCELONA (JULIO DE 2005)

Años más tarde, hacia diciembre de 1978 y en uno de esos esfuerzos por tratar de entender y de algún modo recomponer los últimos momentos de Graciela, con Fernando buscamos a *Cushko*, su hermano, en un viaje a Barcelona.

Recorrimos varios hospitales ya que teníamos noticia de que trabajaba en alguno de ellos, hasta que lo encontramos. Nos reunimos una noche en su casa a conversar, movidos por una intensa necesidad de saber. De que nos contara qué había pasado, cuáles eran las últimas noticias que la familia había tenido de Graciela. En la época de este encuentro, no se sabía nada nuevo. Momentos dolorosos, que lamentablemente eran demasiado comunes entonces. Encuentros para contarse cómo había caído alguien, qué noticias iniciales se habían tenido, la falta de respuestas que encontraban los familiares, el miedo a hacer gestiones buscando posibles paraderos. El menos frecuente alivio en el caso de que alguien hubiera sido reconocido por las autoridades como “Preso a Disposición del Poder Ejecutivo”. Porque “si está legalmente reconocido, ahora no lo pueden desaparecer”. Los desaparecidos “blanqueados” de este modo eran la excepción.

UNAS CARTAS

Recuerdo las cartas recibidas durante los primeros meses de mi vida en Caracas. Graciela contaba que se había enamorado de alguien que la hacía muy feliz, un compañero de militancia. Meses después tuvo que dejarlo. Nunca entendí bien por qué. En la media lengua en la que nos escribíamos entonces, creí entender que se vio obligada a ello. Por las circunstancias de esos duros momentos.

Nunca supimos a ciencia cierta por qué. Recuerdo bien su dolor por esta ruptura, que ella habría aceptado como conveniente. Todo ello transmitido en varias frases de la carta en la que manifestaba su inmenso dolor, que a mí me recordó la lenta agonía del cisne en el ballet de Tchaikovsky.

"(P.S.: Encuentro con Matilde y Santiago, treinta años después. El jueves 30 de junio de 2006 a la noche, y luego de casi treinta años, busqué en la guía de teléfonos el número de Matilde y Santiago. Encontré de nuevo a Santiago, con sus 87 años, y a Matilde, con algo menos y saliendo de una operación muy dura que la tenía postrada en cama desde hacía un buen tiempo. La última vez que nos habíamos visto mi hija María tenía un año y medio, y empezaba a balbucear diciendo 'Tataa' (por Santiago) en aquellos fines de semana en que íbamos a la casa suburbana de los Melli, junto a la fábrica de Pacheco (era toda una novedad en esa época fabricar alimentos balanceados para pollos y ganado)."

Durante muchos años había escapado a este encuentro, cargando –como tantos otros– con un "sentimiento de culpa" por estar viva y haber podido salir adelante y construir una vida. También cargaba la culpa de no haber tomado contacto con ellos desde mi regreso de Venezuela. Mucho pesó en mí, también, el sentir que en todo este tiempo habíamos tenido vidas bastante divergentes. Hasta que un día supe que no podía seguir "dando vueltas", ya sea porque me lo debía a mí misma, ya porque debía a Graciela el acercarme con cariño a sus viejos. En la primera conversación telefónica, Matilde me preguntó: "¿Vos llamás por lo del libro?" Al dar por descontado que era ése mi motivo, sentí que me transmitía un sentido de urgencia a favor de que esta recopilación se concretase cuanto antes. Le contesté: "¡Hola! Aquí estoy y no los llamo por el libro. Quería saber cómo estaban". Comprendí que a pesar del paso del tiempo Matilde y Santiago, junto con Graciela y Cushko, eran parte central de mis vivencias de antaño, que debía sumarme como pudiera a esa tarea que ellos añoraban; el armado de un libro sobre Graciela. En eso estoy.

6. ...Y DE NÍTIDOS RECUERDOS

De Graciela tengo varios recuerdos difusos –pura culpa mía– y dos muy nítidos.

El primero de los nítidos es, en realidad, una foto en la que ella está con Adriana y Marie *Moavro* en la Plaza de Mayo. No estoy seguro, pero me parece que esa foto la envió ella cuando Adriana y yo ya estábamos en Caracas. En todo caso, mi recuerdo es esa foto en Caracas. Están las tres de pie, creo que Graciela en el extremo derecho, y hay palomas. Supongo que era invierno o hacía frío, porque están con abrigo (no creo que fuera el 75 porque nos fuimos antes de que empezara el invierno; quizás es del 74 o poco antes). De mayor a menor, el orden de tamaño de la risa –o sonrisa, según se mire– empieza en Marie y termina en Graciela. Ella, como siempre, más bien la insinuaba. No sé si alguna vez lo supe pero imagino que el fotógrafo era uno de esos que afirmaba la vieja cámara en el trípode, de los que había varios en la Plaza de Mayo. Supongo que la foto es de la época en que las tres trabajaban juntas en la Secretaría de Energía –¿trabajaban las tres juntas en la Secretaría de Energía?– y salían a comer algo por el centro. Creo recordar también que la foto tiene una dedicatoria en el reverso (¿de Graciela para Adriana?). Hoy Graciela es para mí la Graciela en esa foto. Vi otras después, una que sale publicada todos los años en *Página 12* y que Matilde lleva a las marchas y otras de la época del Colegio (éstas más recientemente). Pero es aquella foto suya de la Plaza de Mayo la que tengo fijada en mi memoria. ¿Será que la miré mucho cuando nos enteramos de su desaparición en octubre/noviembre del 76? ¿Por la época en que también matan a Carli (un economista amigo de ambos)?

El otro recuerdo nítido es la Graciela del viaje a Bariloche, hacia marzo del 75. Fuimos por unos quince días ella, Jorge Todesca, economista y amigo común, Adriana, María Sol (mi hija, menos de dos años enton-

ces) y yo en la rural Falcon de Santiago a una cabaña que nos habían prestado –o conseguido– unos amigos míos de Mar del Plata. Viajamos de un tirón, tanto a la ida como de regreso, turnándonos los cuatro para manejar. Me acuerdo que disfrutamos mucho. En esa época Jorge ya estaba medio clandestino y Graciela tenía respon-



*Carly Troskberg, Carlos Bonvecchi y su mujer
junto a Graciela.*

sabilidades militantes importantes. Estábamos todos bastante agotados y esas vacaciones nos vinieron bárbaro. Paseábamos pero, sobre todo, haraganeábamos en los alrededores de la cabaña. Jugábamos con un perro que estaba allí cuando llegamos y que nos dejó de recuerdo, al irnos, una de las miradas más tristes que vi en mi vida. Jamás había visto a Graciela reírse tanto y con tantas ganas como en esos días en el sur.

Me había hecho más amigo de Graciela en esos últimos años, probablemente desde que terminamos la facu. Habíamos sido compañeros en la secundaria (¿de cuarto a sexto, quizás, o sólo en cuarto?) pero ni entonces ni al principio de la carrera, ya en Económicas, tuvimos mucha relación. Supongo que el hecho de que yo empezara a noviar con Adriana, de la que ella era bastante amiga, y la paralela politización en la izquierda peronista nos acercó más. La recuerdo generosa y preocupada por acompañar a sus amigos y saber de ellos. También recuerdo su postura más bien “melanco” (¿triste?) y cierto halo de misterio que parecía cultivar. Era difícil saber de ella y de sus cosas. Me parece que fue así siempre y no sólo al final, cuando ya se “compartimentaba” todo.

También se me aparecen otros momentos fugaces, menos precisos. Una *fondue* de queso en el departamento de sus viejos (¿para su cumpleaños?), que creo que pudimos remendar después de un primer intento en el que el queso y el vino no se ligaban. Algunos asados de fin de semana en la fábrica/quinta de Santiago, que ya había pasado a ser “*Tataio*” por culpa de la media lengua de mi hija María Sol. Una “volanteada” en la rotonda de la facultad. Y un abrazo de despedida, que en ese momento creíamos temporaria, con los ojos rojos, en una calle, quizás esquina,

que por más que me esfuerzo no consigo desentrañar, uno o dos días antes del 15 de junio de 1975.

7. TAN ENTERA Y LEAL

El paso del tiempo y la melancolía rara que me dejaron estos amigos queridos que no pude terminar de despedir ponen límites a la memoria. Creo que desarrollé un auto-resguardo y tiendo entonces a evocar lo cotidiano, sin el tinte de su desgraciado e injusto final. Tengo presentes en la memoria recuerdos de vida normal para cada uno de ellos pero no puedo –o no quiero– recordar los miedos, las tensiones que nos debemos haber transmitido.

Con Graciela, a pesar de conocer mucha gente en común y de haber asistido juntas a la Universidad y finalizado las dos la misma carrera, entablamos una hermosa amistad a partir del trabajo común en la Secretaría de Energía. Fue realmente amistad, porque también compartimos muchos momentos en familia.

Sus viejos y ella me demostraron una inmensa solidaridad. Cuando secuestraron a mi hermana yo estaba sola con tres chicos, trabajando y aparentando, hacia afuera, “que no pasaba nada”. Los domingos me invitaban a una casa que tenían en Pacheco, nos atendían y querían como familia.

Cuando murió mi padre, Graciela se quedó en mi casa cuidando a los chicos para que yo pudiera velarlo y enterrarlo.

La presencia de Graciela en mí es permanente. Mi hijo menor, que se llama Ezequiel, tiene el sobrenombre que le puso Graciela. Sus hermanos mayores –tienen sólo tres años de diferencia entre ellos– lo llamaban “Echequel” en su media lengua. Graciela dijo un día: “Este chico no es Eche, es Cheque”, porque es el hijo de dos economistas y “Cheque” es entonces el nombre acorde a sus padres. Y ese sobrenombre le quedó para siempre. Hoy todos llamamos “Cheque” a ese muchacho de 30 años.

Teníamos otro amigo en común y colega: Antonio (*Brailovsky*). ¿Cómo lográbamos reírnos tanto cuando nos reuníamos los tres, a pesar de lo que

pasaba? Ella tenía un gran sentido del humor. Lo menciono a Antonio, porque recuerdo la desesperación que se apoderó de nosotros cuando nos enteramos que Graciela había sido secuestrada. Recuerdo que nos sentamos en el banco de una plaza del centro, a pensar qué podíamos hacer para sostener a Matilde y a Santiago. Era la primavera del 76.

Con el tiempo pude darme cuenta cuán valiente era Graciela. En nuestros encuentros nunca mostró miedo. Eso sí, las despedidas eran raras.

No quisiera que este relato se tornara autorreferencial, pero sí puedo decir que Graciela era transparente, ingenua, inteligente y, más allá de cierta timidez, demasiado sensible.

Estaba tan convencida que el futuro iba a ser mejor, era tan firme en sus convicciones.

Tan entera y leal.

Sí, la recuerdo. No olvidé sus manos, su manía de arreglarse los anteojos, su sonrisa, el tono de su voz. Pero siempre pienso que ya no está. Que todos estos años en que llegamos a la madurez hubieran sido mucho mejores con ella entre nosotros.

8. "NO QUIERO ESCRIBIR ESTO"

No quiero escribir esto. De veras que no quiero. Me gustaría haberlo escrito cuando aún tenía la misma concepción de la historia con la que vivió y murió Graciela Mellibovsky. Con Graciela compartimos el musgo del latín, las curvas elegantes de las derivadas y las certezas sobre el futuro.

Vivíamos en un mundo en el cual la justicia no sólo era posible sino que estaba cerca, casi al alcance de la mano. Bastaba con un poco de energía y voluntad para alcanzarla. Las cosas parecían nítidas. Violeta Parra había agradecido a la vida por ver al bueno tan lejos del malo y nosotros compartíamos ese sentimiento.

Los hechos parecían darnos la razón y los estudiábamos porque nos hablaban a nosotros mismos. El Tercer Mundo había nacido hacía poco tiempo. Todos los días una colonia se independizaba y pasaba a ser una patria nueva para alguien. Los pueblos podían construir su historia. Casi la mitad de la Humanidad estaba bajo alguna forma de socialismo y los abusos de Stalin parecían cosa del pasado.

Ezequiel Martínez Estrada había analizado la geografía de la isla de *Utopía*, la del libro de Tomás Moro, y había llegado a la conclusión de que era un sitio real, y que *Utopía* estaba en Cuba. Nosotros, por supuesto, estábamos de acuerdo.

La Oportunidad –dijo un profesor de latín en el acto en que nos entregaron diplomas por nuestro aniversario de graduación y yo recibí el de Graciela para entregárselo a sus padres–, la Oportunidad, dijo, es calva, pero con un mechón de pelo en la frente y si no la agarrás cuando llega, ya se te escapó.

Era el momento, la historia estaba allá afuera llamando y nosotros no teníamos tapones de cera en los oídos ni estábamos atados al mástil. De modo que la seguimos.

Ahora que Graciela tiene la edad de mis hijos, puedo verlo todo desde otro lugar, no sé si mejor o peor, más cierto o más falso, pero distinto.

En estos años, he leído de otro modo la impiadosa historia de nuestra especie y el destino de los apasionados como nosotros. La guillotina para Robespierre, el piquete de hielo para Trotsky, el veneno para Mariano Moreno.

Por supuesto, cuando los hechos han concluido es fácil hablar. Pero cuando estás en un barquito en medio de la tormenta y perdiste todos los puntos de referencia, cuando el granizo no te deja ver más allá de las primeras olas, que son enormes, en ese momento sólo te queda confiar en el timonel. Que su mapa no se vuele con el viento, que su brújula no pierda el imán y que el timonel quiera y pueda llevarte a un lugar seguro.

Con Graciela confiamos en algunos que no lo merecían. Y, sin duda, ella confió más que yo, por eso estoy yo tratando de contar esta historia.

Que no puedo contar, porque el sentimiento me lleva a hablar de una figura luminosa, y la razón la mezcla con una historia sórdida. Mi compañera de colegio y de facultad, mi amiga tan próxima, fue víctima de un crimen político y me resisto a hablar de política.

Quiero olvidar una guerra en la cual algunos jefes delataron a sus seguidores, para después asociarse con quienes debían combatir. Quiero olvidar que una amiga en común me dijo un día: "Yo a mis hijos no les hablo de lo que pasa en el país. Quiero que sean unos perfectos imbéciles. Así están más seguros".

¿Cómo queremos que sean nuestros hijos? ¿Como Mariano Moreno, como Graciela, o como esas figuras grises que no pueden distinguirse unas de otras? ¿Es necesario seguir pagando un precio tan alto por creer en un mundo más justo?

¿Existe, tal vez, un borde afilado que podamos recorrer, con sensibilidad ante el dolor, pero sin derramar sangre, propia o ajena?

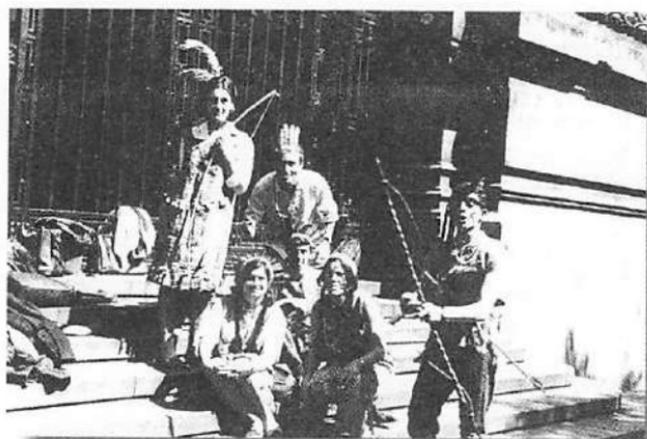
Y,

¿Somos capaces de aprender a hacerlo?

9. LUCES Y SOMBRAS EN EL "COLEGIO DE LA PATRIA"

Fui compañera de Graciela a partir de cuarto año, cuando las dos estábamos en la primera división. La familia vivía todavía en la casa de la calle Nazarre, si mal no recuerdo. Compartíamos la admiración por nuestro profesor de historia, Alberto Salas. Graciela era aún más fanática de Salas que yo. Nos hicimos autografiar su, por entonces, último libro (y por cierto uno de los mejores de su producción): la *Crónica florida del mestizaje de Indias*. Creo que fuimos las únicas entre sus alumnas que fuimos a Ezeiza a despedirlo cuando, hacia mitad de año, partió a Washington con una beca *Guggenheim*. Y las que compartimos alguna carta suya, en la que se maravillaba de la disponibilidad de materiales en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos y se quejaba también del insoprotible frío.

Compartíamos también el tedio en algunas clases de sexto año. No recuerdo quién (o quiénes) estaba al frente, pero para superar el intolerable aburrimiento Graciela y yo contábamos —segundo a se-



Despedida de los alumnos del Nacional Buenos Aires disfrazados de indios.

gundo— el último cuarto de hora de estas clases. Una de nosotras contaba hasta sesenta y le pasaba la posta a la otra y así sucesivamente, hasta que sólo faltaban cinco minutos para el final. En esos cinco minutos finales estábamos reglamentariamente habilitadas, como celadoras que éramos, para escapar de allí con el noble pretexto de hacernos cargo de nuestras funciones.

Estos son los recuerdos más concretos. Los otros son *flashes* de escenas cotidianas, instantáneas difíciles de traducir en palabras.

10. RULOS DE LA MEMORIA

Graciela ojos almendrados y mentón rotundo
Graciela sonrisa leve
Graciela júpiter gris y blazer liso (¿azul o verde?)
Graciela Farah Diba con polera negra
Graciela retraída
Graciela enjundiosa
Graciela analítica
Graciela predispuesta al otro
Graciela hermosa



Graciela se me aparece en la memoria—esa daga de doble filo y mango resbaladizo— en mil versiones y un solo rostro.

Compartimos aulas adolescentes en aquellos 60 formadores; en esos espacios colegiales que, para mí, fueron conformadores. No fuimos amigos profundos. Apenas buenos compañeros que perseguíamos, en forma paralela y seguramente anhelante, el tiempo de encuentro con nosotros mismos y con la vida que nos aguardaba agazapada.

Ella integraba el pequeño grupo de “Las Chicas del Colegio” que mi mocedad respetaba y alentaba a conjugarse. Así la veía y así la quería.

Más tarde, episódicamente, compartimos tiempos universitarios y amigos comunes.

Atravesamos territorios diferentes, veredas próximas y luego nos separamos. Aunque la palabra correcta no sea ésta, sino el más común lugar de tomar rumbos propios, lejanos pero no divergentes.

Supé de su destino mucho tiempo después.

Desesperadamente tarde para mi necesidad de asimilarlo.

Pero el tiempo (¿será así de sabio como dicen?) compensa. Al cabo de muchos años, por una coincidencia de ésas que se producen cuando,

aun sin reconocerlo, deseamos que así sea, se cruzan en mi vida Matilde, Santiago y Leo. Fueron unos pocos años de encuentro y florecimiento; al menos así los viví.

Me sentí arropado por la alegría de compartir aquella Graciela que me fue negada por un grupo de NO HOMBRES que jamás entendieron al ser humano.

Hablamos horas y horas de esa amiga presente.

11. ENCUENTROS Y EXTRAVÍOS

Mi proximidad a Graciela estuvo marcada por algunos recuerdos del Colegio y acercamientos familiares-sociales.

Cuando mis viejos decidieron mi ingreso al Colegio y hubo que elegir quién podría prepararme, surgió la figura de Boris Spivacow como una interesante alternativa. Además de mi tío –esto facilitaba la relación– había encarado ya la tarea de preparar a su hija Silvia y a algún chico más que no recuerdo. Tengo presente que Graciela fue a algunas de las clases que se dictaban en lo de Boris, en su departamento de la calle Paraguay, los sábados por la mañana. Siempre callada, como expectante, lo que contrastaba con mis constantes exabruptos.

La había conocido algunos años antes porque sus padres, especialmente Matilde, solían encontrarse con Boris y *Noñé*, su mujer, en la casa que éstos tuvieron en Haedo y a la que iba a jugar de vez en cuando. Patinábamos en la calle y jugábamos en la vereda. Todos ellos –Boris, *Noñé*, Matilde y Oscar Varsavsky, también tío mío– y algunos otros más eran los emergentes de la calle Araoz, un departamento-casa en planta baja, ubicado justo en la esquina donde Araoz se une a Salguero. Frente a la entonces Penitenciaría y al lugar donde se fusiló al general Valle y los otros sublevados del 56.

Todos los que fuimos preparados por Boris entramos al Colegio. De modo que Graciela no me era ajena –como tampoco lo eras vos, Adriana, ni Alicia Huberman (*Collegium Musicum* mediante)– cuando compartimos la quinta división de primer año del Buenos Aires.

Mi paso por el Cole estuvo marcado de contradicciones y una de ellas fue que, a pesar de ciertos orígenes familiares que podían definirse como “progres”, se me asoció –no sin alguna razón– a la derecha facistoide representada entonces por ADE (Asociación Democrática de Estudiantes), que se oponía a ARENBA (Asociación Reformista de Es-

tudiantes del Nacional de Buenos Aires). Estas eran, como recordarás, las agrupaciones políticas de aquella época. Mi ubicación de entonces resultó en cierto distanciamiento –no explícito– de algunos compañeros, entre ellos Graciela.

Recuerdo haber ido a una fiesta –de consecuencias nefastas para mí, de lo que puede dar fe Graciela Schwartz– al departamento de la calle Nazarre, y muy poco más. Después, muchos años después, hacia los años 74/75 –no recuerdo bien– y cuando algunas de aquellas contradicciones por fortuna habían desaparecido, me crucé con ella en la esquina de las calles Paraguay y Ecuador. Creo que su timidez le impidió acercarse a saludarme. Esperó que yo lo hiciera, pero fue un encuentro fugaz. Nuestro último encuentro. Tuve, más tarde, vagas noticias de ella a través de algún amigo, uno de esos pocos afortunados que vieron “legalizado” su secuestro, al que visitaba en la cárcel de Devoto con la excusa de ser su abogado.

Nada más. Un beso para vos, Adriana.

12. DOS CITAS, MEDIA DOCENA DE RECUERDOS

“Pocas cosas engañan más que los recuerdos”

CARLOS RUIZ ZAFÓN, *La sombra del viento*,
Planeta, Buenos Aires, 2003.

*“La memoria reconstruye la realidad
no como quiere, sino como puede”*

Tomás Eloy Martínez, “Mito, historia, ficción: idas y vueltas”,
en *Visiones Cortazarianas*, Aguilar, México, 1996.

1. Matilde había entrado al ascensor de su edificio de la calle Arroyo, y una vecina le preguntó: “¿Ustedes son rusos de Rusia?”. “No –dijo Matilde– nosotros somos rusos de mierda”. La anécdota de su madre era recordada siempre con orgullo.
2. La conocí siendo celador de una división de cuarto año del Colegio. Belleza extraña, cara con forma de corazón, rasgos definidos, ojos almendrados enormes, manos grandes. Hablaba poco, emitía sus opiniones con frases secas y definidas. Leía mucho y siempre le interesaron los temas culturales. Formaba parte de ese quince por ciento femenino que había ingresado al Colegio desafiando la tradición de Nacional de varones. Era una “adelantada”. En la facultad no compartí estudios pero sí la militancia. Participábamos de una visión común, de la posibilidad de que la política transformara al mundo.
3. Estábamos reunidos en lo de la abuela de Graciela, en Coronel Díaz.

El Negro "David" era nuestro "responsable". La disciplina que imperaba hacía que las faltas mínimas fueran castigadas, aunque la sanción usual era que no nos dejaran fumar. No recuerdo una superior a un mes de abstinencia. Graciela había hecho alguna pavada, y analizábamos –por supuesto en conjunto– si ella era o no punible. Finalmente, el grupo decidió aplicar una pena y "David" le impuso una semana de abstinencia tabacal. Ella pidió después permiso para hablar con él, "a solas". Me enteré luego –no por infidencias del Negro– que le pidió permiso para fumar un cigarrillo en ayunas todos los días. "Soy estreñida –le dijo– y uno en ayunas me ayuda a ir al baño regularmente". (¿1969?)

4. La lámpara del dormitorio atraía la mirada. Era una araña de tres luces adornada con florcitas pequeñas, rosadas. El ambiente era agradable, en el piso amplio del departamento de los padres de Graciela. En la cama estaba ella, tranquila, haciendo de vez en cuando algún comentario socarrón: tenía la pierna enyesada. Se reponía del tiro que había recibido a la altura del tobillo cuando estaba "haciendo un garaje" con algunos compañeros. A ella la habían podido retirar del "campo de operaciones". Luego de un corto tratamiento quirúrgico en la "clínica", le seguían haciendo las curas en su casa. El Gordo Andrés no había tenido la misma suerte. Lo mataron en la misma "operación", junto a otro compañero que cayó gritando: "¡Viva Perón!". El Negro Villafior comentó luego: "Mirá que podría haber elegido otra cosa. Uno muere por la revolución, por las ideas, no por Perón". (1971)
5. A mi vuelta de Europa me encontré con Graciela para conversar. Hacía tres años que no la veía. La vi delgada, demacrada. Trató de "captarme" para entrar en Montoneros. "Estamos bien", me dijo, "cada vez hay más combatientes, con una inserción muy fuerte en barrios y villas; una red excelente de 'periféricos'; todas las semanas producimos hechos políticos; los diarios ocultan la información". La miré sin entender. (1976)

13. CULTIVAMOS ROSAS BLANCAS PARA ELLA

ANTECEDENTES

Al producirse el golpe del general Onganía, a mediados de 1966, y luego la “Noche de los bastones largos” en la UBA, un grupo de estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas decidimos constituir una nueva agrupación estudiantil y participar en la oposición al golpe. La mayoría provenía del Colegio Nacional de Buenos Aires; yo era una de las pocas excepciones. Graduado del Nacional Sarmiento aceptaba las bromas que amistosamente me prodigaban.

La necesidad de constituir una agrupación resultó de dos razones principales. En primer lugar, la dirección del “Humanismo” (los social-cristianos) del Centro de Estudiantes había desaparecido y –salvo algunas excepciones– sus militantes estaban inhallables; y por otro lado, muchos de nosotros adheríamos a lo que se llamaba “pensamiento nacional” y, por lo tanto, no teníamos interés en sumarnos a las agrupaciones predominantes (reformistas, comunistas o trotskistas).

Para nosotros el enfrentamiento esencial era contra el imperialismo y no el basado en la lucha de clases. Soñábamos con la posibilidad de una gran alianza de todas las fuerzas progresistas nacionales para enfrentar a los intereses del imperialismo. Con esta concepción básica constituimos el Movimiento Universitario Nacional (MUN), lanzamos una publicación que denominamos *Venceremos* –como consecuencia de nuestra identificación con la revolución cubana– y participamos en la conducción del Centro de Estudiantes en la clandestinidad.

A partir de la decisión de agruparnos, comenzamos algunas acciones de propaganda política (volantear, hablar en las aulas, coordinar acciones de protesta en las calles con otros grupos y otras más resonantes) e intentamos atraer más estudiantes hacia nuestro grupo.

GRACIELA SE SUMA AL MUN

Nuestra amiga Flora me habló de ella; me dijo que estaba buscando un lugar de militancia en la Universidad, que coincidía con nosotros y que además conocía a varios de nuestros compañeros por haber estudiado en el Colegio Nacional de Buenos Aires, aunque era algo menor que ellos. Nos reunimos por primera vez en un departamento de la calle Viamonte, vecino al de mis padres, cuyo dueño me había dejado en custodia al irse a vivir al Uruguay.

Le expliqué acerca de nuestra concepción antiimperialista, de algunas de las vinculaciones que ya teníamos con el peronismo y de nuestro objetivo de desarrollar una corriente nueva en la Universidad. A partir de allí, Graciela comenzó a trabajar junto a nosotros en la militancia universitaria. Me cuidé de no hablar en esa primera reunión de nuestra incipiente relación con el "peronismo revolucionario" a través de gente vinculada a John W. Cooke.

Desbordaba entusiasmo y necesidad de comprometerse con el sueño de cambiar una sociedad injusta y enfrentar la prepotencia militar. Me contó acerca de su origen "burgués", de su padre industrial que tenía una fábrica mediana y vivía en la calle Arroyo. Sus padres, a quienes conocí poco después, resultaron ser industriales "progresistas", con una gran capacidad de innovar. Ellos asumieron finalmente, durante las últimas tres décadas, un increíble compromiso en la lucha por los desaparecidos y en defensa de los derechos humanos. Nunca aceptaron la desaparición de su hija, tan injusta, y desplegaron todo su amor por ella. Un amor que hasta hoy nos conmueve.

Si algo la caracterizó desde los comienzos de la militancia, eran su convicción revolucionaria, su dedicación al desarrollo de sus ideales, su responsabilidad y capacidad en las tareas. Y, por encima de todo ello, la recordamos también por su alegría, lealtad y capacidad para querer a sus compañeros.

LOS CAMPAMENTOS UNIVERSITARIOS DE TRABAJO (CUT)

Nuestro grupo se vinculó con gente que participaba en esta experiencia. Consistía en trabajar durante el verano en zonas marginales del interior del país, conviviendo con los pobladores en grupos de aproximadamente veinte estudiantes. Esta práctica la desarrollaron grupos católicos, inspirados por un cura mendocino de apellido Llorens y conocido por todos como "Macuca". Esta experiencia tendría una gran influencia en todos nosotros, en Graciela en particular, y explicaría muchos compromisos futuros.

Nos tocó estar en el mismo grupo del CUT cerca de Tartagal, en la provincia de Salta, conviviendo en una comunidad indígena. Trabajábamos junto a ella en el corte y transporte de troncos. Fue un mes crucial para nosotros, a mi juicio por dos cuestiones esenciales. La convivencia con la pobreza extrema (los más olvidados) y también con los compañeros católicos que canalizaban su fe a través del compromiso social, desplegando su alegría y convicciones. A varios de nosotros, "ateos y marxistas", se nos abrieron las puertas de un mundo nuevo. Nacieron, además, amistades indestructibles. En mi caso, conocí además allí a quien sería el amor de mi vida (con quien llevamos más de treinta y cinco años de casados).

No tengo duda que en esos fogones nocturnos, rodeados de la pobreza más injusta y dura, Graciela decidió dedicar su vida a la creación de un mundo mejor.

LA "ETAPA MILITAR"

La vinculación con el Peronismo Revolucionario nos llevó rápidamente, dadas las circunstancias, al entrenamiento militar. Por razones organizativas y de seguridad, no supe de modo directo acerca de la posterior militancia de Graciela. Si bien nos veíamos con frecuencia y hablábamos de la "situación", evitábamos detalles que era mejor no conocer.

En mi caso personal, después de haber participado en acciones menores de apoyo, decidí no formar parte de la estructura armada para dedicarme, en cambio, a la actividad política en la Juventud Peronista, en los Equipos Político-Técnicos de la Capital. Colaborando, por supuesto, con la organización Montoneros.

Estas actividades continuaron hasta que fuimos separados por la conducción militar de la Organización, en forma pública, en el verano de 1974. Se trató de un acto de sectarismo y prepotencia que se repitió en muchos "frentes" a lo largo y a lo ancho del país y que marcó "el comienzo del fin" de su poderío político. Estas expulsiones implicaron a casi todo el grupo inicial del MUN de Económicas con excepción de dos personas, una de las cuales fue Graciela.

Los intentos que hicimos muchos de nosotros por convencerla que "todo estaba perdido" chocaron con sus principios de inquebrantable lealtad y con su convicción acerca de la posibilidad de la victoria.

LA ÚLTIMA VEZ, ROSAS BLANCAS

Una tarde vino a casa, muy nerviosa, con un bolso y pidiéndome que la "guardara" por una noche. Las cosas se estaban complicando y recién

podría tomar contacto con sus compañeros en la mañana siguiente.

Preocupado por mi esposa e hijo, pensé que lo mejor sería ir a dormir a otro lado. Pasamos la noche, entonces, en un "hotel alojamiento" de la calle Anchorena hablando sin parar. Nerviosos, con el bolso de inconfesable contenido al lado nuestro, no pudimos dormir. Intenté una vez más, por todos los medios, convencerla para que abandonara y se fuera del país. No quiso. En cierto momento, cuando pareció no poder encontrar argumentos políticos válidos, se refirió a los compañeros conocidos que habían muerto y me dijo: "Por ellos, jamás podría hacerlo".

A la mañana siguiente, nos despedimos por última vez.

A Graciela le gustaban las rosas blancas. En recuerdo suyo hemos plantado con mi esposa algunos rosales de ese color. Al verlos pensamos en ella, la amiga inquebrantable que nunca olvidaremos.



Acto de homenaje a Graciela. En el centro de la foto, arriba, Horacio Losoviz.

14. NUESTRA GENERACIÓN, LA DEL 70

En un principio, Graciela fue una más en el grupo menor aunque notable de mujeres que los varones de la “Generación del Centenario” –la que egresaría en 1963 del Colegio Nacional de Buenos Aires– mirábamos con interés en los recreos. La nuestra, la última hornada de “puros varones” –debe entenderse el adjetivo, esto parece obvio, como ausencia de mixtura, nunca como atributo moral o estético– oscilaba entre los extremos de una conducta “aislacionista” y el lamento por el limitado contacto con las Evas. Esta tensión del alma se fue resolviendo, es natural, a favor del último sentimiento. Aunque nunca pudimos desprendernos por completo de la primera.

Graciela integró la segunda camada de mujeres del Colegio, la egresada hacia fines de 1965. Se distinguía a la distancia por sus ojos castaños almendrados, su cara en forma de durazno, dulce sonrisa y una apostura elegante y tímida a la vez. De porte mediano, no era flaca ni gorda. Diría, más bien compacta si no fuese éste un adjetivo demasiado usado en la industria del automóvil. Cintura delgada, caderas amplias y piernas sólidas que la plantaban con firmeza sobre este mundo.

A casi medio siglo de mis primeras imágenes de Graciela este sucinto esbozo de su figura resulta, casi con seguridad, de una composición de recuerdos, cortes y momentos muy dispares, entre sus 12 y 27 años. La memoria suele sobreimprimir fotos que guardó en tiempos diversos en una composición sintética que archiva. La alteración de lo que fue le resulta ineludible.

Durante quince años nuestras vidas se encontraron de variados modos. Pero fueron los diez últimos de nuestro vínculo terreno –más allá de ocasionales y a veces largas separaciones– los que sellaron una profunda amistad.

En el Colegio la relación fue distante. La Universidad nos reunió en

1966, cuando Graciela comenzó a cursar la Licenciatura en Economía Política. “Los del Colegio” conformábamos en Económicas grupos informales y flexibles de estudio, reflexión y también de formación y –porqué no– diversión. Estos grupos no eran excluyentes; se sumaban jóvenes de muy distinta procedencia y parecidas inquietudes.

Durante los años 60, los de nuestra adolescencia, el mundo, nuestro país y nuestra ciudad atravesaban un período de fuertes transformaciones, conflictos e incertidumbres. La revolución cubana y sus impactos en América Latina; los intrigantes periplos del Che; los procesos de liberación nacional de Argelia y Vietnam y el ascenso del Tercer Mundo; la “Primavera de Praga”; el asesinato de J.F. Kennedy; los enfrentamientos cívico-militares desencadenados como consecuencia de la proscripción de las mayorías peronistas y el intento de retorno de su líder en 1964; Sartre, Fanon, Jauretche, García Márquez y la literatura del boom latinoamericano; la explosión del rock nacional y el simultáneo retorno del folklore; las “provocaciones” de nuestro cine y del europeo; todo lo que giraba a nuestro alrededor, la historia viva global y local, lo cotidiano, la cultura en ebullición nos hablaba de la necesidad y la posibilidad del cambio, de conflicto y creación. Nos sentíamos a años luz de nuestros padres. Parecía evidente que el mundo estaba preñado de futuro y empezábamos a buscar nuestro lugar en la trama. No nos fue fácil.

Graciela se sumó al grupo que fundó el Movimiento Universitario Nacional (MUN) en Económicas. Su creación respondió a la necesidad de quienes no nos sentíamos representados por las facciones reformistas de la UBA, con su limitado espectro político (que iba desde los afiliados a la Unión Cívica Radical hasta los cuadros del Partido Comunista), ni tampoco por el humanismo social-cristiano tal como se expresaba en nuestra facultad. Nos agrupamos entonces en el MUN algunos peronistas y filoperonistas, nacionalistas “progres”, guevaristas y compañeros de la izquierda independiente (nuestra amplitud era tal que se nos unió, incluso, un “sionista-peronista”). Nuestros interlocutores en las otras facultades de la UBA (Derecho, Filosofía y Letras y Arquitectura) eran las nacientes agrupaciones peronistas, FANDEP (Federación de Agrupaciones Nacionales de Estudiantes Peronistas) y otras. Recuerdo las periódicas reuniones de coordinación que realizábamos casi siempre en el bar *Paulista* de la esquina de la facultad, en Junín y Avenida Córdoba, a las que concurría siempre Eduardo Baca.

Entre los fundadores del MUN deben mencionarse además a Horacio Losoviz, Adrián Mingorance, Flora Haberkorn, Alejandro Peyrou y otros compañeros que hoy no puedo identificar con precisión.

Graciela se destacó desde un principio por su calidez e inteligencia,

laboriosidad y discreción, y un entrañable sentido de la responsabilidad. Sus iniciativas y su disposición al trabajo común emergían de una cantera humana rica en valores firmes y fuertes solidaridades, doblemente anclados en una personalidad autoexigente y generosa y en una tradición familiar de antiguas luchas y compromisos con la historia.

A los pocos meses de la constitución del MUN, a mediados de 1966, el golpe del general Onganía y sus casi inmediatas consecuencias políticas llevaron a sus integrantes a un proceso de reflexión y acción que los vinculó a las amplias corrientes político-sociales que construyeron innumerables redes de resistencia a la dictadura militar en los años sucesivos. Las más importantes de ellas se unieron a las luchas que hicieron posible en 1973 el fin del largo proceso de proscripción del peronismo y el restablecimiento de la soberanía popular en Argentina. La casi inmediata confrontación de la dictadura militar con las clases medias y la intelectualidad –simbolizada en la brutalidad de la “Noche de los bastones largos”– y con las masas obreras peronistas –después de un efímero “desensillar hasta que aclare” recomendado por el propio Juan Domingo Perón– sentaron las bases para una convergencia histórica de enorme potencial transformador y, a la vez, para una confrontación crucial en el largo proceso de enfrentamientos abierto en Argentina en 1955 y aún no saldado.

Graciela, como tantos otros amigos y compañeros, respondió al llamado sin dudar.



15. ALPARGATAS SÍ, LIBROS TAMBIÉN

El golpe de Onganía, ya se señaló, fue un brutal sacudón para nuestra generación. La mayoría de edad nos llegó junto con la confirmación de la brutalidad de la historia contemporánea de nuestro país, sin anestesia. En su tránsito hacia la adultez nuestra conciencia “se iluminó” con el fagonazo. Solanas y Getino expresarían, poco tiempo después y de un modo sin par, esta conmoción personal y político-cultural en su documental *La Hora de los Hornos*. Especialmente adecuada fue la cita que le dio nombre al film (creo que de José Martí): “*Es la hora de los hornos y no se ha ver más que la luz*”.

El impacto directo del advenimiento de la “Revolución Argentina” fue para nosotros mayor que el de los enfrentamientos cívico-militares entre azules y colorados del bienio 1961-62 y que el de los propios golpes de 1955, los más sangrientos hasta ese entonces. En el 61-62 éramos aún adolescentes y en el 55 niños. En plena adolescencia no alcanzábamos todavía a comprender que los combates del 61-62 sólo se explicaban –independientemente de los discursos de los contendientes y de sus escribas– por diferencias tácticas acerca de cómo burlar mejor la voluntad popular usurpada en 1955. Niños en la encrucijada del 55, tuvimos entonces menos posibilidad aún de descifrar las consecuencias de aquella ruptura histórica, aun cuando el drama político y social que desencadenó no nos pudo ser ajeno.

La “Revolución Argentina” pareció resolver, por fin, la cuestión cuartelera a través del intento de la propia entronización, *sine die*, del poder militar. El rumbo del gobierno *de facto* combinó los delirios fundacionales de la derecha, un primer ensayo general de despolitización de la sociedad, el intento de cooptar a los dirigentes peronistas menos sujetos a la conducción de Perón y, “según necesidad”, una dura represión. Este delirio político *contra natura* comenzó con el derrocamiento –a mediados de 1966– del eficaz y

honesto gobierno de Arturo Illia, aquejado por una fuerte ilegitimidad de origen (debido a la proscripción del peronismo) aunque beneficiado por una creciente legitimidad en el ejercicio del gobierno (fruto de sus señaladas características y de una visible voluntad de terminar con tal proscripción). El presidente Illia tenía la intención de restablecer la legitimidad democrática permitiendo la participación electoral del peronismo. Esto a pesar que fue la prohibición militar de la participación electoral del movimiento político mayoritario la que había allanado su propio acceso al gobierno, con poco más del veinte por ciento del total de los votos válidos emitidos.

En fin, su alejamiento de la Casa Rosada fue concretado con el concurso de la Guardia de Infantería de la Policía Federal, al mando del general golpista Julio Alzogaray.

En 1965 ya habíamos sido conmocionados por la invasión militar a Santo Domingo, por decisión de los Estados Unidos y con el objetivo de derrocar a un gobierno legítimo apoyado por el pueblo y los militares nacionalistas (*ver más adelante, "Un año después de la invasión..."*). Fue una más de las muchas intervenciones imperiales en América Latina, aunque su brutalidad tuvo un enorme impacto mundial en una época que Perón había bautizado como "La hora de los pueblos". La revolución cubana y su influencia empujaban una ola de activismo popular con fuerza propia que se extendía por toda América Latina –en Guatemala, Colombia, Venezuela, Perú y, a partir del golpe militar de ese mismo año, también en Brasil– y constituían el trasfondo del reflatamiento de la política del *big stick* "americano" de principios del siglo XX (relegitimado ahora por el escenario de la guerra fría sostenida contra la Unión Soviética y China Popular).

Estas circunstancias nos llevaron a buena parte de los integrantes del Movimiento Universitario Nacional (MUN) de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA a volcarnos cada vez más hacia actividades sociales y políticas fuera de la facultad, sin abandonar los estudios ni la militancia universitaria. Graciela estuvo entre las primeras en esta opción.

Recuerdo, por ejemplo, el trabajo social y político en la villa de emergencia del Bajo Belgrano, erradicada algunos años después, en estrecha vinculación con un reconocido dirigente "villero", el "Negro" Vidal y muchos otros líderes sociales. Con ellos recorrimos juntos un camino de varios años de actividad en común. En 1976 el "Negro" Vidal, su esposa y sus hijas tuvieron que refugiarse en Suecia.

Nuestra búsqueda de interlocutores políticos válidos nos vinculó con muchos dirigentes políticos, sindicales y estudiantiles de la época. Por ejemplo, John William Cooke y su mujer Alicia Eguren, con quienes cambiamos ideas y coordinamos acciones durante aquellos años cruciales. Al principio solíamos reunirnos en el departamento en que vivía

Cooke, sobre la Avenida Santa Fe. Después, cuando Cooke comenzó a ser perseguido, mudamos nuestras reuniones a la sede del Club CUBA –vaya doble paradoja–, en la calle Viamonte, donde un señorial salón de lectura poblado de sillones de cuero estilo inglés y vigilado por un conjunto decorativo de hieráticas armaduras medievales, junto al salón de esgrima, brindaban un clima ideal para nuestras pláticas conspirativas. Todos nos vestíamos con elegancia para estas ocasiones. Nadie desentonaba en esas tertulias; ni el “gordo” Cooke ni Graciela, por supuesto. Si los “guerreros fantasmas” que moraban en las pesadas armaduras que nos flanqueaban hubiesen hablado...

A través de los Cooke conocimos también a Roberto Sinigaglia, un abogado peronista con quien establecimos una estrecha amistad que incluyó una excursión “turístico-política” por remotos rincones de las sierras de Córdoba.

También nos vinculamos con varios dirigentes sindicales: Di Pasquale, de Farmacia; Ongaro, de los Gráficos; el dirigente histórico de los cañeros tucumanos, el compañero Benito Romano.

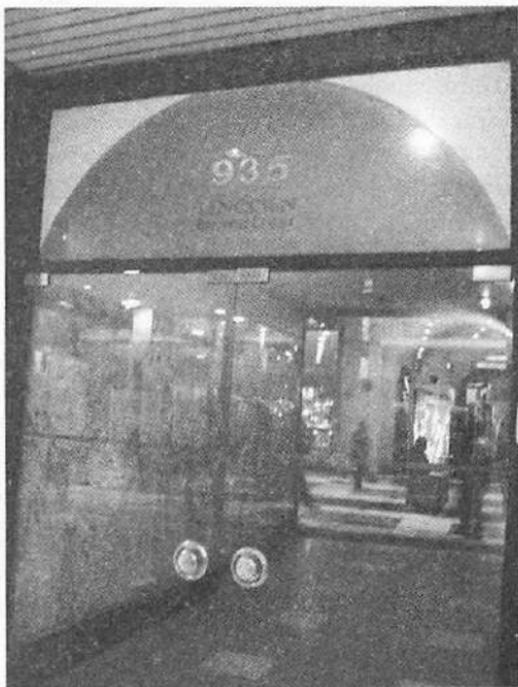
Entre los dirigentes estudiantiles del interior con quienes más tratamos recuerdo a los muchachos de Santa Fe, que lograron la maravilla de organizar un congreso nacional de la FUA con cientos de participantes en su pequeña ciudad sin que fuese detectado por la represión (en una etapa de total prohibición de las actividades políticas y estudiantiles). Nos reunieron en un convento de monjas de las afueras de la ciudad, adonde nos llevaban desde citas individuales distribuidas por toda Santa Fe (único modo de no “levantar la perdiz” en una ciudad tan chata y vigilada). También a los muy activos “integralistas” de Córdoba.

Los referentes de la Iglesia Católica con quienes tuvimos fructíferas relaciones fueron muchos. Recuerdo a varios de ellos: al querido padre jesuita “Macuca” Llorens, creador y organizador infatigable de los Campamentos Universitarios de Trabajo (CUT); a su colega, el “Pichi” Messegeier; en su propia parroquia del Barrio Norte a un conocido fugaz, el luego célebre padre Carbone; al padre Mujica, en su Villa de Retiro; y –muy especialmente– un encuentro de cuadros realizado con todo cuidado en un convento de monjas de Quilmes en 1967. De este último encuentro tengo muy presentes las imágenes de la mujer de Jorge Rulli (duramente perseguido y torturado en aquel entonces); de un par de “protomontoneros” que participarían más tarde en los sucesos de La Calera y en el secuestro de Aramburu (creo que Ramus estaba entre ellos); y de Lucía Cullen, que “se prendió” en uno de los descansos en un “picado” entre hombres jugando –nada mal– junto a Carlos Mujica.

Graciela los conoció a casi todos ellos.

16. UN AÑO DESPUÉS DE LA INVASIÓN; FRUSTRACIÓN Y ESCRÚPULOS

La sangrienta invasión a la isla de Santo Domingo y el posterior sometimiento de la República Dominicana, en 1965, fueron promovidos por los Estados Unidos y tuvieron al ejército de Brasil –que acababa de tumbar al gobierno democrático y popular de Joao Goulart– como dócil instrumento. A pesar de durísimas presiones de todo tipo, el gobierno de Arturo Illia se negó a sumar a las fuerzas armadas de Argentina a tamaña iniquidad. Esta fue una de las varias razones que detonarían el golpe del general Onganía en su contra, un año después. El presidente Illia no se limitó a negar el apoyo argentino a esa cacería de las fuerzas cívico-militares del nacionalismo popular dominicano, perpetrada por varios ejércitos regulares mercenarios. Recordó entonces en alta voz que durante otra invasión norteamericana a Santo Domingo, a principios del siglo XX,



Edificio de la Biblioteca Lincoln.

un buque de la armada argentina tuvo que hacer puerto en su capital y –por orden expresa del primer presidente argentino elegido por sufragio universal, Hipólito Irigoyen– fue izada al tope de uno de sus mástiles la bandera dominicana en homenaje a su arrasada soberanía.

Un pequeño grupo de “autogestión”, integrado por miembros de varias organizaciones políticas y estudiantiles, decidió golpear de modo simbólico –un año después de esos sucesos del 65 y a medio siglo del primer episodio– alguna expresión del poder imperial de los Estados Unidos. Graciela formó parte, de modo destacado, de ese grupo.

Después de estudiar varias alternativas se eligió una sede de sus poderes cultural e ideológico, la Biblioteca Lincoln, y al mismo tiempo a la filial local del Servicio de Informaciones de los Estados Unidos (USIS), que funcionaban en la última cuadra de la calle Florida, a pocos pasos de la Plaza San Martín y casi enfrente del Instituto Di Tella. El plan para el primer aniversario de la invasión era simple: una pareja retiraría en préstamo de la Biblioteca, con documentación personal falsificada, un libro de tapa rígida que luego sería “rellenado” con una sustancia química incendiaria conectada a un sistema detonador de tiempo, y finalmente devuelto a un anaquel de la Lincoln, preparado para entrar en ignición a una hora de la noche en la que ninguna persona pudiese ser lesionada.

Todo se realizó de acuerdo a lo planeado. Excepto que el sistema de retardo falló por una razón desconocida, y el libro –se suponía– permanecía en el anaquel con su amenazante contenido.

A la mañana siguiente el grupo se reunió con urgencia para discutir qué hacer. Todo parecía normal en la Lincoln. Se descartó, en consecuencia, la hipótesis de que el intento hubiese sido abortado por su personal o por la vigilancia de la Embajada de los Estados Unidos. Se decidió entonces, por unanimidad, que se debían correr riesgos personales para evitar eventuales daños a los empleados o a los concurrentes a la Biblioteca y a las muchas otras personas que transitaban por diversas áreas de ese gran edificio. La pareja que ya había actuado iría hasta el anaquel, retiraría el libro –bajo la misma falsa identidad– y lo llevaría luego hasta la barranca de la cercana Plaza San Martín donde esperaría el resto del grupo, incluido el “experto” que debía hacerse cargo de desactivar el artefacto infernal.

La suerte escoltó a la audacia. Graciela acompañó a quien retiró el bendito libro de la estantería y juntos lo llevaron hasta la Plaza, en un día de sol radiante que había convocado a una multitud a tumbarse en la barranca. El “experto” lo abrió y, después de echarle una rápida mirada al artefacto colocado en el hueco hecho en el texto, arrancó un par

de cables para asegurar la esterilización del engendro. Todos miraron alrededor, en un suspiro. Nada había alterado, por fortuna, el pacífico y común disfrute del verde soleado. Una multitud de niños jugaba y corría entre los adultos.

El alivio de haber podido evitar daños "colaterales" se impuso en el grupo a la frustración resultante del "hecho político" esfumado. Pocos metros más abajo de donde esto sucedía hace cuatro décadas, están hoy ubicadas las placas de mármol oscuro que rinden homenaje a los más de setecientos argentinos caídos en la Guerra de las Malvinas. Hoy ya no se accede al prado de la barranca hollando el césped, se trepa por una escalera de hormigón "gracias a *American Express*" (tal como reza el cartel que nos advierte de tan importante mejora).

17. VIDAS PARALELAS: DOS ACTOS POR EVITA

Transcurrían los primeros meses de la dictadura de Onganía. Se decidió juntar fuerzas, entre grupos afines, para rendir un homenaje simbólico a Eva Perón en el 15º aniversario de su muerte y a la hora de su “tránsito a la inmortalidad” (las 20 y 25).

Se decidió que esa noche se haría flotar una pequeña balsa iluminada por velas con una foto suya en la inmensa pileta que todavía está hoy en el parque aledaño al Museo de Bellas Artes, entre las Avenidas Figueroa Alcorta y Libertador. Un espejo de agua donde los chicos ponían a navegar sus pequeños veleros y, los más afortunados, sus lanchas de motor.

Para llamar la atención sobre el pequeño altar de homenaje, las dos grandes avenidas serían “sembradas” de clavos *miguelito*, pequeños dispositivos de metal de puntas afiladas inventados por los militantes de la Unión Obrera Metalúrgica, que tenían la virtud de quedar siempre “parados”, listos para pinchar –irremediablemente– al neumático que les pasase por encima. Los *miguelitos* –¿debían su nombre al célebre Lorenzo Miguel?– se almacenarían en tubos de corrugado, idénticos a los usados por los estudiantes de la cercana Facultad de Arquitectura para llevar sus planos y perspectivas. Varias parejas conspiradoras cruzarían a un tiempo las avenidas dejando caer los *miguelitos* desde los tubos, sin llamar la atención. Una enorme congestión de tráfico a la hora pico del retorno al hogar, provocada por los vehículos detenidos por pinchaduras, aseguraría la buscada atención sobre el simbólico catafalco (iluminado por velas, como se dijo, en la noche oscura).

Una de las reuniones de coordinación se realizó en la parroquia que conducía el padre Carbone y Fernando Abal Medina integró uno de los grupos actuantes.

Graciela también participó, junto a Ricardo, llevando sendos tubos repletos de *miguelitos*.

Debían cruzar la Avenida Libertador a la altura de donde aún se levantaba la vieja residencia presidencial, en la que vivieron Perón y Evita (y donde ella convaleció y murió). La misma que fue bombardeada el 16 de junio de 1955 y albergó después de septiembre una muestra muy visitada de los bienes personales de ambos, organizada por el gobierno de la "Revolución Libertadora". Allí mismo se levanta hoy la Biblioteca Nacional.

Cuando se disponían a cruzar la avenida se les acercó una señora entrada en años enfundada en un vistoso tapado de piel, recién salida de la peluquería y con un enorme ramo de rosas en sus manos. "Chicos... -les habló con aire desorientado- ¿aquí estaba la residencia presidencial?" Sí, señora, le contestó Ricardo mientras la reconocía como Delia Degluomini de Parodi, una histórica dirigente de la Rama Femenina del peronismo.

Los dos homenajes transcurrieron en paralelo. Ambos fueron registrados por la prensa "sensible". El diario *Crónica* ("*firme junto al pueblo*") dedicó una foto y su pie a las señoras de la "Rama". La revista semanal *Así*, una nota al acto juvenil. A pesar de que no se produjo ningún embotellamiento que pudiera llamar la atención de nadie sobre la pequeña balsa iluminada que flotaba en medio de la pileta. En rigor, los *migueltos* fueron eficaces. El detalle que se les escapó a los organizadores del evento es que los autos se detendrían recién a dos o tres cuadras del lugar donde los neumáticos resultarían dañados. Los indignados conductores que acertaron a pasar ese día y a esa hora por Libertador terminaron clamando al cielo a la altura de la Avenida Callao, sin poder entender las "razones" de su desgracia.

18. EN “VILLA PIOLÍN”, CON LA CAUSA DE ÉVITA Y DE PERÓN

Graciela se había incorporado a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) inmediatamente después del fracaso de su foco guerrillero en sus primeras escaramuzas de Taco Ralo (provincia de Tucumán). El Che Guevara ya había caído en Bolivia. La conducción de la Organización decidió entonces comenzar a desarrollar acciones urbanas “firmadas”, para ratificar su vocación de resistencia más allá de la derrota de Taco Ralo. Hasta entonces había actuado con continuidad en muchas operaciones de tipo comando, pero sin identificarse. Hacia fines de 1969 se decidió entonces pasar a la acción abierta, fijándole a su *Destacamento Eva Perón* tres objetivos simultáneos para el Día de Reyes de 1970: el asalto a la guardia policial de *Villa Piolín* (una “villa miseria” de la Ciudad de Buenos Aires) y la captura de su armamento; la difusión entre su población, a través de un altavoz, de un comunicado de la Organización; y el reparto entre los niños de la villa de juguetes previamente “expropiados” a una empresa mayorista del ramo.

Recuerda Fernando que a Graciela le tocó ser de la partida en ese operativo refundacional de las FAP. Participó en la acción previa que logró la “expropiación” de juguetes y su traslado en un flete hasta la villa y también en su distribución posterior entre los pibes del lugar.

El primer operativo “firmado” por las FAP fue realizado sin disparar un solo tiro (lo que no siempre ocurriría de allí en más, resulta obvio). La grabación transmitida en el lugar y los comunicados escritos difundidos luego por los medios de comunicación destacaban (*Documentos 1970-1973 –Volumen I– De la guerrilla peronista al gobierno popular, Roberto Baschetti, compilador, Editorial de la Campana, mayo de 2004*), entre otras cuestiones y luego de escucharse la marcha *Los muchachos peronistas* cantada por Hugo del Carril:

"Compañeros, dijo nuestra compañera Evita: 'con sangre o sin sangre en este siglo desaparecerá la raza de los oligarcas explotadores del pueblo'; la oligarquía y los imperialistas no aguantaban que nuestra patria fuera socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana porque eso les partía el espinazo, porque vieron que el pueblo en el poder implicaba el fin de la explotación del hombre por el hombre. Nosotros hemos aprendido, y a muy duro precio, el odio del régimen al pueblo peronista, que es total y definitivo, y por eso a quienes nos adjudiquen influencias extrañas en nuestra decisión de lucha sólo les decimos: recorran la larga lista de mártires peronistas que han caído a lo largo de estos catorce años, y sabrán quienes nos instigan; recorran las cárceles de todo el país y sabrán de quienes asumimos el compromiso; avergüéncense por un momento de la miseria del interior, de la deformación educacional, de la desocupación, de los salarios de hambre y entenderán contra quién y por qué luchamos. Para las Fuerzas Armadas Peronistas lo dicho por la compañera Evita es una orden, la oligarquía no caerá sola, la destruiremos los peronistas (...).

Compañeros, el general Perón dijo: 'Sólo hace falta que aquellos jóvenes que tengan lo que hay que tener emprendan la lucha por la liberación, en las actuales circunstancias debemos prepararnos todos para imponer nuestra justicia por las armas'. Oligarcas, milicos y boinas verdes están asociados en un intento de someter al pueblo argentino, pero nuestro pueblo ha demostrado de sobra su inquebrantable voluntad de ser libre, en las rebeliones de Córdoba, Rosario, Tucumán y Corrientes, nada puede hacernos pensar que alcanzaremos nuestros objetivos sin pelear. Compañeros, no nos dejemos engañar más, a los enemigos del pueblo no los vamos a correr con la vaina ni con protestas pacíficas, ni con diálogos negociadores: guerra nos han declarado, con guerra les hemos de contestar.

El general Perón nos ha marcado la estrategia que debemos seguir en el mensaje que dice: 'la decisión no ha de buscarse por una batalla definitiva del conjunto, sino por millares de combates librados todos los días, en todos los lugares y en cada una de las ocasiones, sólo así será impotente toda la fuerza de que pueda disponer la dictadura para la represión, sabemos que la lucha será larga' (...).

A la juventud argentina lo único que les ofrecemos es un camino de lucha, y en ese camino largo caben solamente dos posibilidades: ver la aurora luminosa del día de la liberación con el pueblo en las calles, o entregar nuestras jóvenes vidas por la patria en uno de los tantos recodos del combate."

El párrafo final del comunicado (del 6 de enero de 1970) decía:

“Compañeros peronistas, la hora ha llegado, no estamos solos, los pueblos hermanos de Latinoamérica ya están luchando por su liberación.

Marchemos decididos hacia la victoria final por la patria y por Perón. Caiga quien caiga y cueste lo que cueste. ¡Venceremos!

Fue una transmisión de las Fuerzas Armadas Peronistas en su lucha por el retorno de Perón al poder y la construcción de una patria definitivamente libre, justa y soberana. ¡Viva Perón!”

Graciela vivió una experiencia fuerte en esa acción. Le tocó ayudar a reducir al conductor del flete cargado con juguetes para ser distribuidos y, de acuerdo a lo planeado, el trabajador fue atado por las muñecas, con los ojos tapados con cinta adhesiva y conducido en la caja del vehículo hasta Villa Piolín. Graciela lo vigilaba junto con Fernando, cuya esposa también participaba en la acción (el hijo de ambos ya comenzaba a crecer en su vientre). Cuando se comenzó a escuchar a través del altavoz el “audio” de la acción, primero la *Marcha Peronista* y luego los primeros párrafos del comunicado de las FAP, el chofer –un hombre de mediana edad– se incorporó en la caja, mostró sus muñecas con marcas de viejas heridas extendiendo las manos hacia delante y dijo con emoción:

“Muchachos, yo también soy peronista! Miren: a mí me torturaron por peronista. ¡Yo estoy con ustedes!”



19. BUENOS AIRES-SAIGÓN

El mundo de la segunda mitad de los 60 y principios de los 70 estuvo marcado por la guerra de Vietnam. Una "guerra de liberación" para la mayoría de su pueblo, fogueado por centurias de enfrentamientos con su vecina China y décadas de luchas continuas contra el imperialismo japonés primero y el francés después. El imperio americano tomó el relevo cuando el francés boqueó, derrotado en Dien Bien Phu, y el enfrentamiento de bloques de la guerra fría lo llevó a elaborar la "teoría del dominó". Bastaba que una sola pieza relevante del damero propio fuese tumbada por los comunistas para que comenzasen a caer todas las restantes, en una sucesión incontenible que acabaría con "la civilización occidental y cristiana". Una visión reduccionista que, en cierto sentido, puede parangonarse con la presente demonización del Islam y el obsesivo discurso "americano" acerca del "eje del mal" y el "terrorismo".

Las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) decidieron, a comienzos de la década del 70, concretar una acción de propaganda en solidaridad con el pueblo de Vietnam. Eligieron como blanco un par de casas alquiladas por militares norteamericanos de la misión armada de su país, en la zona norte del Gran Buenos Aires. Recuerda Fernando que las viviendas de estos oficiales estaban sujetas entonces —como todas las residencias del personal de la Embajada— a una vigilancia regular por parte de automóviles identificados por unas placas de color verde. Estos vehículos pasaban a intervalos fijos por todas las residencias.

Graciela y sus compañeros estudiaron estas regularidades de la custodia y los horarios de los jefes militares. Con la convicción de que a partir de la partida de ellos de sus hogares y de sus hijos hacia los respectivos colegios existía una "ventana" mañanera que haría posible una operación con mínimo riesgo de enfrentamiento y víctimas inocentes, pusieron en marcha un plan de acción.

En forma coordinada, en la mañana elegida accedieron mediante engaños a ambas residencias –cercanas entre sí, entre la Avenida Libertador y el Río de la Plata–, dominaron al personal y a algún ama de casa sorprendida, pintaron las paredes con leyendas alusivas, estamparon la firma de la Organización y partieron llevándose armas, uniformes militares y documentación personal y oficial de interés. Graciela se distinguió aquella mañana, en todo momento, por su aplomo. Aun cuando su grupo supo, en el lugar de los hechos, que en una de las casas tomadas se había encontrado alguna resistencia y los ruidos consecuentes podrían haber dado lugar a llamados de los vecinos a la policía. Nada grave ocurrió, por fortuna.

Al menos uno de los dueños de casa había prestado servicios muy recientes en Vietnam. Lo denunciaban una gran cantidad de fotos, el dinero vietnamita que conservaba y algunos de los documentos oficiales que el grupo pudo llevarse. Estas pruebas gráficas de su participación en la sangrienta y lejana guerra fueron enviadas a la prensa, junto con el comunicado que daba cuenta del operativo. El diario popular *Crónica*, la revista semanal *Así* y otros medios reflejaron lo ocurrido. Algunos de ellos publicaron, además del respectivo “comunicado”, fotos del dinero oriental enviado por las FAP así como de un grupo de militares “americanos” tomando cerveza en algún bar de Saigón en riguroso uniforme de combate.



20. EN UN GARAJE, DOS MARCAS INDELEBLES

Graciela no terminaba de decidirse por un seudónimo. Sus compañeros de uno de los muchos nuevos grupos operativos que las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) organizaban en 1971 eligieron por ella: decidieron llamarla "Totó". Lucho recuerda que era la única mujer en el grupo que integraban, mimada y frágil (en algunos momentos "irritantemente" frágil). "Ella estaba ahí por una convicción, los fierros no le eran fáciles ni cómodos", dice.

Hacia el segundo semestre del año se desencadenó una fuerte y crucial discusión política en la Organización, como consecuencia de la definición estratégica de Perón de abrir un frente político pluripartidario para desafiar a la dictadura militar, "*La hora del pueblo*", y de la consecuente elección de Daniel Paladino como su "representante" en el país. El parteaguas del debate fue la elección del camino a tomar. Los "movimientistas" (tildados de "oscuros" por sus compañeros más ideologizados) proponían la articulación de lo político y lo militar, el respeto sustancial de las orientaciones de Perón y, en definitiva, no alejarse de la voluntad y el nivel de conciencia del pueblo. Los partidarios de la "*alternativa independiente para la clase obrera y el pueblo*" (denominados "iluminados" o "xx" por sus oponentes) creían a pie firme en las virtudes de la estrategia de "*guerra popular prolongada*", en las visiones clasistas, y mucho menos en las orientaciones de Perón. Resultó entonces imposible arribar a una solución aceptable para ambas partes y se produjo la primera fractura de las FAP, a favor de la posición "alternativista", a la cual seguiría —apenas meses después— un segundo y similar quiebre. En ambos casos, el drenaje de cuadros terminó engrosando las filas de los Montoneros, Organización que —a su vez— terminaría experimentando en su seno una discusión de parecido tenor —en pleno apogeo de su fuerza y peso político, a mediados de 1973— que terminaría también con un serio e irrecuperable drenaje de militantes y partidarios.

Graciela optó por permanecer en las FAP cuando la primera encrucijada, por alejarse de esa Organización en la segunda para incorporarse a los Montoneros, y revalidar luego su pertenencia a esta última a pesar del gran cisma que sufriera en 1973-74 y del punto de "no retorno" alcanzado en el ascendente enfrentamiento con Perón cuando fue asesinado el dirigente sindical metalúrgico José Rucci (en septiembre de 1973, en una operación comando cuya responsabilidad no asumieron entonces los Montoneros).

Apenas ocurrida la primera ruptura en las FAP, su conducción decidió tomar un atajo fácil –opción que se repetiría muchas veces en la historia de las "Organizaciones político-militares"– intentando dar muestra de su presencia y su vocación de continuidad en la acción con un operativo notable. El blanco elegido fue la sede del Jockey Club de San Isidro, que sería incendiada. Por ello el nombre elegido para la acción: "*Mate cocido*", en homenaje a un antiguo "bandido justiciero" de la campaña argentina que robaba a los ricos de "tierra adentro" para repartir entre los pobres.

Los automóviles necesarios para la operación serían "levantados" de un garaje del conurbano (en el Oeste del Gran Buenos Aires, en Haedo o Morón) en un golpe previo (bautizado como "*Yerba*"). Para ello se arma un "grupo operativo" con doce cuadros, la mayor parte de ellos inexpertos, y se le asigna su jefatura al "*Gordo Andrés*" (Néstor Mocoroa), un cuadro experimentado que asumía por primera vez esta responsabilidad. En rigor, recuerda Lucho, sólo Rolo y Andrés estaban realmente "fogueados". Totó tenía entonces limitada experiencia operativa y ninguna los restantes ocho miembros del grupo.

"El grupo fue muy mal conformado y el ambiente estaba muy 'feo', como consecuencia del alejamiento de tantos disidentes". Lucho destaca varios otros hechos previos muy negativos: imprecisiones en el planeamiento de la acción que obligaron a suspender su ejecución el mismo día en que fue intentada por primera vez; la dura reconvencción a Andrés por parte de la conducción de las FAP debido a esta suspensión; y, casi con seguridad, la temeridad de este último al aceptar encararla nuevamente a pesar de que –en los días previos– los diarios informaron sobre un robo "común" sufrido por el garaje elegido como blanco (una osadía inducida, esto es obvio, por la presión de la conducción).

Cuando Rolo le cuenta a Andrés la noticia del robo previo publicada en los diarios, su primera reflexión, en voz alta, fue: "Mejor, la policía no va a pensar que habrá enseguida otro robo en el mismo garaje". "Estamos yendo mal, Gordo", insistió Rolo apuntando a todas las circunstancias desfavorables. La reacción de Andrés fue entonces coincidente, premonitoria: "Sí, hermano, esta noche 'se pudre' todo".

Y así fue, tal como surge del relato de Lucho de los sucesos de la noche del 21 de octubre de 1971. Los primeros momentos de la acción transcurrieron de acuerdo a lo planeado. Al mando de Mocoroa —secundado por Rolo— nueve integrantes del pelotón coparon el garaje, ubicado a mitad de cuadra, y comenzaron a seleccionar los varios automóviles requeridos. Afuera quedaron los compañeros Bianchini y Mellibovsky, encargados de la vigilancia y eventual contención de la represión. De pronto, un automóvil sin identificación dio vuelta a la esquina y se ubicó en un instante frente a la entrada del garaje, sobre la vereda de enfrente. Bianchini y Mellibovsky, sorprendidos y sin poder recuperar un bolso con armamento que quedó muy cerca del recién llegado vehículo con tres policías a bordo, corrieron hacia el interior del garaje para alertar al resto. A partir de allí se desató el *pandemonium*. Un nutrido cruce de disparos entre los tres policías parapetados tras su automóvil y amparados por la oscuridad de la calle (era noche cerrada) y los once ocupantes del garaje, protegidos también por vehículos pero sin escape posterior e iluminados a *giorno* por los neones del establecimiento. Alguien logró apagar las luces, se supone que Bianchini ya estaba herido. Así y todo, lograron forzar la salida a los tiros, Fito el primero. Los caminos se bifurcaron al trasponer la entrada del garaje. En una dirección partió Fito, ya sin municiones, caminando y “silbando bajito”. De este modo, tomando “el 11” llegó a cruzar la Avenida General Paz, abandonar el conurbano y llegar al barrio de Liniers. En sentido opuesto y también a pie los demás, que lograron dar la vuelta a la esquina y correr para alejarse de la fuente de los disparos. En ese trámite Bianchini volvió a ser alcanzado por los tiros y cayó muerto, después de gritar “¡Viva Perón!”. También Mocoroa que —como todo jefe con pasta— cubría la retirada desde el último puesto del pelotón. De espaldas anchas, fue también alcanzado y cayó muerto. En la balacera también resultaron heridos el ahora jefe a cargo, Rolo, y Graciela Mellibovsky, en un pie. Así y todo, Rolo logró interceptar un camión de reparto, acomodar a los que lo seguían en su caja, tomar distancia del escenario de la tragedia, poner a los sobrevivientes a buen resguardo y asegurar las primeras curas para los heridos.

Leonardo Mellibovsky agrega un detalle acerca de la puesta a salvo de su hermana Graciela, que apenas difiere de este relato. “En cuanto a la huida, me contó que escapó corriendo y dejando un reguero de sangre. Sin saber adonde ir, golpeó la puerta de una casa al azar y una vecina —que luego le contó que era peronista— la acogió y cuidó en un primer momento. Incluso recuerdo que Graciela relató que la mujer salió de inmediato a fregar las manchas de su sangre para que los perseguidores perdieran el rastro. Estuvo más de un día atendida en esa

casa hasta que, no sé de qué manera, su grupo la buscó y se hizo cargo de ella. Esta es una versión que tengo de su propio relato. No sé cómo contrastarla con la de Lucho". En lo sustancial, ambos relatos coinciden, se complementan

Oriundo de Ramallo (Provincia de Buenos Aires), Néstor "el Gordo" Mocoora era un gran tipo. Flamante ingeniero agrónomo, egresado con altas calificaciones de la Universidad Nacional de Buenos Aires, trabajaba como auxiliar docente en la Cátedra de Microbiología de su Facultad. Estaba casado desde hacía pocos meses y esperaba una hija.

Por todas estas razones, la conmoción que produjo la noticia de su muerte entre sus compañeros de facultad y sus amigos fue grande y duradera.

También fueron indelebles las marcas que estos sucesos dejaron en el alma y la carne de Graciela Mellibovsky. La pérdida del entrañable Andrés y la cicatriz en su pierna, un signo que sus secuestradores supieron descifrar a fines de setiembre de 1976 (cinco años más tarde).

**MATILDE MELLIBOVSKY, ENTREVISTA
DE CRISTINA CAIATI EN MARZO DE 2007**

No importa lo que hayas grabado, lo que grabaste fue espontáneo y no lo modifiques porque así no se termina nunca la confección de un libro...

Me parece muy importante... no perder la oportunidad de hacer este relato.

Yo no conocía la militancia de Graciela. Sí, claro, sabía que estaba en el peronismo. Sabía que estaba cerca de los Montos, pero no mucho más. Graciela me tenía mucha confianza pero era muy estricta, muy seria para sus cosas íntimas.

Así fue que una mañana me llamó por teléfono y me dijo muy alegremente: "Mamá, no voy a ir a comer". "¿Por qué?", pregunté. "No voy a ir. ¿Sabés una cosa?, nos vamos a Mar del Plata". La voz de ella era tan... tan segura, tan bien modulada, que no pensé más. Me pareció muy raro pero me olvidé del asunto.

Alguien me avisó, un tiempo después, que tenía que encontrarme con Flora en una confitería de Juncal y Arroyo, una vieja confitería que ya no existe. Allí fui y me encontré con una mujer joven que ya había visto otras veces. Me habló, me dijo que Graciela estaba herida y que había

un chico muerto. Porque yo pregunté inmediatamente "¿Hubo algún muerto?" Me dijeron que sí y me dieron el nombre; no lo recuerdo en este momento.

"¿Qué pasó con Graciela?" Recibió un balazo en un pie, en una pierna y otro me dijeron que a la altura del hombro. Cuando me hablaron de la altura del hombro, me espanté. Capaz que estaba herida en el pecho y fingían. Me dijeron que no la iba a poder ver y por eso había dicho que se iba a Mar del Plata.

La fecha aproximada de ese episodio fue la de los hechos de Trelew. Ella tenía un compañero que se llamaba Alberto Camps; desde la cama donde convalecía lo vio a Alberto por la pantalla de TV y lloró mucho. Alberto estaba en una camilla, herido en los sucesos de Trelew (*la masacre de Trelew*). Ya te lo he dicho.

Me dijeron todas esas cosas y que iba a ser informada. Que Graciela lo aceptaba y nadie más, nadie de la familia, podía ayudar en esas circunstancias. Bueno, después de tal novedad, fueron —en este momento no lo recuerdo pero lo voy a recordar— varios días y noches en que no recibí ninguna novedad. Nunca, al menos, en la medida que quería; me decían alguna cosa y nada más. Me advirtieron que la iban a operar. Sabía que mi hija estaba malherida, pero no podía verla... A todo me decían que no, que no podía pedir ayuda, que Graciela ya tenía bastante ayuda. Se trataba sólo de tener reserva, no contar nada, no comunicarlo ni a la gente que pensaba como ella.

Bueno, yo tuve muchos episodios con Graciela de gran amargura, de gran tristeza. Pero éste fue uno de los más importantes porque me sentía sola, desolada. Cuando me preguntaban qué sabía de Graciela tenía que decir "está bien", "está evolucionando".

Graciela fue trasladada a la casa de un amigo, se la llevó un tipo. Sé que salió de ese presunto tiroteo porque ella no llevaba armas. Salieron huyendo, corriendo.

No tardé mucho en volver a verla, porque ella... por algún motivo no podía estar en la casa de su compañero y decidió volver a mi casa, ante mi insistencia. Le prometí que Santiago y Leonardo no le iban a causar ninguna molestia con preguntas. Entonces tuve que "compartimentarme" respecto de los que eran amigos de Graciela. "Compartimentarme" también respecto de Santiago y Leonardo. Ellos se portaron muy bien e hicieron el mayor silencio posible. Supe que, en algunos momentos, Santiago la curaba a Graciela.

Bueno, eso pasó. Para enterarme acerca de como estaba mi hija antes de poder verla, me encontré con varias personas, con varios compañeros, a instancias de ellos pero también bajo sus condiciones. Los vi una vez en la

placita que está en Rodríguez Peña creo, frente al Jockey Club, en la Avenida Alvear. Es una plazoleta redonda. Ahí me condujeron, fui en un coche, estuve sentada en el asiento de atrás y ellos me hablaban, me explicaban la situación... Me decían; "Usted todo lo que tiene que hacer es no vernos la cara". Así que yo le hablaba a la nuca de unos individuos desconocidos. Estaba desesperada. No recuerdo cuántos días pasaron así...

Graciela vino finalmente a mi casa –yo estaba contentísima– pero en un estado lamentable de nervios... Estaba muy mal, cualquier cosa que yo hacía la ponía muy nerviosa. Naturalmente yo le ofrecía comida, le ofrecía ayuda y ella se sentía menoscabada por eso. No quería sentirse una chica mimada... me imagino yo...

Graciela un día fue operada, le colocaron un clavo en la pierna. Aunque parezca muy loco, no puedo recordar nunca qué pierna era, si la derecha o la izquierda. Pero es seguro que esa pierna y esa herida no la habrán ayudado mucho el día que cayó, después de tanto tiempo...

Termino estos recuerdos en una forma muy loca. En una forma que... yo no quisiera relatarlos. Pero necesito hacerlo... como que se me ahoga la garganta si no lo hago. Todas, todas las "Madres" hemos tenido padecimientos con esta generación. Empezando porque no llegaban nunca a casa, venían muy tarde de noche. Todas sufrimos mucho, la que lo niega miente.

Cuando yo me sentí tan desolada, sin poder compartirlo con nadie, me di cuenta de que iban a operar a Graciela un día para festejar... el Día de la Madre. Entonces pensé: "¿Qué pensará Graciela cuando se entere que hoy justo es el Día de la Madre, pobre?" ¡Qué querría hacer ella más que darle un abrazo a su mamá! No sabía qué hacer, realmente me puse muy... creo que me puse nerviosa, por demás.

Entonces se me ocurrió festejar a mí también el Día de la Madre. Salir a caminar, caminar por las calles sin pensar. Me impuse una disciplina: caminar por una calle sin pensar ni un momento en otra cosa sino en Graciela, en la vida de Graciela, lo que le deparaba ahora el destino.

La idea loca fue ir hasta Retiro, casi hasta la Estación Retiro porque llegué hasta el paredón que oculta las vías del ferrocarril. Calzarme un par de zapatillas y empezar a remontar por la barranca por la calle Cerrito..., después tomé la calle Lima. Se me ocurrió, se me antojó, me salió: caminar desde Retiro a la Estación Constitución, a pie. Y meta caminar y caminar y pensar sólo en Graciela... El día ese, el día que lo hice por primera vez, la ciudad estaba llena de flores, porque se regalan muchas flores a las madres. Buenos Aires parecía un jardín florido y yo marchando. La idea era llegar... la idea era llegar a Constitución, al hall de entrada de la vieja Constitución. Al primer bar que hay allí, en la

estación de ferrocarril, porque se me ocurrió que allí habría gente que me reconocería, que me estaría esperando.

Bueno, esta fue una manía mía. Yo creía que yendo hasta la mesita de madera, creo que son de madera, del *hall* de la estación, iba a encontrarme con algún amigo o alguna amiga. Por supuesto, a veces hablé sola y el mozo me ha mirado... Estuve un rato muy largo y no pasó nada, no pasó nada pero yo seguía con una idea... con la idea de practicar ésta, mi ceremonia secreta de ir siempre hasta Constitución, caminando, a buscar noticias de Graciela.

Y en verdad mucho tiempo después, treinta años después, me entero por una carta no anónima, una carta firmada, que Graciela tenía muchos amigos, que todos comentaron esta situación. Que todos comentaron además el secuestro, la "chupada" de Graciela. Pero yo no me enteré. Yo no me enteré... y bueno, la cosa siguió para mí en soledad.

Este fue uno de los sucesos que más me desesperaron. Ella se quedó con un balazo en un hombro y otro en una pierna. Caminaba bien... caminaba bien y hasta corría un poquito. Esto es lo que se me ocurre contar hoy en homenaje a Graciela, lo que le debía.

Me olvidé de decirlo: parece que todo esto había ocurrido porque Graciela iba a acompañar a... me imagino que a hacer de "campana" en algún garaje donde buscaban coches.

21. GRACIELA, HORACIO Y RODOLFO

La conocí hacia 1970, a través de Rodolfo Walsh, quien se había acercado a las FAP por su relación personal y política con el "Negro Raúl", como le llamábamos entonces a Raimundo Villaflor. Graciela era "Lila", un nombre que iba bien con sus enormes ojos verdes y sus tricotas de lana de cuello alto.

A fines de 1969, después de la intervención del gobierno militar de Onganía a la CGT de los Argentinos, Rodolfo propuso asumir un compromiso mayor con las luchas populares en ascenso, pero él manejaba los contactos y ni siquiera sabíamos con qué Organización. Durante un tiempo nos bastó la confianza en él. El grupo de periodistas y amigos que conformábamos —con Rodolfo, su mujer Lilia Ferreira, su hija Vicky, Andrés Alsina, Pirí Lugones, entre otros— elaborábamos informes que Rodolfo canalizaba. El primero que tomó una decisión de encuadramiento propio fue Alsina, que ingresó al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Yo lo acompañé a una primera reunión con el contacto que había hecho y huí despavorido al conocer a dos personajes sombríos, que permitían imaginarse todo lo que vino después.

Nuestra intención había sido presionar a Rodolfo, al que veíamos demasiado cómodo con esa situación, en la cual nosotros sólo éramos su periferia personal. Dio resultado, porque me puso en contacto con Graciela, quien recibiría las informaciones que nosotros obteníamos por nuestro trabajo profesional y nuestros contactos políticos. No tenía más de 22 años, era tímida, seria y bella, evidentemente universitaria y al principio se mostraba muy insegura ante nosotros. Fue mi primer contacto con las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP).

Compartíamos un ámbito político y uno técnico de informaciones. Yo trabajaba en el diario *La Opinión*, donde hice un reportaje sobre un duelo entre Arturo Jauretche y un general Colombo, interventor militar en

YPF. Jauretche y su amigo Darío Alessandro (padre) me dieron algunas pistas para seguirlos en la madrugada y pude ver el duelo escondido en un gallinero. A raíz de ese reportaje me invitaron a un programa de televisión. Graciela lo vio y así supo mi nombre, de modo que comenzamos a reunirnos en mi casa. No lo sabía, pero era muy cerca de la casa de los padres de Graciela. Un día la vi salir de allí, con lo cual también su casa quedó "abierta". Eso favoreció encuentros más frecuentes y menos formales. En uno de ellos me contó que al "levantar" un auto de un garaje para una operación la habían herido en una pierna. La operación se llamaba "Yerba", nunca supe por qué.

Rodolfo y Lilia, Pirí Lugones y su compañero, mi mujer de entonces y yo montamos una red de escucha de las comunicaciones por onda corta de la Policía Federal, muy útiles para entender su estructura y funcionamiento y anticipar algunos de sus movimientos. Era una tarea rutinaria, que requería constancia y concentración. En turnos de cuatro horas cubríamos las veinticuatro del día. Transcribíamos la información relevante en minúsculos papelitos que dejábamos en los buzones convenidos, por lo general en la calle, entre dos ladrillos flojos de un edificio viejo o en un árbol.

A través de las escuchas radiales supimos que un compañero preso iba a ser trasladado desde Córdoba a Rosario con una custodia mínima y sugerimos rescatarlo en el trayecto, que harían en ferrocarril. También detectamos algunos pedidos de captura de otras fuerzas de seguridad. Pero nadie fue a buscar los mensajes. Temíamos que Graciela u otros compañeros hubieran caído, hasta que supimos que las FAP habían paralizado todas sus actividades para entregarse a una interminable discusión político ideológica, con el insufrible nombre de "Proceso de Homogeneización Política Compulsiva", que todos mencionaban como PHPC. El objetivo era construir una "alternativa independiente de la clase obrera y el pueblo peronista", que se convirtió en la sigla "Aicopupé".

Cuando reclamábamos, nos llamaban tecnócratas. A Graciela le daba vergüenza transmitir estas respuestas. Tal vez fue allí que Rodolfo pensó la metáfora de "la patrulla perdida".

Pese a la sopa de siglas, en las FAP hubo alguna reflexión política, lo que nos evitó cometer errores que otros tuvieron que autocriticarse después. Cuando el grupo inicial de Montoneros secuestró y condenó a Aramburu las FAP cuestionaron su ejecución. Aunque hoy cueste entenderlo, el uso de la violencia no estaba en cuestión. El bombardeo de 1955, a la hora exacta en que yo salía del subte frente a la Plaza de Mayo para ir al Colegio, los fusilamientos del año siguiente, los atentados de la

resistencia peronista, la revolución cubana, nos acostumbraron a que así era la política. No he vuelto a ver aquella carta de las FAP a Montoneros, pero recuerdo que no objetaba los merecimientos del ex dictador sino la oportunidad y el método. Decía que matar a un asesino podía ser la culminación de un proceso revolucionario, como parte de un proceso de justicia, pero nunca su comienzo.

Pero en ese "PHPC" había un exceso de ideologismo y una visión clasista algo ramplona de la sociedad argentina. Se afirmaba una premisa: "Perón es de los trabajadores y no de los traidores". Y de ahí se pasaba a la conclusión de que, como las estructuras de conducción delegada eran burocráticas, Perón no volvería a la Argentina. El problema es que yo integraba con los periodistas Luis Guagnini y Pablo Piacentini un grupo de colaboradores de Cámpora, a través de su sobrino Mario. Sabía así que el regreso iba en serio. Pero no podía discutirlo en mi Organización porque la ideología llegó a ser mucho más creíble que la realidad. Sólo Graciela escuchaba y compartía esa alarma ante semejante fuga hacia la abstracción. Mientras las FAP se ensimismaban, y de hecho dejaban de existir, Montoneros pasaba a ocupar una posición central en la escena política, a partir de desarrollar una lectura acertada de la coyuntura que le permitió adueñarse de un papel central en el proceso que condujo al regreso de Perón, el 17 de noviembre de 1972.

Ese día Graciela y yo organizamos la escucha de las comunicaciones para el regreso de Perón y el alzamiento de la Escuela de Mecánica de la Armada. Formábamos un ámbito de coordinación informativa con Montoneros, del que también participaba Adriana Lesgart. El puesto de escucha estuvo en mi casa de entonces, en un piso 14. Una de las dos estaba enferma pero treinta y cinco años después no recuerdo si era Adriana o Graciela. En un momento en que tuve que dejar mi casa por razones de seguridad ella me refugió en un departamento pequeño que ocupaba en la zona norte de la ciudad, creo que en la calle Uriburu. Vivimos juntos cerca de un mes, compartiendo tareas domésticas, mucha conversación y nada de sexo. Retrospectivamente me intriga que no se nos haya ocurrido, porque nuestra amistad era cada día más íntima y no eran tiempos de restricción en ese plano.

El regreso de Perón fue una constatación concreta de lo que veníamos advirtiendo durante meses y constituyó el punto final de nuestra pertenencia a las FAP. Ese ámbito de coordinación informativa fue el puente por el que pasamos de una Organización que renunciaba a existir a otra que irrumpía como protagonista del nuevo proceso. Rodolfo, Piri y el resto del grupo nos siguieron en 1973.

Ese año conocí a los padres de Graciela, Matilde y Santiago. Tenían un Peugeot color borravino; recuerdo que con Graciela lo usamos para llevar y traer publicaciones políticas.

Dejé de ver en forma cotidiana a Graciela por la época en que el grupo "Lealtad" rompió con Montoneros, en 1973, y yo había comenzado a trabajar en el diario *Noticias*, que me absorbía dieciséis horas por día. Cada tanto compartíamos un café para discutir acerca de la situación política. Durante mucho tiempo creí que ella también se había apartado de la Organización junto con la Lealtad y recién al concluir la dictadura supe que también a ella la habían desaparecido.

Años después nos reencontráramos con Santiago y Matilde en el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Matilde estuvo en una charla en la que insté a los familiares de desaparecidos a contar sus historias. Me dijo que iba a hacerlo con Graciela y me pidió ayuda, que nunca se concretó porque siempre estuve desbordado de proyectos y tareas. Ahora, por fin, hemos podido hacerlo.

22. LA FOTO INCOMPLETA

Mi padre me acaba de llamar. Está terminando la recopilación para el libro sobre Graciela y me alienta a que escriba esa historia de la foto que alguna vez intenté reflejar en un documental.

Mientras cuelgo el teléfono observo a Dante, mi hijo menor, que gatea por el piso del departamento entre las valijas todavía sin desarmar. Lo hace con seguridad. Recuerdo que sólo una semana atrás, cuando había partido de viaje, su andar era menos ágil y decidido. Dante se detiene frente a la

mesa ratona, se aferra con sus manitos del borde del vidrio, sus piernitas se tensan y logra pararse. Me mira y se dibuja en su carita una sonrisa cargada de satisfacción y complicidad. Desde allí observa con regocijo todo lo que puede llegar a tocar, conocer. Dante es curioso y ahora que se puede parar, ha descubierto todo un mundo nuevo arriba de mesas y estantes.

Gira para mirarme y caigo entonces en la cuenta que tiene la misma edad que yo tenía cuando fue tomada esa foto, hace unos treinta y seis años. Gracias a esa foto puedo darme cuenta ahora que sus rasgos son muy parecidos a los míos de entonces. Lo miro; tiene solo 11 meses de vida, está a punto de lanzarse a caminar y se me ocurre pensar que este



Graciela cuidando de Jorge Alejandro Gaggero.

* Quiero agradecer a Eduardo Muller: sus ideas y su estímulo han sido esenciales para poder reflexionar, narrar y terminar de dar forma a este texto.

momento tan significativo él no lo podrá recordar en el futuro. Pero, de algún modo que no alcanzo a comprender, me imagino que esta vivencia será parte inseparable de su ser, de una u otra manera.

En contraste con esa foto yo soy el adulto hoy, el que podrá recordar este momento compartido con Dante y en este libro de recuerdos me doy cuenta que mi lado de la historia pertenece a ese espacio confuso de la no memoria, del no recuerdo, que no puedo reconstruir sino con la ayuda de terceros pero que, sin embargo, me pertenece tanto como mis cromosomas o mis genes.

Encontré la foto, en realidad la mitad de ella, quince años atrás, hurgando en el altillo de la casa de mi madre. Estaba entreverada con otras fotos en blanco y negro de mis abuelos en sus años mozos, y copiada en un papel mate de un gramaje que ya no existe. Un tijeretazo le había cercenado su mitad derecha. En la subsistente mitad izquierda estaba yo, con menos de un año de vida y sostenido por las manos de una mujer muy joven. Yo estoy mirando en dirección al borde superior, donde debía estar su rostro. Pero el corte imperfecto y en ángulo solo me dejaba ver sus finas piernas, que emergen apenas cubiertas por una minifalda de lana. Detrás nuestro se alcanzaba a ver el living de un departamento, que termina en una puerta-ventana cubierta por unas cortinas blancas.

Recuerdo que luego de la excitación banal de poder contar con una nueva imagen de cuando era bebe (sólo tengo tres) me di cuenta de que ella no era mi tía Graciela, ni mi madre, y que ese living me resultaba desconocido. ¿Quién sería ella? ¿Quién era? ¿Quién había cortado la foto y por qué?

Yo nací el 21 de septiembre de 1970 y calculo que la foto fue tomada en el invierno de 1971. Mis padres se separaron cuando tenía dos años. En el 76 mi padre partió a su exilio en Venezuela y mi madre vivió el suyo en su propia tierra. Luego de un tiempo decidí preguntarle a mi madre. Recuerdo que ella se había vestido y maquillado para la ocasión. Quería salir bien en lo que sería una charla informal conmigo (y mi cámara de video) acerca de sus experiencias durante esos años duros.

En un momento de nuestra charla extraje la foto recortada y se la mostré. Me contó que esas manos y esas piernas que apenas se mostraban —desafiando el corte imperfecto que había sufrido la foto— eran las de Graciela Mellibovsky, una amiga que mi padre conoció en la universidad, donde habían militado juntos. A ella la habían secuestrado durante la dictadura.

Yo sabía algo de Graciela, por esas cenas de amigos después de años de exilio donde invariablemente se pasaba revista y surgían nombres y más

nombres de compañeros y amigos ausentes. Graciela siempre estaba presente y de una manera u otra su nombre me había quedado impregnado por esa pausa, ese silencio que inevitablemente seguía a la mención de su nombre, como una sentida marca que deja la pérdida de alguien muy cercano y querido.

Quise que me explicara porqué la foto estaba recortada, y sus ojos se llenaron de lágrimas que empezaron a correr cargadas de maquillaje. Más tarde lo deduje, porque en ese momento nuestra charla no pudo continuar. Para quedarse en su país, mi madre —como tantos otros— había tenido que desprenderse de sus libros, de las agendas y de las fotos. También de esa imagen de Graciela. Lloró, y yo también lloré con ella. Su llanto estaba cargado de recuerdos. ¿Y el mío?



Tiempo después fui al departamento donde vivió Graciela y conocí a sus padres. Allí estaban el living y la ventana, aunque las cortinas ya eran otras. Me senté junto a la madre de Graciela y me contó de ella. Le pregunté por la foto y ella recordaba ese momento, una noche en que mi padre me dejó a su cuidado para atender algún compromiso de la militancia. Matilde abrió entonces una caja, su archivo de fotos, y mientras buscábamos una copia que estuviera completa aparecieron ante mí cientos de fotos de Graciela en diferentes edades y circunstancias. Con su hermano, con su padre, con otros parientes y amigos. Mientras mirábamos las fotos me contaba acerca de momentos e historias de su hija.

A pesar de todo su dolor recuerdo su temple y su forma dulce y pausada de hablar. La foto que buscaba no estaba en esa caja. La seguí en su búsqueda por el departamento y nos detuvimos ante una amplia repisa, donde guardaba todas las pertenencias que Graciela tenía en su cuarto. Infinidad de objetos, en cajas que en ella disparaban millones de recuerdos. Desistimos de seguir buscando en ese momento, pero me prometió hacerlo.

Pasaron más de diez años desde ese encuentro. Me pregunto, ahora que

soy padre, si podría llegar a entender la magnitud de su tragedia. Suena el timbre. Dante deja de jugar con el teléfono que zumba descolgado sobre la mesa y gatea rumbo a la puerta. Abro y es Nacho, mi hermano. Dante se aferra a sus pantalones para que lo alce pero antes de hacerlo Nacho me entrega un sobre blanco. Lo abro y adentro encuentro completa la foto y otras tres tomas de ese momento con Graciela.

Me alejo, me encierro en mi cuarto y las observo. Allí estoy yo con Graciela en cuatro instantes que no puedo recordar, porque sólo ella –y el fotógrafo– hubieran podido hacerlo. Vuelvo a mirar esa foto, ahora sin cortes y copiada en un papel nuevo y brillante. Su aparente completitud me envuelve en una angustia abrumadora, al darme cuenta que completar esa foto es imposible sin Graciela.





23. LA HORA DE CÁMPORA (25 DE MAYO DE 1973)

Los acontecimientos que todos conocen relegaron a un lugar de insignificación un hecho que merece trascender. Su protagonista es un buen tipo. Vamos a decirlo primero así, como lo decimos en la Argentina, donde les decimos buenos tipos a los tipos que, en efecto, son buenas personas, no traicionan, saben ser amigos, no roban, son puros, tienen una moral y no sólo la tienen sino que la practican. De esos tipos, pocos. Con los dedos de la mano alcanza para numerarlos. A los buenos tipos además –sin solemnidad, sólo con gran respeto– les decimos “hombres buenos”. “Hombres dignos.” Y, sin demasiado esfuerzo, los queremos, se nos hace fácil quererlos. Facilidad que ellos hacen posible. Estoy hablando de Héctor Cámpora.

El jueves 28 de diciembre, en el Salón Blanco de la Casa Rosada, el hijo y los nietos de Héctor Cámpora le entregaron al presidente Kirchner el bastón y la banda presidencial que fueran de su padre, de su abuelo. Uno no va a muchos lados. Uno, cada vez más, es de salir poco. Hay mucho que hacer, ya no somos jóvenes y la obra está sin terminar. Sabemos que nunca vamos a escribir nuestro mejor libro, pero lo seguimos intentando. Sin embargo, si se trata de recordarlo a Cámpora, uno está ahí. Sabe por qué. Uno dice “Cámpora” y piensa en la primavera. Muy pocos pueden convocar algo tan florido, la mejor estación del año, los pibes en los parques, los pájaros y el amor a todo trapo. Porque la Primavera de Praga es de Praga, pero no es de ningún tipo. En cambio, la Primavera Camporista es de Cámpora, lleva su nombre. ¿Qué es políticamente una primavera? Es un raro momento de la Historia en

* Publicado por *Página 12* el 31 de diciembre de 2006.

que creemos que en el futuro espera la felicidad, tal como la sentimos en el presente y aún mejor. Un momento en que la Historia parece, para siempre, nuestra. Tan nuestra que nadie nos la podrá quitar. Durante la primavera tenemos una visión lineal de la Historia: la Historia avanza, incontenible, en la dirección de nuestros deseos. Más aún: la Historia existe para que, en ella, se realicen nuestros sueños. Eso fue la Primavera Camporista. Duró poco. Fue un romance juvenil y todos sabemos que los romances juveniles son intensos, locos, pero breves. (Años después hubo otra primavera: la de Alfonsín y el Juicio a las Juntas. Pero terminó mal, negándose, y el abogado de Chascomús se deshilachó sin remedio y por su propia mano.)

Cámpora no parecía destinado a ser un revolucionario. (Porque esto, objetivamente, terminó por ser.) Durante el primer peronismo, ese que pinta Santoro con los colores de un Paraíso Perdido, Cámpora era un simple dentista, un hombre de San Andrés de Giles que arrimó un bochín al corazón del Poder. Era obsecuente, y era feliz con la obsecuencia. Quería tanto a Perón y a Evita que no hacía otra cosa sino lo que le decían. Hay una anécdota (seguramente falsa: tiene un tufillo indisimulable de sorna y desdén oligárquico, pero es ingeniosa) que lo muestra siguiéndola a Evita, siempre apurada, siempre afiebrada por la acción, y Cámpora, fiel, detrás de ella y ella, de pronto, le pregunta: "Che, Camporita, ¿qué hora es?" Y Cámpora dice: "La que usted quiera, señora". Divertida la anécdota, pero como dije: falsa. Es inimaginable que una mujer como Evita no tuviera un reloj. Y caro.

Pasan los años y Cámpora pasa a ser el delegado de Perón, que está en Madrid, exiliado. Y aquí empieza a pasarle algo raro. Empieza a conocer a los pibes de la izquierda peronista. Se lleva bien con ellos. Los pibes le dicen "Tío". Y a Cámpora le gusta: iser el Tío de todos esos muchachos ruidosos, quilomberos y, algunos de ellos, amigos de los fierros! A los fierros Perón les dice: "formaciones especiales". Era la forma de integrarlos. Perón integraba todo, todo le servía, lo bueno, lo malo, lo infame. Se creía el gran ajedrecista de la Historia, el Mago que podría conjurar todos los infiernos de un país en llamas. Cámpora sale elegido para ser Presidente. Perón está proscrito, ¿quién, entonces, sino Cámpora, el fiel, el leal Camporita para tomar su lugar? El 11 de marzo de 1973 gana cómodo. Le hacen, a la noche, un reportaje en la TV y dice: "¡Basta de golpear a nuestros muchachos!". Le habían dicho que la policía golpeaba a los militantes que festejaban el triunfo. Tiene a su lado, como compañero de fórmula, a un conservador, Solano Lima, también sobrepasado por los hechos. Otro buen tipo. El 25 de mayo asume. La plaza es una fiesta sin

límites. Vienen Allende y Dorticós. Oigan, no es una fiesta del populismo. Y si no, digan que Allende y Dorticós eran populistas. Es la jornada más triunfal de la izquierda revolucionaria en la Argentina. Cámpora dicta la ley de amnistía y todos los presos salen a la calle, a festejar, a vivir la primavera. Allende, por televisión, dice: "¿Cómo no le habrá de ir bien a este gobierno? Vean ustedes el apoyo de masas que tiene". Le faltaban tres meses para caer. A Cámpora, 45 días. Restablece relaciones con Vietnam del Norte. Dice un discurso combativo desde el balcón de la Rosada. Luego intenta gobernar. Perón lo llama a Madrid. (Esto no sé si es antes o después de asumir: hay que preguntarle a Bonasso, que lo quiso, como todos, mucho.) Perón, duro y fiero, le reprocha sus vínculos con la JP. Cámpora, rebelde, ya no obsecuente, le dice: "Usted pensará como quiera, general. Pero si yo soy Presidente es por usted y por la Juventud Peronista". La Historia, que es azarosa, laberíntica, lo había puesto en el lugar del revolucionario. Las masas juveniles estaban con él. Los militares, al acecho, ya tienen su nombre en la peor de las listas, la de los que deben morir. Vuelve Perón, estalla lo de Ezeiza y en pocos días más, entre los sindicatos, Osinde, López Rega y el general Perón al frente de este comando fascista, de estos héroes de la "etapa dogmática", del giro a la derecha, de la negociación con los milicos o, mejor dicho, de la claudicación ante un Ejército que exigía normalidad, basta de tomas de fábricas, basta de ese petardista de Galimberti proponiendo milicias populares, basta de primaveras imprudentes, subversivas, lo tiran al Tío por la ventana, sin asco ni respeto.

Murió exiliado en la Embajada de México. Llevaba años ahí. Si Videla lo agarraba lo hacía desollar vivo y en su presencia, para gozar. Murió de un cáncer que no pudo atenderse adecuadamente: una embajada no es un lugar para curar un cáncer ni, peor aún, para amenguar su dolor. Los milicos lo odiaban como a uno de sus peores enemigos: esto lo honra. "Fue un hombre digno", dijo Kirchner al recibir los atributos que el hijo y los nietos le entregaron. "Che, Camporita, ¿qué hora es?" Es la suya, querido Tío. La hora en que lo recordamos como lo que usted fue. Algo insólito, extraordinario: un hombre bueno. Llevamos su primavera en el corazón. La llevamos, entre otras cosas, porque nunca más tuvimos otra. Pero todavía estamos aquí, y esperamos.

24. LA ÚLTIMA CITA

No nos veíamos seguido cuando en 1975, creo que después de mitad de año, arreglé una cita con Graciela.

Ella estaba ya muy exigida por las circunstancias de su militancia. Yo, en cambio, había cumplido dos años de ruptura con la opción político-militar que había elegido en 1973 desconocer los límites –y también las posibilidades– que resultaban del restablecimiento del orden institucional y la soberanía popular.

Nuestra amistad estuvo siempre por encima de nuestras ocasionales diferencias políticas. Nunca nos distanciamos ni, menos aún, peleamos por ellas. A pesar de las estrecheces de su tiempo “libre”, nos citábamos cada tanto para saber de nuestras vidas y –de modo inevitable– cambiar alguna idea acerca de la situación del país. Coincidíamos en general, incluso en el último tramo del gobierno de Isabel, acerca de muchas cuestiones centrales y percibía en ella, con el paso del tiempo, cierto espíritu crítico respecto de algunas de las opciones que tomaban sus jefes. Esta circunstancia me llevó entonces a intentar convencerla de que abandonara un camino político (y personal) que yo veía sin salida. No se trataba de ninguna especial lucidez. Un observador con buena formación histórica y experiencia política podía entrever, hacia mediados del año 1975, el sangriento desemboque que tendría una crisis ya peligrosamente fuera de control. Los más esclarecidos pudieron vaticinarlo a partir de la muerte de Perón, hacia mediados de 1974.

Nos encontramos en el boliche de anteriores ocasiones, *El Sanjuanino* (calle Guise entre Avenida Santa Fe y Güemes). Comimos empanadas y “quesimiel” de postre, regados por un par de copas de vino, mientras conversábamos con fondo de música nuestra.

Después de un intercambio de noticias personales y acerca de amigos comunes, fui al grano. Había pensado para la ocasión un relato breve

y contundente –eso creía yo, al menos– para intentar convencerla del seguro fracaso que resultaría, a mi juicio, del rumbo que había tomado su Organización. No era mi intención, parece obvio aclararlo, mantener un mero intercambio de pareceres políticos sino convencerla de tomar distancia de un enfrentamiento sin esperanzas. A esa altura de los acontecimientos, lo que más me importaba en esa cita era que ella se apartara del creciente peligro.

Su posición me desarmó. En rigor, ya se había insinuado en anteriores intercambios. Coincidió en muchos de los errores y advertencias que le planteaba, parecía bastante crítica –ya lo señalé– con la visión y muchas de las acciones de los “mandamases” de su Organización. Sostuvo a rajatabla, sin embargo, un argumento moral irreductible que trato de transcribir del mejor modo: *“Hay que seguir luchando, por los que han caído”*.

Comprendí, con pesar, que mi intento de persuadirla había llegado a su límite. Lo vi en sus ojos, brillantes y tristes a la vez. Creo que ambos presentimos, además, que no sería fácil volver a vernos. Por eso fue especialmente doloroso alejarme de *El Sanjuanino* aquella noche, caminando por una fría Buenos Aires.

25. CÓMO VIVÍ EL 24 DE MARZO DE 1976

El 24 de marzo de 1976 me encontré en París, donde me desempeñaba como embajador argentino ante la UNESCO. En virtud del deterioro político que se vivía, semanas antes había viajado a Buenos Aires para considerar con algunos diputados amigos la posibilidad de encontrar una solución institucional que permitiera frenar el vuelco a la derecha autoritaria de Isabel, que ya había entregado todo el poder a Videla al nombrarlo Comandante General del Ejército. Eso fue el preludio del fin. Videla pudo armar libremente el golpe militar. No obtuve el consenso necesario y regresé a París.

Luego de mi renuncia como embajador permanecí dos meses en Europa y tuve largas conversaciones con José Gelbard quien me encomendó su defensa y que lo asistiera en las gestiones que realizaría ante algunos medios influyentes de Washington, periodistas y políticos, para objetar al proceso militar argentino. A través de Martínez de Hoz y amplios sectores del *establishment* económico se había difundido la idea de que el proceso militar era la única solución para Argentina.

Con gran clarividencia, propia de su agudo olfato político, Gelbard advirtió de inmediato que la dictadura de Videla iba a repetir, extraordinariamente agravada, la represión de la Revolución Libertadora. “Van a perseguir a sindicalistas, estudiantes y a todo el espectro de la izquierda, nos van a quitar los bienes como en el 55, van a cerrar la CGE y la CGT, van a hacer retroceder la distribución del ingreso” sostenía a una semana del 24 de marzo. Lo que no llegó a prever fue el método de la desaparición de personas en la escala gigantesca que tuvo lugar ni la impunidad con que la represión se llevó a cabo.

Lo acompañé a Washington y empezamos a trabajar en su defensa y colateralmente en la difusión de la cara criminal de la dictadura que era ocultada por los intereses de quienes orientaban la filosofía del proceso y

la apoyaban a través de sus contactos y socios en los círculos financieros americanos. El siempre influyente Kissinger era uno de ellos.

Con José Ber Gelbard entendíamos que el proceso militar sería largo y cruel, y que podíamos colaborar con la democracia difundiendo las aberraciones de la dictadura entre los sectores políticos, culturales, ONG's y periodistas no dominados por los círculos financieros. Es decir, buscar apoyos en los sectores de los Estados Unidos no vinculados al *establishment* para oponerse a la imagen reluciente creada por los círculos financieros. Sol Linowitz, influyente abogado que fue director de *Time*, director de una entidad no estatal que buscaba nuevas relaciones con América Latina y negociador del Tratado Carter-Torrijos de 1977 que devolvió el Canal a Panamá, fue uno de los primeros que se aproximó a nosotros y difundió las aberraciones de la dictadura en el propio entorno del presidente Carter. A mí me tocó informar al Departamento de Estado acerca del "Acta de Responsabilidad Institucional" y del Poder Constituyente que se atribuía la Junta, lo que les pareció una monstruosidad jurídica, digna del peor autoritarismo. También interesamos al ex subsecretario de Asuntos Latinoamericanos William Rogers para que difundiera la real naturaleza de la dictadura. Tan convencido resultó Bill Rogers que aceptó dirigirse a la Junta para comunicar que aceptaba la defensa de Gelbard conjuntamente conmigo. Siempre creí que unirme a Bill era un seguro de vida de lujo para mi actuación profesional. Otro que se acercó al pequeño grupo fue el veterano político conservador cordobés "Rolo" Martínez que entonces vivía allí y que ayudó a desarrollar ideas y contactos.

Muchos periodistas independientes de Washington, entre ellos Ary Moleon, se unieron a nuestra prédica y se abrieron pequeños espacios para cuestionar a la dictadura. Cuando fui detenido al regresar de uno de mis viajes, contra el silencio cómplice de los diarios argentinos, el *Washington Post*, en un gesto que siempre reconozco, publicó mi detención lo que evitó que del Pozo de Banfield pasara a los caminos de la muerte.

En Washington hubo algunos personajes inolvidables, como Larry Birns, un joven judío titular de COHA (*Center of Hemispheric Affaire*) que con un presupuesto de sólo 5.000 dólares mensuales que le aportaba su *iddishe mame* se ocupaba de hacer circular entre todos los diputados americanos la lista de los campos de detención clandestina argentinos, que iba ampliando periódicamente y comparaba con los campos nazis de Auschwitz y Treblinka.

Otro trabajador incansable en la lucha por la recuperación de la democracia fue el entonces joven uruguayo Juan Raúl Ferreira Aldunate, que después fue embajador de Uruguay en Argentina y que era hijo de

Wilson. Wilson había escrito unas palabras tan agudas como lanzas en carta a Videla de mayo de 1976 donde decía refiriéndose a los asesinatos de Michelini y Ruiz: "Lo abyecto de todo este sucio episodio es quitar la vida a dos seres humanos por la única razón de apuntalar una mentira. Quiera Dios que la saña de los asesinos respete por lo menos la vida de sus hijos desaparecidos. Nadie ni nada podrá devolvernos a nuestros compañeros muertos, y usted, Sr. Presidente, y yo y todos, sabemos dónde están sus asesinos". Su hijo había fundado en Washington un *Centro para la Recuperación de la Democracia en Argentina y Uruguay*, integrado sólo por él y una máquina de escribir, que a veces llevaba al hotel de Gelbard.

Entre todos llegamos a Mark Schneider, entonces asistente del Departamento de Estado para Derechos Humanos (luego elevado a Subsecretaría con la jefatura de Patricia Derian), que era cercano colaborador de Ted Kennedy, y a través de él al senador. Mark Schneider fue luego director del *Peace Corps* durante la Presidencia de Clinton. Dicen que una foto vale más que mil palabras y una foto de un helicóptero del ejército tirando a mansalva sobre una villa de emergencia donde se habían refugiado los guerrilleros que no habían podido tomar Monte Chingolo, distribuida ampliamente entre los senadores y representantes, fue más determinante que toda nuestra retórica para obtener la enmienda Kennedy que prohibió vender armas y repuestos bélicos a la Argentina. Esta norma duró hasta el fin del proceso y fue el primer triunfo internacional contra la dictadura.

"Al llegar a Buenos Aires fui detenido-desaparecido con la excusa de la relación Gelbard-Graiver. Todas las personas que figuraban en mi agenda fueron ilegítimamente detenidas, entre ellas el actual embajador en Washington José Bordón de quien tenía una tarjeta. Quienes decían venir en nombre del Primer Cuerpo de Ejército me secuestraron un portafolio con documentación que probaba la relación de su titular, el fallecido 'Pajarito' Suárez Mason con López Rega y la vinculación de ambos con la logia P2, con escritura del propio López Rega. Nunca más recuperé la documentación, que hubiera servido de base para investigar a la Triple A. También encontraron una carta del hoy embajador Julián Licastró, justamente reincorporado por el presidente Kirchner, donde me recomendaba a un médico del conurbano con un buen currículum para una beca en la UNESCO para cursar estudios en Europa. El médico ingresó a la lista de detenidos dos días después, pues tuvo la mala suerte de cruzarse con recomendaciones de dos adversarios del 'Proceso' y que por lo tanto, en los términos de Saint Jean, eran también subversivos."

En los días de mi detención en el centro de tortura Puesto Vasco, me preguntaban si me había reunido en Washington con representantes de Montoneros o ERP. Contestaba siempre con la verdad. Que no. Que sólo me había reunido con autoridades políticas americanas en ejercicio de mi derecho como defensor para cuestionar ilegales órdenes de detención sobre mi defendido. Cuando amenazaron con llevar a mis hijas menores para martirizarlas en mi presencia, ofrecí firmar cualquier declaración en blanco y eso detuvo la tortura. Alguno de los desconocidos creyó innecesario seguir con la picana. Una de las afirmaciones de los encapuchados aún resuena en mis oídos: "El propio presidente Carter es un activo aliado de los guerrilleros. Es uno de los principales apoyos externos de la subversión". Pensamiento propio de la locura y la enajenación de una época que debemos recordar siempre como una aberración de la especie humana. Como dijo un pensador norteamericano:

"Memory is the shield, is the only shield" ("La memoria es el escudo, es el único escudo")



26. LA ECONOMÍA DEL TERROR

*En memoria de Graciela Mellibousky,
economista detenida-desaparecida
desde el 25 de setiembre de 1976*

Se sabe que memoria e historia a veces no se llevan bien, aunque ésta siempre necesita de aquélla. La memoria es emotiva y la historia, en cambio, suele ser “una operación puramente intelectual, laica, que exige un análisis y un discurso críticos” (Pierre Nora). Esas dos cosas se intentarán en estas líneas, a propósito de la “economía de terror” que los argentinos supieron instalar entre 1975 y la caída de la convertibilidad.

¿Por qué el 75 como origen? Por dos razones. El ensayo general y la descomposición político-social que aportó el Rodrigazo (junio/julio) desbrozaron, primero, el camino hacia marzo del 76. Los comparsas/mandantes de Celestino Rodrigo comenzaron entonces a aplicar su guión para el éxito personal y el fracaso social: el empresario Nicolás Catena (bodeguero cofundador del CEMA en 1977); el *lobbyista* Ricardo Zinn (privatizador de YPF, ENTel y Somisa en los 90); y el economista Pedro Pou (ministro del “Proceso” y banquero central de Menem/Cavallo).

La segunda razón es más conocida: el plan económico del “Proceso” fue diseñado bajo la conducción de José Alfredo Martínez de Hoz entre marzo y setiembre de ese mismo año, mientras transcurría su propio “ensayo general”. Este plan maestro para el siguiente cuarto de siglo

* Publicado por *Página 12* el 26 de marzo de 2006.

respondió a la inspiración de un conjunto de empresarios que bajo la sigla CEA (Consejo Empresario Argentino), "cortaría el bacalao" desde entonces en Argentina. Muy recientemente, con un mero cambio de letra el CEA fue reemplazado sin mayor bambolla por la AEA (Asociación de Empresarios Argentinos) y José Alfredo jubilado como eterno presidente honorario del viejo Consejo.

Los altos mandos militares golpistas aprobaron "formalmente", en septiembre del 75, un plan económico que no elaboraron ni podían rechazar. Lo impusieron en una secuencia de hechos en la cual la ya exangüe violencia guerrillera—"autoderrotada" en el terreno político— fue utilizada para intentar legitimar el rediseño político, económico y social de nuestra sociedad mediante la administración del terror de Estado.

Al terror político-social le sucedió el económico, del cual aún no nos hemos desprendido. Un miedo cervical que fue cultivado con el auxilio de las nuevas usinas de ideas: Fundación Mediterránea y CEMA, aparecidas precisamente en 1977 cuando nadie con pensamiento propio podía hablar fuerte en el país sin riesgo de desaparecer. Nacieron para auxiliar a la entonces solitaria FIEL, precursora desde principios de los 60 en la lucha "contra el comunismo y los zurdos de la Alianza para el Progreso" (conducidos nada menos que por John F. Kennedy). Así quedó conformada la Santísima Trinidad de "nuestro" pensamiento económico. ¿Y los verdaderos mandantes en las acciones decisivas de siempre? Tras bambalinas, eternamente impunes.

Las Fuerzas Armadas vienen diciendo lo suyo acerca de nuestra tragedia; la Iglesia Católica intenta un parcial balbuceo; cada vez son más los "setentistas" (guerrilleros incluidos) que dicen lo propio; también algunos partidos, y muchas organizaciones sociales, culturales y de todo tipo. Estas últimas muestran un renovado vigor en nuestra sociedad civil, que permite alentar cierto optimismo. Resulta obvia, a esta altura, la pregunta final: ¿Cuándo van a dar la cara —y contarán lo suyo— los empresarios del terror?

27. SU TRABAJO COMO ECONOMISTA

Cristina: ¿Dónde trabajaba?

Matilde: En la Secretaría de Energía, para... para... creo que se trataba de gas y energía o algo así... Me acuerdo de las personas con las que trabajaba, que eran sus jefes. En la oficina parece que estaba muy a gusto, porque siempre venía y contaba lo que pasó en la oficina. Yo tenía dibujado perfectamente cada personaje porque ella relataba cómo eran todos, qué sucesos hubo y lo hacía muy bien. Era una cronista perfecta, perfecta, le gustaba mucho. Pero después la dejaron cesante, la cesantearon...

Cristina: ¿Con el golpe?

Matilde: Antes del golpe.

Cristina: ¿Antes del golpe...?

Matilde: O después del golpe, no recuerdo...

Cristina: Porque yo trabajaba en la administración pública en La Plata y me cesantearon con el golpe, por eso te digo.

Matilde: An... después del golpe.

Cristina: Sí.

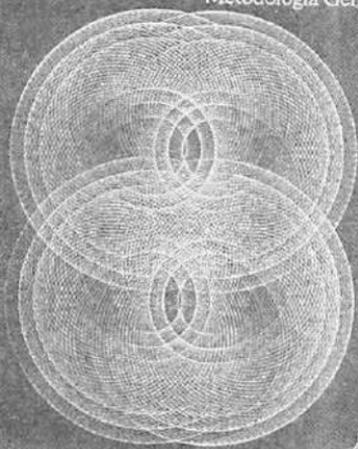
Matilde: Sí, entonces ella, siguiendo consejos de alguna persona que sabía, empezó a protestar e ir a abogados para que le aceptaran una renuncia y que no quedase firme la cesantía. La aceptación de su renuncia llegó, pero llegó a los tres meses que ella fue desaparecida. Había un tipo que se llamaba Zubarán, creo que era el jefe de su oficina y ella había obtenido ese empleo por nombramiento del general Lanusse... Le habían dado ese empleo, ese nombramiento, y trabajaba con mucha gente muy conocida de la facultad y del Colegio Nacional de Buenos Aires. En verdad, una de las cosas que yo me planteo siempre, que me da más desesperación, es que ella siempre estuvo con gente del Buenos Aires, con gente que iba y venía, de alguna relevancia o no... Primero un

colegio de Villa del Parque, luego en el Colegio Nacional, luego en la UBA; estuvo cinco años, creo, en la facultad... También dio clases, dio algunas clases para un instituto privado, clases de economía. Y no es que haya viajado, ni haya salido, se haya ausentado... Sin embargo no hay noticias de ella, no hay noticias de una persona que estuvo permanentemente con el resto de la gente en la Ciudad de Buenos Aires.

Graciela trabajaba en la Secretaría de Energía al momento de su desaparición forzada, revistando en la entonces empresa estatal Agua y Energía Eléctrica. Participó inmediatamente antes del golpe militar, durante la gestión del secretario Herminio Sbarra, en la elaboración de un modelo energético nacional. También dictó clases y tradujo del inglés varios manuales de economía. Fue homenajeada hace unos años por la Cámara del Libro, junto con otros profesionales perseguidos por una dictadura que resucitó los "Autos de Fe" del medioevo, con quema de libros.

Balace Energético Nacional

Metodología General



Secretaría de Estado
de Energía

Tapa y página de créditos del Balance
Energético Nacional de la Secretaría de
Estado de Energía.

Balances energéticos argentinos

5

Programa de investigaciones energéticas

Coordinadores: Ingenieros Víctor Sbarra y Juan López

Proyecto N° 1

Balances Energéticos Argentinos

Metodología General

Elaborado por el Equipo Técnico de la
División de Estudios de la Secretaría
de Energía correspondiente.

Plantel Técnico

Ing. Aldo Luis Lopatin
Lic. María L. de Fariñas de Lopatin
Ing. Fernando López
Ing. Roberto González
Ing. Norma de Gálvez
Lic. Alicia Anselmi
Lic. Gabriela Rodríguez
Carmelita de los Ríos

Edición Posible y Administrativa

Ing. Ana de Gálvez
Ing. Magdalena de Gálvez
Ing. Susana de Gálvez
Sra. María Beatriz
Dr. María Elena de Gálvez

28. PLAZAS Y PREMONICIONES



Plaza frente al Teatro Coliseo. Allí Graciela y su madre se vieron por última vez en 1975.

¿Sabía ella lo que podía pasarle? Sí, sí, que iba a caer sí lo sabía. Muchas veces cuando se iba de casa –ya no vivía conmigo– yo le decía vení a tal hora. “No, no puedo” me respondía, voy a estar muy ocupada. Yo me enojaba un poco, me alteraba. Pero ella entonces se

reía y me decía: “¡Ay madre!... te estás... –¿cómo me decía?– te estás convirtiendo en una madre...”. Lo siento, otro de los temores que me ha dejado lo vivido es esto que me pasa ahora, olvidar la palabra exacta, las fechas, los nombres. Aunque, en rigor, recuerdo muchos detalles. Pero temo, temo olvidar...

Graciela se sentía muy querida por su familia, querida y admirada. La admirábamos por sus valores –que ahora me parece eran bastante exagerados– la admirábamos por su belleza, por su éxito, por como la recibía la gente, con tanto cariño...

Recuerdo la última vez que estuvimos juntas en una celebración. Era fin del año 75 y se acercaba la hora del Año Nuevo. Nos dimos un abrazo,

nos dábamos un abrazo con cada miembro de la familia. Ella me apretó muy fuerte, puso su cara contra mi cuello y puedo sentir hoy todavía la humedad, las lágrimas de Graciela en mi cuello. Lloró, no dijo nada pero lloró... Esta fue una de mis despedidas de Graciela...

Tengo con las plazas de Buenos Aires una deuda. En muchas de ellas pasaron cosas relacionadas con nosotros, con Graciela y Matilde. Las conozco muy bien.

La que está frente al Teatro Coliseo es una hermosa plaza; tiene como socavones, hendiduras con plantas (*ver foto*). En esa plaza la vi a Graciela por última vez. La última vez que nos vimos, en esa plaza, charlamos mucho y también nos despedimos. Me llamó muchísimo la atención que tuviera acné, algo en la cara. Ella nunca había tenido nada en la piel. Ella me insinuó algo, dijo: "*Mamá, yo en cualquier momento...*". Esas son las palabras que dijo y volví a dejarla.

Recuerdo que había llevado unas cosas ricas, porque esos eran días de fiesta. De fiesta en la colectividad y siempre andamos con cosas sabrosas esos días. Le pedí que se llevara el paquete y se lo llevó muy alegre. Lo último que recuerdo es su caminar, su irse así, con un paquetito bajo el brazo. No se dio vuelta en ningún momento...

Me quedé un rato más sentada en el banco de la plaza. Ese fue un día terrible, pesado y cruel para mí. Me senté a comer al mediodía y no podía. Era un día sábado, muy caluroso a pesar que apenas estaba comenzando la primavera.

Decidí ir con una amiga a San Telmo, a escuchar un concierto de órgano. Mientras hacía la cola para entrar ya se escuchaba el sonido de órganos, órganos muy antiguos que habían sido encontrados en una estancia. A una hora de la tarde que recuerdo, seis y diez de la tarde, vi todo negro. Sentía que me hundía, que una fuerza me absorbía. Me sentía muy mal, con ganas de tirarme al suelo. La sensación era ésa; algo me tragaba y todo se ponía muy oscuro.

Creo, quiero suponer que ese fue el momento primero, no del sequestro que ocurrió a eso de las cuatro de la tarde, sino del maltrato y la tortura.

Entonces, después de eso, todo empezó a ser un relato de mucha angustia pero –sobre todo– de una soledad terrible. Lo único que tenía en la conciencia. Quería conservar la frialdad; callarme la boca y esperar a recibir noticias. No escandalizar ni llorando...

29. UNA CONVIVENCIA BREVE Y ETERNA

Cada vez que se acerca septiembre aparece –en el aire, en mí, en el calendario– una angustia sin nombre. En treinta años de sentirla no se ha vuelto más difusa, ni ha disminuido. Más bien se ha hecho intensa. Incluso más nítida y dolorosa. Cada 25 de septiembre se cumple un nuevo aniversario de la desaparición de Graciela. Entonces me lleno de pequeños recuerdos, anécdotas cotidianas que, de repente, pueblan mi memoria. Y la traen de vuelta.

Aun cuando fue poco el tiempo que pasamos juntas, su imagen me habita. No llegamos a conocernos lo suficiente para ser amigas, para lograr una intimidad de verdad. Pero habíamos iniciado un proyecto juntas: en el primer año de la dictadura apostamos a compartir una convivencia. Tal vez podría haber sido el inicio de una relación más profunda. Nunca llegamos a saberlo. Yo no conocía, con precisión, cual era su actividad política. Nos encontramos y cohabitamos casi por casualidad. Yo era compañera de su hermano Leonardo en la Facultad de Medicina. Éramos, además, vecinas. Nuestros padres vivían a una manzana de distancia y siempre nos cruzábamos por el barrio.

En una de esas charlas casuales que manteníamos le comenté que estaba buscando departamento para mudarme. Ella me dijo que estaba en lo mismo y decidimos entonces emprender la búsqueda juntas. Encontramos por los avisos clasificados uno con dos habitaciones en Barrio Norte y lo alquilamos.

Apenas pasamos allí una semana. Salimos juntas de nuestro departamento a las 15 horas del sábado 25 de septiembre de 1976. Nos despedimos cerca de Corrientes y Medrano. Tenía una reunión, me dijo.

Recuerdo que esa era la noche del Año Nuevo judío, el “Rosh Hashaná”. Cuando me levanté, a la mañana siguiente, no la vi. Llamé entonces a sus padres, que confirmaron mis sospechas. Ya intuían lo peor: las fuerzas

de represión habían estado en su casa y en la de otros parientes. A los pocos días el Ejército entró a nuestro departamento. Lo destruyeron y robaron casi todo lo que allí había. Desde el televisor y los muebles hasta nuestra ropa. Recuerdo, entre las pocas cosas que quedaron tiradas, mi libreta universitaria.



Esquina de Corrientes y Acuña de Figueroa, lugar donde secuestraron a Graciela.

Mi vida siguió el rumbo de la de tantos argentinos. Me fui al exilio; primero Río de Janeiro, después Madrid. Intenté terminar la carrera, reconstruir mi vida. No fue tarea fácil la de sobrevivir. Me ha perseguido sin descanso la consabida pregunta: "¿Porqué soy yo la que está aquí?". Mi sentimiento es el de muchos. Sentirse culpable por haber sobrevivido. Preguntarse qué significaba la vida en medio de tanta muerte. Y, por momentos, haber estado a punto de enloquecer de dolor.

No sé qué pasó con Graciela después que nos despedimos en esa esquina. Eso fue y sigue siendo lo más desesperante. Sólo sabemos que no está. Y su ausencia parece no tener un lugar. No sé adónde llevarle flores, ni cuándo encender una vela en su recuerdo. Sin embargo, esa ausencia lo ocupa todo. En rigor, está en todos los lugares. Y está cada día también en mí.

Ella sabía que eran tiempos difíciles. Aun así, su espíritu estaba casi siempre animado y activo. Recuerdo la fortaleza muy especial de esa alegría de Graciela. Su cumpleaños había sido unos días antes; le regalé una crema cosmética *Lancome*. Aun asediadas por el temor y las preocupaciones usábamos cremas, nos cuidábamos, nos preguntábamos una y otra vez qué ropa ponernos. Ese sábado ella salió con una camisa celeste a cuadros y una pollera. Estaba linda, incluso elegante. Así la recuerdo.

El día anterior yo había preparado lentejas y espinacas. Quedaron en la cocina, intocadas. Nos despedimos en esas calles del barrio de Almagro (*ver, más adelante, en el Anexo, el homenaje de los vecinos de Almagro*). Jamás imaginé entonces que esa escena cotidiana y simple sería la última antes del horror de su desaparición.



30. EN EL CAFÉ TORTONI

Graciela fue secuestrada el sábado 25 de septiembre de 1976, cuando caminaba con un grupo de amigos y compañeros por la calle Francisco Acuña de Figueroa hacia Bartolomé Mitre, a eso de las cuatro menos cuarto de la tarde. Se supone que caminaban hacia la Avenida Corrientes, para ir al cine.

De entrada supimos que sobrevivió a su secuestro tres días, al menos. Porque la compañera con la que vivía, en un departamento de la calle Melo, pudo verificar que recién al tercer día llegaron allí las fuerzas de represión. Esta compañera, una médica amiga de Leonardo, había desoído la consigna de irse del departamento a medianoche si Graciela no volvía el 25. La primera noche se quedó dormida y al despertar, a la mañana siguiente, me llamó. Por eso pude alertarla acerca del allanamiento que habíamos sufrido en la madrugada del domingo 26.

Me enteré mucho después de los pocos detalles conocidos acerca del secuestro, por boca de la madre de su compañera, cuando ella había partido --sana y salva-- hacia Barcelona.

Suponemos que Graciela fue secuestrada por el Cuerpo de Ejército I, responsable principal de la represión en Buenos Aires, y llevada a Campo de Mayo. No hay testimonios precisos sobre esto y se sabe que, en general, los militantes de izquierda eran llevados a Campo de Mayo y los montoneros a la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Lo que puede darse por seguro es que no fue vista por nadie en la ESMA.

Unos dos meses antes de su desaparición tuvimos una conversación, por teléfono, que me mostró a las claras las tensiones extremas que soportaba. Me llamó para pedirme que le buscara en casa de su hermano una lente de contacto allí olvidada. No conocía entonces la dirección de mi hijo --tampoco la de ella-- y me negué firmemente a saberla entonces por obvias razones de la seguridad de ellos mismos. Cuando le quedó

claro que no accedería a su pedido rompió en llanto, con desesperación, y me dijo:

"¡Vos también me abandonás!, ¡Todos mis amigos me abandonaron!"



31. EL DÍA SIN RETORNO

El 14 de septiembre, para celebrar el cumpleaños de Graciela, quedamos en encontrarnos para cenar juntos. Fuimos a un restaurante del Automóvil Club... junto con mis viejos y Liliana, mi mujer. La cena fue tranquila y hasta diría amena, aunque los silencios pesaban más que las palabras. Todos sabíamos lo peligroso de la situación de esos días. La gente era secuestrada y si no era asesinada en la calle se la llevaban a no se sabía ni donde ni por cuanto tiempo, porque hasta la fecha nadie había retornado. Se sabía de las horribles torturas a las que los secuestrados eran sometidos. Se intuía que, llegado el momento, era preferible la muerte que el sometimiento al sadismo de los grupos de "tareas". Quizás por ello algunos de los cuadros militantes llevaban una pastilla de cianuro. Graciela también.

Había sido inútil hablar con ella para que tomara distancia de la Organización. No estaba convencida que el camino que se estaba tomando fuera el correcto. Pero pesaba más para ella no abandonar a los compañeros que seguían en la lucha y sobre todo a los que ya nunca volverían. Era un camino sin vuelta atrás, sin retorno. No encontraba razonamientos capaces de vencer el compromiso con la lucha por más que ésta no estuviera saliendo como se esperaba.

En la cena casi no se tocó el tema, pero en los silencios éste estaba más presente que todas las palabras que pudiéramos buscar para dar contenido a lo que debería ser un festejo. Ignorábamos todos que ese encuentro en realidad sería la despedida.

Me consta que Matilde tuvo un encuentro posterior que resultó infructuoso. En efecto, tiempo después me contó que cuando llegó la temida pregunta de "Si no querés irte, ¿qué vas a hacer entonces?", la respuesta fue durísima: "En cualquier momento me puede tocar a mí...".

Mañana soleada del sábado 24 de septiembre, decidimos ir a un con-

cierto de rock (nunca habíamos ido a uno) que daban en un escenario montado al costado de la General Paz. Fuimos con Liliana y Raúl. Todo era una locura. La policía a caballo dispuesta a reprimir únicamente debido a la presencia de un numeroso grupo de jóvenes, no importaba que éstos no tuvieran nada que ver con política, era una buena ocasión para dar palos y gasear al tumulto. Liliana y yo íbamos en moto y con una pinta nada presentable, estábamos semiclandestinos viviendo en un lugar que sólo nosotros y Graciela conocíamos. En la facultad había "jetoneado" mucho y más de la mitad de los compañeros de la JUP estaban desaparecidos. Creíamos que nos cuidábamos, pero visto desde la distancia era como una provocación permanente para ser detenidos, o un grado de inconsciencia mayúscula o quizás de negación extrema. Finalmente y tras casi todo un día al aire libre la policía embistió varias veces al público, pudimos zafar y volvimos para nuestra casa casi secreta.

Cuando llamé por teléfono a casa de los viejos, a modo de control como hacíamos cada día, estaban rarísimos. "¿Están bien? ¿Seguro que están bien...?". Con mensajes cifrados en una jerga que habíamos aprendido para comunicarnos por teléfono me dieron a entender que Graciela había "caído". Sí, esa era la palabra corta, sencilla y estúpida que usábamos para describir el peor horror que nuestra imaginación pudiera alcanzar y que le podía ocurrir a una persona. ¿Porqué banalizabamos la muerte hasta tal extremo? ¿Era la única forma de hacer frente a un enemigo tan brutal y poderoso?

Desde ese horrible día Graciela se fue. Nunca supimos adónde la llevaron. Sólo me consta que aproximadamente al mes Matilde recibió una llamada telefónica en la que reconoció su voz. Le preguntó: "¿Cuándo te podré ver?", a lo que ella respondió como si de una despedida se tratase: "Nunca... mamá, nunca". Quizás a su lado estaba un sádico torturador que, adoptando por un momento el papel de "poli bueno", la dejó contactar con su familia, en un intento más por quebrarla y obligarla a decir lo que las más terribles torturas no habían logrado.

Dije que ese día Graciela se fue, pero no es del todo cierto. Cada tanto vuelve en un sueño, que se repite. Viene contenta, contándome muchas historias como recuperando en largas charlas el tiempo que estuvo secuestrada. Vuelve sobre todo ahora en este libro, en la memoria de los amigos que más la quisieron y que la dejarán presente para siempre, en la historia y en la memoria de un pueblo que no se resigna a prescindir de una generación que fue arrancada de la vida y que cada vez se hace más necesaria para que se pueda escribir un futuro digno.

Vuelve y me consta que cada vez con más fuerza, como si el tiempo en vez de borrar su memoria la fuera reforzando.

32. LA PATOTA

Lo primero que nos dijo el oficial fue: *"¡Su hija es una subversiva!, ¡Cuando la encontremos la van a ver en la morgue!"*. Nunca más pudimos verla, ni en la morgue tampoco. Todos nuestros movimientos, los dos teníamos más de 50 años, eran vistos como amenazas. Uno de ellos se había ubicado atrás mío y me dijo: *"¡Si te movés te meto una bala por la nuca!, ¡ite sale por la boca!"*. Pequeñas delicias que nos brindaban.

Era de madrugada cuando cayó el Ejército en mi casa. Vinieron todos de civil, ninguno estaba uniformado.

Me obligaron a hacer un recorrido con ellos por las calles, en un Falcon. Me llevaron por la fuerza al departamento de una de mis hermanas, cuyo domicilio –en la calle Arenales– conocían. Entraron como en casa, con mucha violencia, entraron golpeando... Interrogaron mucho a mi sobrina. Ellos sabían que eran muy amigas, también sabían que Adriana no militaba.

A Santiago lo retuvieron en casa sentado en la cama, con cuatro o cinco pibes jóvenes –serían colimbas– que lo custodiaban. Uno de ellos jugaba con una granada de mano, como si fuese una pelotita de ping pong.

Cuando me trajeron de vuelta del recorrido en el Falcon, pude mirar mi casa y me dije: *"¡Qué horror!"*. Primero fui hacia la pieza de Graciela y encontré una montaña, una parva de papeles que ellos fueron sacando de las bibliotecas (que estaban ordenadas). No creo que hubiese ningún libro sobre marxismo. Nada, nada, habíamos sacado todo. Así y todo, era tal la montaña de papeles y libros sobre el piso... Me agaché y vi algo que asomaba... y se distinguía de lo demás. Entonces, con dos dedos –esto lo recuerdo siempre, de modo muy vívido– lo retiré y encontré dos cosas. Por un lado, un retrato de Eva Perón, de una Eva muy linda y espontánea, con el pelo al aire; un retrato poco conocido de Eva Perón.

A pesar de que yo era antiperonista no sentí bronca. Al contrario, sentí una especie de ternura por esa mujer en ese momento. Después saqué con cuidado una carpeta con muchas hojas de papel de seda y leí. En esos papeles estaba escrita la historia de como la familia de Graciela Mellibovsky vino a la Argentina... La familia por parte de su padre llegó también a nuestro país por una expulsión desde Rusia, en el año mil ochocientos no sé cuanto... Había también en esa carpeta un documento lacrado, con la firma del comisario ruso que decía que se van, "que nos vamos de este país y prometemos nunca jamás volver a esta tierra". Los obligaron a malvender muebles, objetos personales, todo lo que tenían. Es un relato muy tierno; tal vez aparezca, tal vez alguien quiera incluirlo en la historia familiar de Graciela (*ver Anexo; "La saga de sus mayores, de Ucrania a la pampa argentina"*).

No pude tocar más nada, esa noche. A la noche siguiente quise dormir y saltaba en la cama, me parecía que volvían otra vez... y otra vez más. Le propuse a Santiago que nos fuéramos. Un sobrino de él, muy generoso, nos prestó su departamento. Luego alquilamos pero al final retornamos al nuestro. Años después nos pasó algo curioso. El departamento de Arroyo sufrió graves roturas por la bomba que se puso en la Embajada de Israel, en 1992. Nos salvamos por un pelo. Pero nos tuvimos que ir de nuevo porque no había corriente eléctrica, ni agua, ni funcionaban los sanitarios y el piso quedó cubierto de vidrios. Más tarde, mis vecinas no comprendían cómo fuimos los primeros en volver. Decían: "*¡Qué curioso!, ¿Cómo se atrevieron...?*". Yo tenía ganas de decirles: "*Después de lo que pasó con Graciela esto es...*".



**SANTIAGO MELLIBOVSKY, FRAGMENTO
DE UNA ENTREVISTA DE MARZO DE 2005**

Esa misma noche supimos que ya la tenían. Ellos mismos terminaron por confesarlo, sin darse cuenta.

Mirá, la cosa es así. Yo tenía la industria ahí en el Talar de Pacheco; entonces... los operarios me pidieron una tarjeta de presentación porque "a cada momento suben a los colectivos y tenemos que decir adónde vamos, qué somos". Les hice una tarjeta especial que decía: "son empleados de la empresa tal". Un día pasó Graciela y me pidió que le hiciera una para ella...

Bueno, cuando ellos (*los miembros de la patota*) se metieron en nuestra

casa... ¿Sabés que a Matilde se la llevaron, no? La llevaron casi por dos horas y yo estaba ahí, con los asesinos... Uno de ellos sacó la tarjeta que le había dado a Graciela y me dice: "*¿Usted es el dueño de esto, no?*".

"*Entonces ya la tienen*", me dije.

¿Te das cuenta? Ahí tomé conciencia de la situación... A nosotros casi nos llevan, porque dijeron: "*¡Vístanse!*". Entonces nos apretamos los dos, fuerte... Matilde me hizo así como que... yo la abracé y nos salvamos.

Graciela había informado algunos lugares con... con la... este... tortura, supongo yo. La primera fue la dirección de la hermana de Matilde. Por eso, creo, la llevaron ahí a Matilde, a esa casa...

Días después estábamos en la casa de mi hermana y apareció por el teléfono la voz de Graciela, después del anuncio de una voz masculina: "*Le van a hablar*".

[Ver capítulo siguiente].

33. EL ADIÓS

El principio del fin fue hace treinta años.

Un eco de tu voz en el recuerdo, fue hace treinta años. Resuenan en la mente y golpean el pecho las palabras angustiosas de despedida –porque las hubo– con el terror y el amor contenidos. Luego las imágenes de tu solitario miedo. Muchos largos días en que el dolor se incentivó, el horror de la tortura. Luego fue lo que empujó el final y aquí acabaron tus sueños y los nuestros. El olvido impuesto no sirvió; lo saben todos, hasta los asesinos. Es mentira la paz decretada, es verdad la muerte organizada... llévate (el texto de un poema de Santiago, ver testimonio 2). Así lo sentí.

Hay algo que no puedo conseguir, que debo tener metido en la computadora. No sé. Ella le dijo una vez a la madre: “Si yo no aparezco comunicate con Elio Brailovsky”. Fue compañero de ella y es también licenciado en economía política. Pero dejó la economía, ahora es un gran escritor. Hay un relato de él que es maravilloso, que brinda la imagen que tenía de Graciela. Te lo tengo que buscar porque es muy, muy importante lo que dijo. Y como es escritor, lo dijo muy bien...

Entrevistador: ¿Cuáles son las palabras de despedida que aparecen en el poema?

(...)

Días después del “allanamiento” estábamos en la casa de mi hermana y apareció por teléfono la voz de Graciela, después del anuncio de una voz masculina: “Le van a hablar”.

Ella llamó cuando estaba detenida-desaparecida, llamó por teléfono...

Se lo permitieron. Una sola vez, a los pocos días. Fue muy breve, pero pudo transmitirnos su cariño...

“¿Cuándo te volvemos a ver?”, le preguntamos.

“No, papá y mamá –nos dijo– yo me despido porque no me van a encontrar nunca”.

Así, con estas palabras. Quedamos mal, muy mal... Seguimos llorando. Como te digo yo: treinta años de llorar sin lágrimas...

¿Cuáles fueron nuestros pasos a partir de ese momento? Con Matilde apelamos a los *hábeas corpus*, los llenamos de *hábeas corpus*. En un principio los presentábamos solos y después..., tampoco lo hacíamos a través de abogados porque íbamos a organizaciones de derechos humanos que ya tenían impresos formularios para todo esto.

El primero al que fuimos... creo que era la Liga Argentina por los Derechos del Hombre.

En mi juventud fui de la Juventud Comunista, después me echaron. Porque tenía mis propios pensamientos. Y ahí no va eso, hay que tener sus propios pensamientos... Después te cuento.

Hemos trabajado luego y nos entendemos con casi todas las organizaciones de derechos humanos, aunque las relaciones más estrechas son las que nos ligan a la gente de la Línea Fundadora de las Madres de Plaza de Mayo y al CELS. Matilde forma parte del CELS...



Afiche conmemorativo a 30 años del comienzo de las rondas de las Madres de Plaza de Mayo.

34. EL ENCUENTRO CON LAS "MADRES"

Entrevistador: ¿Cómo llegaste a Madres de Plaza de Mayo? ¿Cómo fue?

La historia de cómo llegué a "Madres" es muy linda. Yo no conocía entonces a ninguna otra madre de desaparecido. Para esa época, después de la caída de Graciela, salía a la calle y me compraba todos los diarios que se publicaban en Buenos Aires. Para buscar, tener alguna pista.

Se publicaba entonces el *Buenos Aires Herald*, un diario escrito en inglés que sacaba todos los días un editorial en castellano. Era un tipo muy loco su director porque era muy buena persona y, a la vez, un gran admirador de Martínez de Hoz. No aceptaba las desapariciones. Un día cayó un ejemplar del *Herald* en mis manos y lo leí con detenimiento... El editorial de esa edición mencionaba o insinuaba algo acerca de un grupo de gente que se reunía. Me dejó pensando y me di cuenta entonces que había alguna acción colectiva. Después me enteré que era en Plaza de Mayo.

En ese entonces yo estaba terriblemente asustada. Tomaba un colectivo, luego dos o tres colectivos más, sólo para "despistar". Me sentía perseguida, me sentía muy perseguida, pero no conocía las más mínimas reglas de seguridad. Entendí que había gente que se reunía en Plaza de Mayo y esto... íntimamente lo pensé, debía tener algo que ver con nuestro drama. Lo primero que se me ocurrió fue intentar encontrarlos. Todo en silencio porque Santiago se asustaba, a la familia de él la asustaba que yo saliera a la calle.

Opté por tomar el 56, que era el colectivo al que ascendía en Retiro, llegaba a Plaza de Mayo, la circunvalaba, y después iba hacia Villa Lugano, el lejano sur. Después de muchas idas en colectivo a la Plaza, descubrí un pequeño grupo de gente y ahí fui yo. Al principio, estaba constituido en forma muy precaria. Era muy poca gente, muy poca.

Me fui acercando, pero al principio ni bolilla me daban. Yo tenía además un aspecto, una facha totalmente distinta del común. De entrada no me aceptaron. Yo sentía la marginación pero insistía, insistía. Trataba de oír algo... Las primeras vueltas a la Plaza llegamos a redactar cartas y petitorios escritos en los asientos de piedra de la misma Plaza. Nos agachábamos y escribíamos allí; eso llegué a hacerlo.

Después llegó la época en que la misma cana, la misma policía nos ordenaba no permanecer parados en grupo: "*iCirculen! iCirculen!*", nos decían los policías. Nos obligaron a dar vueltas a la Pirámide de Mayo, por eso empezamos a circular. Este es el origen de la costumbre o actitud que tomamos las "Madres" de no parar nunca más nuestras rondas en la Plaza, siempre los jueves por la tarde.

De esto se habla muy poco y es muy interesante, porque esas rondas marcaron nuestras vidas. No parar nunca, no parar. Caminar, caminar, caminar, en círculo.

A mí me daba miedo, todo me daba miedo. A un tiempo era miedosa y me gustaba estar porque me sentía agarrada del brazo y podía conversar con otras madres.

Otra cosa a destacar de las "Madres", un comportamiento que merece homenaje es que nunca nadie del grupo preguntó en la Plaza: "*¿Quién sos vos? ¿Cómo te llamas...?*".

¿Cómo rompí el hielo entonces? A fuerza de acercarme y de aguantar que primero me miraran mal. De todos modos, yo prefería –aun al principio– estar un segundo con ellas que 24 horas en mi casa. En nuestras casas no pasaba nada, no pasaba absolutamente nada.

Las primeras veces que pude acercarme a alguna de ellas, las precursoras, dije que tenía una hija desaparecida. Entonces sí te preguntaban, ahí se preguntaba, cuando llegaba una madre nueva. La pregunta que importaba era: "*Vos, ¿a quién tenés desaparecido?*".

Esa actitud de respeto y absoluta sobriedad y el empuje para marchar, marchar, marchar, creo que fue lo que más me marcó. Marcó también a la historia reciente de la Argentina. Soy una gran admiradora de las "Madres", de "mis" Madres... También puedo ser, a veces, muy crítica y "rabiar" mucho.



TESTIMONIO DE FERNANDO MELLIBOVSKY,
E-MAIL ENVIADO A SUS 19 AÑOS EN 1997*

35. FERNANDO, "LAS DOS GRACIELAS" Y SU ÚNICA TÍA

Antes que nada es menester aclarar que resulta cuanto menos complicado reconocer la propia como una realidad extraña, bien que es la normalidad de uno, ni más ni menos. En consecuencia, quizás olvide muchas de las cosas que al fin y al cabo motivan tus preguntas por no darme cuenta de su vinculación con la dictadura militar y el exilio, primero forzoso y quiero creer que ahora voluntario –o, mejor dicho, ya no exilio– de mis padres.

Para empezar, me voy a remontar a mi entrada a la escuela, a la temprana edad de dos años. Obviamente, no conservo muchos recuerdos de entonces pero sí tengo algunas anécdotas implantadas más tarde por profesores y padres, propios y ajenos, que incluso se tomaron la libertad –y las anécdotas– de crear imágenes ficticias en mi cabeza.

Bien, resulta que tuve algunos problemas de entendimiento con el entorno, incluso al margen del hecho de que se tratara de una escuela catalana. En cierta ocasión, parece que estuve largo rato reclamando mi "saco" e incluso llegué a armar pataleta hasta que la maestra descubrió que me refería a la prenda de vestir que acá se llama comúnmente "abrigo" o "chaqueta". Imagino que fue una de tantas, pero a decir verdad no recuerdo ninguna. También parece ser, por lo que me contaron, que mi persona parecía resultar algo chocante a los padres de mis compañeros, a quienes yo invitaba –mis padres los invitaban– a jugar a casa asiduamente. Una tercera situación, también lo recuerdo a partir de lo que me contaron más tarde, claramente relacionada con mi procedencia y que

* Publicado en *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*; de Eduardo Blaustein y Martín Zubieta, Buenos Aires, Colihue, 1998.

al parecer resultó más que una simple anécdota. Sucedió cuando Leo y Li se plantearon volver a Buenos Aires. Sé que me lo contaron y que me pidieron, en un ataque de paranoia –y cito textualmente– que no lo dijera a nadie porque podía quedar dañada la situación laboral de uno de los dos, cuando todavía no habían madurado la idea del regreso. Al parecer yo, que era muy chico entonces, respondí dejando de invitar amigos a casa. Mis padres al menos lo vivieron así y se lo explican como mi particular modo de hacer menos dolorosa una, para mí casi segura, inminente marcha. Ellos dicen arrepentirse mucho de haberme cargado a tan pronta edad con la responsabilidad de compartir tan drástica noticia, y de pedirme que no lo contara a nadie.

Estoy seguro que desde chico me debieron ir contando toda la realidad de lo acaecido en la Argentina. Porque no lo recuerdo como una sorprendente revelación, de ésas que de repente permiten explicarse de modo distinto cuestiones anteriores. Más bien, debió írseme exponiendo en un goteo constante que en realidad nunca termina, siempre hay algún detalle que se añade a la reconstrucción de esa historia que obtengo de múltiples relatos de Leo, Li o Matilde, mi abuela. En cuanto a la historia en sí me resulta, en muchos casos, histórica. En realidad se me aparece como un conjunto de sucesos desordenados, no muy claramente acotados, lejanos en el tiempo y en el espacio, y que se extienden hacia atrás indefinidamente. Es curioso, pero la intensidad de los relatos sobre manifestaciones, redadas, secuestros, mudanzas y demás no parece posible de ser abarcada en el poco tiempo en que transcurrieron. Esto desconcierta a causa de su superposición con las vivencias agradables –entiéndase: gamberradas juveniles, excursiones de acampada, anécdotas del colegio– que tengo que acomodar alrededor de las otras, menos agradables, sin saber bien cómo. Será que mi vida es muy pausada, pero mucho ritmo tenían que tener mis padres para hacer tantas cosas en tan poco tiempo (...).

Lo argentino me dio siempre, acá en Barcelona, una especie de vergüenza ajena por culpa de los estereotipos, a menudo nada desencaminados, que circulan. Me refiero al “rana porteño”, al “Isidoro Cañones”, al “todos los argentinos son sicoanalistas, dentistas” y a las telenovelas argentinas. Eso es hasta que la gente averigua mi procedencia y me confirma su estima por los argentinos. Entonces la vergüenza se torna en orgullo.

En casa se habla de Argentina a rachas. Hay épocas en las que se habla más coincidiendo con acontecimientos relevantes referidos a la dictadura militar, como la confesión de Schilingo (¿se escribe así?) o algún acto en que participe la abuela Matilde. Desde que tenemos e-mail,

y conexión asidua con amigos de mis padres, las anécdotas frescas son también atractivos temas de conversación, y por lo tanto Argentina está a la orden del día, más a menudo ahora que antes. Mi reacción ante el tema, cuando entendemos por Argentina la represión militar, depende mucho de la lejanía de la historia que antes comentaba, despertando mucho más interés cuando me basta con alargar mi mano para tocar a mi tía, cuando ella abandona la hierática fotografía en blanco y negro que Leo tiene en el escritorio para protagonizar alguna de las historias que me cuentan. Cuando a Leo le sale la barba y a Li se le alisa el pelo para parecerse a mi imagen de ellos en aquellos tiempos.

Bien es cierto que registro un enorme grado de antinaturalidad en lo relativo al idioma. Uso el argentino –o mejor dicho, el español con léxico y connotaciones fonéticas argentinas– en casa y con amigos de padres argentinos. Un español castizo con compañeros de orígenes plurales españoles no catalanes. El catalán con todo aquel que lo hable, la mayoría de los amigos y las actividades sociales en Catalunya. Y el castellano con enorme influencia del catalán cuando combino simultáneamente los dos últimos círculos. Si bien antes sentía vergüenza cuando Leo y Li hablaban argentino en público, eso ya lo tengo superado. Mi único conflicto aparece cuando se cruzan los entornos argentino y español; mis padres y un amigo español o un amigo español y otro argentino. Entonces tengo enormes dificultades para elegir el idioma.

De mi tía Graciela sólo tengo la imagen de la única fotografía que vi de ella y una profunda sensación de que fuera una heroína de otro tiempo. La mía es la imagen global de una mujer que murió por defender unas convicciones que compartía con todos aquellos que lucharon por la misma causa. También tengo algunas salpicaduras de anécdotas derivadas de la relación con su hermano (mi padre), pero totalmente desconectadas de esa imagen global. Es como si hubiera una Graciela, la militante, la que ocupa la mayor parte de mis ideas cuando esa imagen aparece, y la otra, la hermana de mi padre, que surge esporádicamente en las pequeñas historias que nos cuentan de su juventud. Es curioso que no guarde una Graciela hija de mis abuelos. Pero Matilde se encargó de forjar la imagen global de la que antes hablé. También creo oportuno puntualizar una sensación de respeto que tengo hacia la militancia de mis padres. A veces siento como si Leo se hubiese metido para imitar a una idealizada hermana mayor y luego Liliana lo hubiera seguido a él. Lo primero podría ser una conclusión no conciente de la idealización que percibo en Leo de Graciela. Lo segundo surge del hecho que imagino a Liliana, con su temor a las iniciativas laborales, tomando terna iniciativa en actividades políticas.

En lo que se refiere a lo que siento por Graciela, no me atrevo a ir más allá de lo dicho: idealización. Y si no me atrevo a decir más es porque me sorprendió mucho una reacción que tuvo Leo durante una charla con una terapeuta familiar. No cuento más por respeto, pero sí puedo asegurar que me di cuenta que no sé nada de lo que siente Leo hacia Graciela, ni sobre si esas cosas se superan o no.

Con Diego, mi hermano, no hablo nada y con mis amigos lo justo. La cosa suele ser así: les sorprende mi apellido y preguntan sobre su origen. Les contesto y me preguntan si tengo familia allí. A lo que respondo que no, que mi familia viene de la Argentina. Lo siguiente que les intriga es el porqué de la venida a España y ahí surge lo de la represión militar y el secuestro de Graciela. Desgraciadamente, no sé transmitir el dramatismo del asunto y me quedo triste por culpa de haber desdramatizado y frivolidado la historia de lo que pasó, y el recuerdo de Graciela.



36. "MURIÓ EL 'CARNICERO DEL OLIMPO'"

Murió el "Carnicero del Olimpo". En la cárcel de Devoto un síncope lo despachó al Infierno, donde tiene ganado un lugar prominente. Ni siquiera los jefes nazis se vanagloriaron de ordenar el asesinato de tantos miles de jóvenes.

Aplicaba la cita de Saint Jean: "No sólo son nuestros enemigos los combatientes, sino también los ideólogos, los intelectuales progresistas y hasta los indiferentes". En esa persecución cayeron los psicólogos, los abogados laboristas de Mar del Plata, 120 periodistas cuyos comentarios fastidiaban, los obreros que reclamaban mejoras como los de Siemens y Lozadur, sacerdotes como los padres palotinos, monjas como las francesas, catequistas como la hija de 16 años de Emilio Mignone y los estudiantes del boleto estudiantil, casi niños entonces.

Declaró una vez a un funcionario de la embajada americana (documentos recién desclasificados por el Departamento de Estado) que disponía 100 sentencias de muerte por día.

Cuando yo estaba secuestrado en el Pozo de Banfield un amigo mío, de cuya hija soy padrino, lo visitó en el Primer Cuerpo para pedir por mi libertad. Le contestó: "No me pida por terroristas, todavía puedo ordenar su 'traslado'".

Augusto Conte, dirigente democristiano lo visitó con su hijo que era soldado en el Primer Cuerpo; para presentarlo, pues se enteró que lo estaban buscando por su actuación en una protesta estudiantil. Suárez Mason (alias "Pajarito") le contestó: "Déjelo aquí nomás; se aclara su situación y se lo devuelvo". No apareció más. Conte se lamentó hasta su muerte por haber dejado a su hijo, cándidamente, en manos del "Carnicero".

Por relatos de algunos amigos supe de las torturas atroces que ordenaba practicar. "Los tajeamos y los rociamos con ácido", me confesó

un represor en Puesto Vasco. Gozaba contando el sufrimiento de sus víctimas. Al Coronel Trotz, que había perdido un brazo por un atentado, le narró cómo castigó a la esposa de quien le puso la bomba dando detalles espantosos del martirio de la joven, hasta que el propio Camps terminó con su vida con un disparo en la sien.

“Pajarito” hizo desaparecer a Sajón para indagar qué decía Lanusse en su libro, que estaba en prensa, pues tenía entonces —en acuerdo con Massera— ambiciones presidenciales, para sucederlo a Videla. Un amigo en común me comentó que Lanusse le dijo: “No van a tener un rincón donde esconderse en este mundo”. Así fue. Suárez Mason ya fue condenado en Italia aunque hasta entonces había zafado de la justicia argentina.

Un sacerdote americano que encontré estando yo detenido en el Departamento de Policía me contó, cuando salía expulsado hacia los Estados Unidos, cómo se torturaba y se quemaban los cadáveres en el Olimpo, dependiente de Suárez Mason.

Una vez terminadas sus fechorías, “Pajarito” continuó aprovechando su accionar delictivo en otras esferas: con motivo del conflicto con Chile vendió al Ejército, a través de una compañía fantasma que formó, raciones del ejército americano a cuatro veces su valor.

Restituida la democracia, lo querellé ante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas pero no pude enfrentarme cara a cara con él pues designó al General Osiris Villegas para que actuara como su defensor. Fue la misma conducta de toda su campaña. Nunca participó de ningún enfrentamiento. Nunca se animó a arriesgar nada. Ordenaba detener en la clandestinidad de la noche y luego mandaba ejecutar a los presos de sus cárceles clandestinas. Mi padre me había enseñado a amar al Ejército y reverenciaba la memoria de su abuelo, el general Manuel Caraballo. Creí que era la oportunidad para que el Ejército se librara de estos miserables sujetos y emprendiera un retorno a sus principios fundacionales. Mencioné por lo menos tres secuestros extorsivos que realizó con el apoyo del Batallón de Inteligencia 601, donde actuaba como brazo ejecutor Aníbal Gordon, para “hacer caja” y endilgarle después esos hechos a la guerrilla.

Recurrí también a otros dignos amigos militares, entre ellos el general Arturo Corbetta, para que impulsaran la depuración a través de los Tribunales de Honor y la Justicia Militar. Sé que hizo gestiones ante las últimas autoridades del “Proceso”, pero con resultado negativo. El Consejo Supremo, pese a que lo solicité a un honorable hombre de la Fuerza Aérea, el brigadier Rosso, entonces Fiscal General de la entidad, dejó pasar la oportunidad para que las Fuerzas Armadas se depuraran a sí mismas. No encaró investigación alguna.

A la oportunidad la pintaban los griegos como una diosa con ruedas, una larga cabellera y una navaja que había que agarrar para cortarle la trenza antes de que se escapara. Las Fuerzas Armadas dejaron pasar a la diosa y la depuración la tuvo que imponer el pueblo y sus organizaciones sociales con treinta años de protestas hasta conseguir el fallo de la Corte Suprema de Justicia.

**E-MAIL DE GUSTAVO CARABALLO DE ABRIL DE 2007,
EN RESPUESTA A NUESTRA PROPUESTA DE
PUBLICAR ESTE TEXTO EN EL LIBRO**

"Por supuesto puedes hacerlo libremente y para mí es un honor participar en un homenaje a Graciela Mellibovsky... Lo de SM fue una carta que envié a mis amigos, especialmente a los que sufrieron cárcel o persecución por designios de 'Pajarito'. Entre los agradecimientos que recibí destaco el de Héctor Timerman, que se sintió muy tocado por mi catilinaria. Como recordarás, la escribí en respuesta a un artículo de La Nación donde se lo mencionaba como 'general' a pesar de que ya había sido privado del grado y se le hacía además un elogio, como si hubiera estado vinculado con la 'democracia'. Otra canallada de La Nación. Me indigné mucho porque desde el Olimpo se hizo desaparecer a mi consuegra, madre de la esposa de mi hijo Martín. Ella estaba casada con un sujeto de la high society argentina que la conoció en París. La vida de este sujeto era lo más inútil y abominable posible. Pasaba sus días entre juegos de bridge y billar, gastando la plata de su padre. Nunca trabajó ni tuvo la más mínima inquietud social o intelectual. La francesita se cansó de esa vida anodina y eligió una más épica. Se juntó con un guerrillero con el que tuvo dos preciosas hijas. Siguió a su hombre como las chinitas seguían a nuestros gauchos en las guerras de la independencia. La llevaron al Olimpo junto con sus dos hijitas de 3 y 4 años. Las jóvenes aún recuerdan cómo la madre, para consolarlas cuando le ponían la capucha y ellas lloraban, les decía: 'Es un juego chiquitas, como el de las escondidas...'. A mí siempre me pareció muy noble la actitud de la mamá, que sufrió manoseos y torturas pero reservando para sí todo el dolor y el asco para no transmitirlo a las niñas... Luego del destino final de su madre, de 'la francesita' como se la conoció en el Olimpo, las chicas escaparon luego de ser entregadas a terceros por la intervención de la embajada de Francia. Por eso titulé mi carta 'Murió el Carnicero del Olimpo' y la envié a María, la hija de 'la francesita' (cuya foto te envío)".

37. UN E-MAIL A TREINTA AÑOS DEL GOLPE (MARZO DE 2006)

Querida Graciela:

El día de ayer (24) –y la mañana de hoy, 25– transcurrieron de emoción en emoción. Después de tu partida en el “Vía Bariloche” me dispuse ayer, como te había anticipado, a pasar como turista en mi ciudad las tres horas que faltaban hasta el comienzo de la marcha. Sólo pude hacerlo por breves momentos. El pasado, con su carga de emociones, me estaba esperando de modos diversos en varios tramos de mi larga caminata desde la Terminal de Ómnibus de Retiro hasta Plaza Congreso.

Primero fueron las populosas veredas de la Estación Retiro, con su fuerte olor a fritura criolla y su visible pobreza. Nuestra gente de hoy contrasta muy fuerte con las imágenes que retengo de hace tres décadas.

Después crucé la Plaza San Martín, al pie de la barranca y por delante del monumento a los caídos en Malvinas. Entre la estela oscura con los nombres grabados y la nueva escalera que permite trepar a la parte alta de la Plaza, no pude dejar de ver el prado verde donde hace ya cuarenta años Graciela Mellibovsky y un grupo de compañeros desarmó el “libro” estéril que rescataron de la Biblioteca Lincoln (primera cuadra de Florida, donde también me detuve un momento) (ver testimonio 16).

Pasé enfrente del Edificio Kavanagh donde me demoré, justo cuando los chochamus de Quebracho se preparaban para hacer su habitual estropicio en repudio al “vecino ilustre”, José Alfredo Martínez de Hoz. Como era evidente que en cualquier momento empezaría la escaramuza seguí remontando la cuesta. Los turistas del Plaza Hotel disfrutaban desde una terraza de una visión envidiable del inminente happening. Pasé entre los “tortugas” azules de la Guardia de Infantería de la Policía Federal, que

empujarían luego a los chochamus hacia Retiro, y enfilé por Florida hasta Avenida de Mayo.

Sólo me detuve poco después de Avenida Corrientes, para escuchar un par de temas de una excelente banda callejera. Uno fue el son cubano del famoso verso acerca de: "...tu querida presencia, comandante Che Guevara". Me llegó hondo.

Disfruté después de una larga caminata por Avenida de Mayo, desde Florida hasta Callao... Fui "relojeando" con interés los diversos grupos que se apostaban en sus puntos de arranque, para unirse a la manifestación. Sobre la 9 de Julio, a ambos lados de la Avenida de Mayo, contrastaban los jóvenes "K" (cantaban la conocida rima: "...y ya lo ve, aquí está la gloriosa JP") con un grupito trotskista (con banderas rojas en las que habían impreso las imágenes de Lenin y de Trotsky) que entonaba cánticos delirantes intentando mostrarlo a "K" como un feroz represor de los "proletarios" patagónicos.

En la primera cuadra de Callao intenté encontrar el viejo edificio de Callao 11. Recuerdo que en su planta baja había un enorme bar donde vivimos múltiples encuentros políticos en los 60 y los 70. En uno de sus pisos funcionaba en 1973 el bloque de diputados de la JP, que yo visitaba a diario. Tomé conciencia entonces que fue demolido hace ya años –nunca había reparado en eso– y ahora funcionan en un gran baldío una playa de estacionamiento y un kiosco...

Comencé a recorrer, de regreso, el tramo Congreso-Plaza de Mayo buscando dónde unirme a la marcha que estaba por comenzar. Pasando la 9 de Julio encontré el grupo de los organismos de derechos humanos, que estaba desplegando en el piso sus largas banderas con las innumerables fotos de desaparecidos. Busqué entonces la foto de Graciela Mellibovsky y allí me quedé esperando que apareciera su padre, Santiago. Él no pudo llegar, por problemas de salud. Decidí entonces quedarme, de todos modos, para ayudar a llevar la bandera.

Como esperaba, la cantidad de gente que acudió fue impresionante, la inmensa mayoría no alineada por agrupaciones políticas y muchísimos jóvenes (la mayor parte de ellos nacidos después del 76). La multitud mostró además mucha "polenta" y sensatez a la vez. Podía verse con claridad en su comportamiento, que contrastaba de modo evidente con el sectarismo de tinte feroz y ridículo de los grupúsculos "de izquierda" (minoritarios pero ruidosos). Marchaban además muchísimos chicos de la mano de sus padres e incontables "cochecitos" con bebés. A eso de las 19:30 llegué a la Plaza... No se podía avanzar más...

Ya en casa, alcancé a ver por TV el episodio final que creo no llegó a empa-

ñar el éxito de la jornada... Llegué cansado pero relajado, como si hubiera cumplido una etapa importante de la catarsis que estoy experimentando en estos tiempos...

Nacho me llama a cenar. No podés quejarte de falta de comunicación...

Jorge

38. A TREINTA AÑOS DEL 25 DE SEPTIEMBRE DE 1976

Era sábado y estábamos asistiendo, imprudentes, a un concierto de rock en la Avenida General Paz. La policía arremetía con sus caballos con delicada prepotencia, si la comparamos con la que en ese mismo momento descargaba sobre cientos de detenidos por motivos políticos. Era la primera vez que Liliana asistíamos a un espectáculo de ese estilo. Sin ningún motivo especial, arriesgándonos quizás por nada. La tarde se me hacía extraña. No era miedo lo que sentía sino una inexplicable sensación que pude entender recién cuando Matilde me comunicó por teléfono y de un modo casi codificado que –presuntamente– habían “detenido” a Graciela.

Desde entonces nuestra vida cambió, para siempre. El horror de pensar los tormentos que estaría padeciendo, en un lugar inaccesible en tiempo y en espacio, ya nunca más me abandonó. De alguna forma continuamos con nuestras vidas; siempre buscándola, tratando de dar con alguna pista que nos explicara su destino último. Nunca pudimos saber nada. Sólo hubo una llamada que recibió Matilde, de despedida. Tan oscura fue su desaparición como clara e intensa su presencia. Graciela aparece en mis sueños, regresando de un secuestro que tuvo fin y contenta de estar nuevamente con todos.

Vuelve en el recuerdo de sus amigos, que nunca se olvidaron de ella. Cuando Jorge recopila relatos de todos para editar un libro en su memoria, vuelve en pequeños detalles. Como cuando un amigo de toda la vida, Ariel, me llamó desde Buenos Aires al acordarse de aquel horrible 25 de septiembre de 1976.



39. "QUISIERA CRITICAR A GRACIELA, PERO..."

Matilde: Quisiera criticar a Graciela en lo que yo pienso que no estaba bien, pero siempre se superpone...

Cristina: Vos... ¿Qué pensabas que no estaba bien? ¿Qué pensás que no estaba bien?

Matilde: No los veía criteriosos, ni bien organizados. Además... veía un poco que no había mucha discusión, sucedían cosas que no se discutían mucho. Por otro lado pensaba: "No, no, no puedo enterarme yo". Pero me gustaría que cuando se recuerda a nuestros desaparecidos, cuando se recuerda y se los quiere tanto, aceptemos también que... sí, hubo algún error... Ellos se jugaron íntegros y enteros a una cosa que pensaban que era lo único, lo único que podía suceder. Pero, de todos modos, tendrían que haber hecho un cálculo de probabilidades, o algo así. De esto no sé nada, sólo lo pienso intuitivamente. Y, sobre todo, lo que ha decantado es la poderosa admiración que siento por todos ellos, por Graciela y todos sus compañeros, o Graciela como compañera de todos ellos. Un gran respeto. Para mí recordar o hacer algo por los desaparecidos es como una religión, es realmente tomar partido y poner toda el alma, todo el corazón, la fe, como si estuviera practicando una religión... Hemos vivido una vida muy intensa todos estos años. Yo diría que una doble vida. Por un lado, lo que sucede cotidianamente, los impactos, las averiguaciones, las situaciones, lo cotidiano, las enfermedades de la familia, la muerte de gente de la familia, mucha... Y por otro lado, una sola idea, una sola idea que no pasa con el tiempo: ¿Dónde está? ¿Dónde está y qué han hecho con ella?... Dónde está y qué han hecho con ella, sobre todo... Me da mucha pena pensar que todas esas experiencias, todo eso que pasó se va a perder en el olvido realmente... No sé si hay alguna madre tan capaz de relatar aunque sea algunas cosas, relatar como es posible acostarse a la noche pensando en ella y como levantarse pensando en ella. La des-

esperación, la bronca, la locura por incomprensión. Yo estuve muy loca, maltraté a mucha gente. Quería que la gente me ayudase de inmediato. Si no, no era gente amiga. Pero ahora también comprendo que no fue posible, que fue una época de terror. Se vivió en un país de terror y no se podía responder al primer impulso. La gente se volvió escondedora... muy calculadora. Sobre todo, acerca de lo que decía.

40. EL DERECHO DE HONRAR A LOS NUESTROS

(...) Cuando desde el día de la muerte de Héctor llegó la duodécima aurora, Febo Apolo dijo a los inmortales:

Sois, oh! dioses, crueles y maléficos. ¿Acaso Héctor no quemaba en honor vuestro muslos de bueyes y cabras escogidas? Ahora, que ha perecido, no os atrevéis a salvar el cadáver y ponerlo a la vista de su esposa, de su madre, de su hijo, de su padre Príamo y del pueblo, que al momento lo entregarían a las llamas y le harían honras fúnebres; por el contrario, oh! dioses, queréis favorecer al pernicioso Aquileo (el matador de Héctor), el cual concibe pensamientos no razonables, tiene en su pecho un ánimo inflexible y medita cosas feroces, como un león que dejándose llevar por su gran fuerza y espíritu soberbio, se encamina a los rebaños de los hombres para aderezarse un festín: de igual modo perdió Aquileo la piedad y ni siquiera conserva el pudor que tanto favorece o daña a los varones. Aquel a quien se le muere un ser amado, como el hermano carnal o el hijo, al fin cesa de llorar y lamentarse; porque las Moiras dieron al hombre un corazón paciente. Mas Aquileo, después que quitó al divino Héctor la dulce vida, ata el cadáver al carro y lo arrastra (...)

La mensajera de Zeus se detuvo cerca de Príamo (el Rey de Troya, padre de Héctor) y hablándole quedo, mientras al anciano un temblor le ocupaba los miembros, así le dijo: Cobra ánimo, Príamo Dardánida, y no te espantes; que no vengo a presagiarte males, sino a participarte cosas buenas: soy mensajera de Zeus, que aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. El Olímpico te manda rescatar al divino Héctor, llevando a Aquileo dones que aplaquen su enojo (...)

(...) Venid a ver a Héctor, troyanos y troyanas, si otras veces os alegrasteis de que volviese vivo del combate; porque era el regocijo de la ciudad y de todo el pueblo.

Tal dijo, y ningún hombre ni mujer se quedó dentro de los muros. Todos sintieron intolerable dolor y fueron a encontrar cerca de las puertas al que les traía el cadáver. La esposa querida y la veneranda madre, echándose las primeras sobre el carro de hermosas ruedas y tomando en sus manos la cabeza de Héctor, se arrancaban los cabellos; y la turba las rodeaba llorando (...)

Así dijo llorando, y la inmensa muchedumbre prorrumpió en gemidos. Y el anciano Príamo dijo al pueblo: Ahora, troyanos, traed leña a la ciudad y no temáis ninguna emboscada por parte de los argivos; pues Aquileo, al despedirme en las negras naues, me prometió no causarnos daño hasta que llegue la duodécima aurora.

De este modo les habló. Pronto la gente del pueblo, unciendo a los carros bueyes y mulos, se reunió fuera de la ciudad. Por espacio de nueve días acarrearón abundante leña, y cuando por décima vez apuntó Eos, que trae la luz a los mortales, sacaron, con los ojos preñados de lágrimas, el cadáver del audaz Héctor, lo pusieron en lo alto de la pira, y le prendieron fuego.

Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosados dedos, congregóse el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos se hubieron reunido, apagaron con negro vino la parte de la pira a que la llama había alcanzado; y seguidamente los hermanos y los amigos, gimiendo y corriéndoles las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, que cubrieron con muchas y grandes piedras, amontonaron la tierra y erigieron el túmulo. Habían puesto centinelas por todos lados, para vigilar si los aqueos, de hermosas grebas, los atacaban. Levantado el túmulo, volviéronse: y reunidos después en el palacio del rey Príamo, alumno de Zeus, celebraron el espléndido banquete fúnebre.

Así celebraron las honras de Héctor...

NOTA DEL COMPILADOR: Homero se refiere —en la parte final de su epopeya acerca de la caída de Troya— al milenario derecho a honrar y enterrar a los muertos, que la dictadura militar violó sistemáticamente y los deudos de sus víctimas aún hoy —tres décadas después— no pueden ejercer en Argentina. En el relato de Homero fueron los dioses paganos del Olimpo los que impusieron la cordura entre los guerreros vencedores y aseguraron a los deudos de Héctor el ejercicio de este derecho humano elemental. En la Argentina del “Proceso” fueron, por el contrario, los “Señores de la Guerra” los que se creyeron dioses, bautizaron como “El Olimpo” a uno de los cientos de campos de concentración y exterminio en los cuales todo derecho fue negado, y confiaron en que su salvación estaba asegurada por el amparo político y espiritual que la mayor parte de la jerarquía religiosa de la época les brindó.

41. UN FINAL PROVISORIO

No me resulta fácil cerrar este libro sobre Graciela. Durante su preparación la búsqueda de información, el reencuentro con los amigos, las múltiples revisiones de los textos nos mantuvieron activos y con la sensación de que algo de ella estábamos –y estamos– recuperando. En estos momentos se me hace muy difícil, sin embargo, poner fin a este texto.

Quizás sea porque esta historia no tiene final. Nadie hasta este momento puede decirnos qué fue de ella, quiénes la asesinaron, ni dónde. Una historia inconclusa que no cierra en el mundo real y quizás por eso tampoco en nosotros.

El contenido de este libro es muy variado, tanto como las distintas etapas y facetas de la vida de una persona que fue interrumpida a los 29 años. Por eso hemos cuidado respetar todos los textos más allá de algunas –necesarias– divergencias entre sus autores, que se pueden observar.

Si en algún lugar está Graciela, es allí y aquí, en la memoria y en el corazón de los que ayudaron a redactar este libro y en sus mismas páginas, hasta donde puedan reflejar con fidelidad la memoria y los sentimientos.

Me consta que está también en muchos otros que no pudieron escribir, por distintos y entendibles motivos. Entre ellos, el temor de no poder hablar de Graciela sin referirse a ellos mismos. Acaso un error, a mi entender.

Este libro no trata de mitificar ni idealizar a una persona. Todo lo contrario, intenta reflejar –hasta donde ha sido posible– historias de Graciela niña, Graciela adolescente, Graciela joven, Graciela militante popular. Sus dudas, sus convicciones y también sus temores. Parte, al fin, de una generación que fue diezmada porque supo hacer peligrar –seriamente– el proyecto y los mezquinos intereses de unos pocos que tenían y siguen teniendo el poder.

Este libro ha sumado –de modo provisorio y parcial– recuerdos, ideas y opiniones alrededor de la historia de quien, al igual que muchos otros y otras, dejaron la vida en su intento de construir una sociedad más justa. Es nuestro deseo que este libro no termine aquí. Que quienes no se atrevieron aún a contar lo que saben de Graciela, lo que compartieron con ella, puedan plasmar lo suyo en una futura edición.

También se suma a las muchas otras historias personales que ya han sido contadas, para ayudar a llenar ese terrible vacío que nos dejaron. A modo de piezas de un inmenso rompecabezas, quizás nuestra sociedad esté intentando completar la historia que escribieron nuestros compañeros desaparecidos.

Esta historia personal no desea excluir a nadie. Todo lo contrario. Su vida se ha cruzado con la de muchas personas que ya no están, amigos comunes o individuos que por curiosas circunstancias coincidieron en espacio y tiempo. Un ejemplo: el de Diego Guagnini, gran amigo mío desde los primeros años del colegio secundario que estando clandestino al principio de los 70 me llamó por teléfono –enigmáticamente– para pedirme que lo “guardara” en casa sin saber ni él ni yo que poníamos a Graciela en un serio conflicto porque ambos militaban en la misma Organización. Convivimos más de un mes, de modo algo caótico pero sin secuelas. También recuerdo a “Zote” (Oscar Furman), compañero y entrañable amigo de la facultad que compartió con ella algún ámbito militante, según me contó poco tiempo después de su desaparición. Y Manuel Evequoz Fraga, abogado, uno de los últimos que seguía insistiendo en plena hecatombe con la presentación de los recursos de hábeas corpus que los “jueces del sistema” ignoraban, depositándolos en pilas ociosas interminables. Manuel también había cruzado su vida con la de Graciela y alguna vez me confesó –casi tímidamente– el gran cariño y admiración que tenía por ella. También hemos querido incluir el aporte de Carola Kappelmacher, gran amiga y compañera en el exilio durante más de treinta años que, a pesar de sufrir una terrible enfermedad que acabó con ella antes de cerrar la edición de este libro, pudo aportar también sus líneas (*ver Anexo VII*).

Para todos los que ya no están, este libro supone que su lucha no ha quedado en el olvido. Me consta que en España, donde resido, tuvieron que pasar más de sesenta años para que se empezara a recuperar la memoria de los republicanos asesinados por los “nacionales”. En este proceso de recuperación de la memoria han estado muy presentes nuestros 30.000 compañeros desaparecidos a través de la lucha de las Madres de Plaza de Mayo, de las Abuelas y de las restantes Organizaciones de Derechos Humanos de la Argentina. Mientras en España se negocia una

tímida y cuestionada “ley de recuperación de la memoria histórica”, con gran indignación de la vieja España franquista, en Argentina se anulan los indultos a los genocidas decididos por el menemismo rastrero de los 90 (en nuestro caso, a diferencia de lo que ocurre en España, pocas voces se alzan en defensa de los autores de delitos de lesa humanidad).

Por último, quiero destacar que el verdadero motor de este libro ha sido y es Matilde, madre de Graciela. Seriamente limitada por su edad y su frágil salud, nunca abandonó la idea de escribirlo y editarlo, ni siquiera en los peores momentos. Insistente hasta el cansancio, supo encontrar en Jorge –uno de los mejores amigos de Graciela– su brazo ejecutor. Sin la tenacidad y perseverancia de Jorge no se hubiera logrado que nos implicáramos en esta empresa. Si el temor de Matilde fue, en algún momento, que el recuerdo de Graciela no tuviera lugar en nuestro mundo, hoy esto ha sido conjurado: Graciela, al igual que los otros miles, está hoy más presente que nunca en nosotros. Creo que este libro es sólo una pequeña muestra de ello.

 ANEXOS

I. SANTIAGO Y MATILDE UNEN SUS VIDAS EN UN MUNDO EN GUERRA

En tiempos de la Segunda Guerra Mundial yo todavía pertenecía a esta institución (*el Partido Comunista*)... Se hizo entonces una gran campaña "Por la victoria" a favor de las fuerzas antifascistas que combatían en Europa, en especial para ayudar al Ejército soviético. Había de todo; por ejemplo, una dama regaló una cantidad de perlas y collares, perlas muy importantes... Se juntaban fondos y se enviaba ayuda material, además de las tareas políticas y de propaganda a favor de los aliados.

Como yo me había recibido de farmacéutico me propusieron ser director de una empresa, que había que montar para fabricar ampollas de vidrio de uso farmacéutico. ¿Para qué? Se trataba de ampollas especiales para el frente de guerra, con adrenalina y otras sustancias médicas. También llegamos a fabricar unos recipientes grandes que contenían analgésicos y eran para ser usados en operaciones quirúrgicas. Y unas raciones compactas de comida para los soldados, formuladas por mí, que se envolvían en papel encerado, se embalaban y se enviaban a los frentes de combate contra los nazis.

Todavía no conocía a Matilde al inicio de este proyecto.

Se juntaron unos setecientos colaboradores, la mayor parte de ellos voluntarios... Recuerdo que montamos la fábrica farmacéutica en una calle cercana al Congreso. Tenía a mi cargo un equipo permanente de trabajadores para fabricar las ampollas de vidrio y para el proceso de esterilización. Los voluntarios llenaban las ampollas y embalaban, entre otras tareas.

Armé todo en una "casa chorizo". ¿Las conocés? Tiramos abajo algunas paredes para armar la planta. Me acuerdo de una anécdota;

cuando un albañil gringo se pone a tirar de un caño, en plena obra. Tira, tira y tira el gringo y dice: "Mire, don Santiago, un caño de plomo". Y yo le pregunto: "¿Está seguro? ¿Qué es eso?". Era la instalación para la iluminación, que antes se hacía por caños de plomo. Cuando no había gas natural, era a gas de carbón. Así que esa casa tendría, ¡qué sé yo cuántos años! Lo tiramos todo, todo abajo. La vino a ver su propietario y dice: "¡Qué hicieron!". Ya vamos a pagar todo, lo tranquilizamos, porque la teníamos en alquiler.

Se armó una estructura de gestión donde yo era "directortécnico", había una farmacéutica que me ayudaba y además otra gente muy responsable, entre ellas una enfermera que vino a trabajar con nosotros, de un modo extraordinario. Además de los trabajadores estables nos ayudaban unas veinte personas más, por turno, para el cierre de las ampollas y todo eso y para meterlas finalmente en las cajas para su despacho.

Todo esto se enviaba al frente de los aliados, que también integraba Rusia... la ya desaparecida Unión Soviética. Entonces corría un chiste: "¿Cuánto le pagarán al conductor Mellibovsky? ¡Vaya a saber cuánto, en oro rojo de Moscú!"... Era el chiste que corría entre nosotros.

Bueno, se juntó mucha gente en este esfuerzo, mucha gente. Teníamos una secretaria muy piola, una muchacha un poco jorobada. Y la lista de los setecientos voluntarios que venían a trabajar por turnos, en forma gratuita. Se hizo un concurso para ver cual de ellos daba la mayor cantidad de horas a las tareas. ¿Sabés quién ganó el concurso? Matilde, por supuesto (*risas*). Era una pelirroja que... Matilde fue una mujer tan hermosa, una pelirroja única. Yo estaba tan enamorado de ella y no sabía cómo avanzar (*risas*)... Bueno, nos casamos en el 44.

Poco antes de casarnos, empezamos a sufrir cierto hostigamiento de los "servicios". Durante una larga primera etapa sólo nos visitaba, "de cortesía", un policía de civil que miraba un rato y se iba. Pero hacia el final de la actividad de la fábrica, ya sufríamos una presión cada vez más visible. Hubo, incluso, un allanamiento. En ese episodio se lució nuestra eficiente secretaria que –en un descuido de la "comisión"– hizo desaparecer las hojas mecanografiadas con el listado de los setecientos voluntarios, que habían quedado a la vista sobre una mesa.

La guerra terminaba y habíamos acumulado un importante stock de medicamentos y material quirúrgico que ya no tenía sentido despachar. Entonces ocurrió el terremoto de San Juan, con tantas víctimas y enormes destrozos. Nuestro stock final fue entonces donado de inmediato y enviado a la provincia para ayudar a mitigar el dolor.

Seguí ligado al Partido muy poco tiempo más... Hubo ciertas cosas

que no me gustaron... y chau!... Había que seguir las pantomimas de ellos; eran buenas personas pero con una idea que... bueno. Ahí se terminó y nos fuimos de la Juventud Comunista.



BREVE AUTOBIOGRAFÍA DE BENJAMÍN MELLIBOVSKY, HIJO DE LEÓN, EL PRIMERO DE LA FAMILIA EN INSTALARSE EN LA ARGENTINA*

II. LA SAGA DE SUS MAYORES; DE UCRANIA A LA PAMPA ARGENTINA

Soy oriundo de Rusia, de la provincia de Kiev en Ucrania, y nací el 5 de octubre de 1875 en la ciudad de Taraschtcha, donde residían la mayor parte de nuestros parientes, así como también en las ciudades cercanas de Boguslaw, Bielaza-Zerkow y otras.

Vivían mis padres en una aldea cercana a Taraschtcha, que se denominaba Savorka, donde tenían en arrendamiento con su pariente José Mellibovsky¹ varios centenares de *desiatina* (una *desiatina* es algo más de una hectárea de superficie) de tierra, bajo explotación agrícola, y era él quien atendía todo, no solamente en su calidad de consocio, sino también como encargado y mayordomo, y bajo su dirección se hacían los sembrados, cosechas, trillas, ventas, y otros trabajos.

El arrendamiento de la finca databa de los años anteriores a la aparición de la ley zarista que prohibía a los judíos no solamente arrendar tierras a su nombre, sino también dedicarse a la agricultura. Por ese tiempo se aproximaba la fecha de vencimiento del contrato, sin posibilidad de renovarlo por más tiempo, pero para no abandonar su clase de ocupación, mi padre y su sobrino José Mellibovsky comenzaron a buscar otras tierras agrícolas, y así llegaron a saber que cierto señor Jona Ettinger, que vivía en una ciudad llamada Uman Sambie, provincia de Kiev, tenía en arrendamiento unas 150 *viorst* (alrededor de 200 kilómetros) de donde

* Nota del compilador: 1. Benjamín Mellibovsky fue Masón, recuerda hoy su sobrino Santiago; 2. Cuando se retiraba su tío abuelo Benjamín, honrado por sus trabajos de medio siglo "a favor de nuestros hermanos perseguidos", Graciela ya comenzaba a hacerse sentir en el vientre de su madre Matilde.

¹ Padre de Juan, Abraham, Pablo y hermanas.

residiáramos, en una aldea llamada Kamenaia-Korinitza, provincia de Podolia, una extensión de unas 600 desiation (unas 750 hectáreas). La fecha del contrato de arrendamiento era anterior a la de la ley zarista que ya he mencionado, y para su vencimiento faltaban aún unos siete años. Dicho señor Ettinger buscaba un subarrendatario, y con él se arreglaron mi padre y su sobrino. Fue entonces, a fines del año 1882, teniendo yo la edad de seis años, cuando se trasladó toda mi familia a Kamenaia-Krinitza para dedicarse de lleno a las nuevas tareas agrícolas. José Mellibovsky, en tanto, residía con su familia en la ciudad de Koschavata, población cercana a Taraschtcha, y se trasladaba de vez en cuando a la nueva finca para tomar decisiones conjuntamente con mi padre.

Mi padre, hasta entonces consocio, asumió así también la administración de todo, y bajo su dirección se continuaba la explotación agrícola, dedicándose anualmente más de la mitad de la superficie total a la siembra de remolacha para azúcar, y el resto a trigo, avena, cebada, y otros cultivos.

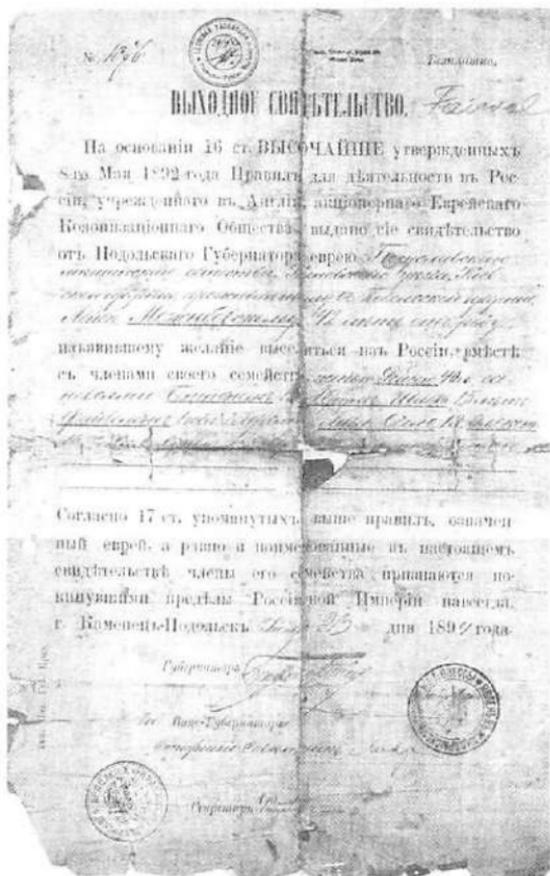
La explotación de la remolacha requiere gran cuidado, el que se prolonga hasta su madurez, y aún después, para cuidar el cultivo de las heladas y las plagas. La experiencia de mi padre y del personal a sus órdenes permitía buenos rendimientos, y el producto de la cosecha se vendía anualmente a las dos fábricas de azúcar vecinas a la finca, distantes unos 20 kilómetros de la misma. Una de ellas estaba ubicada en el pueblo de Mogilna, propiedad de la firma del Barón Guinzburg, uno de cuyos miembros, llamado David, residía en la misma, la otra se hallaba en el pueblo de Gruschka, y era explotada por una firma llamada Schmidt. De ese pueblo Gruschka es oriunda mi esposa, quien vivía allí con sus padres y familiares.

Al mudarnos a la aldea Kamenaia-Krinitza, cuando yo tenía seis años, más o menos, ya había comenzado mis estudios. Pero en dicha aldea no había colegios, ni rusos ni de idisch, para que yo pudiese proseguir mis estudios, pues a los "mujiks", aldeanos rusos, no les hacía falta recibir enseñanza, ni se preocupaban por dar instrucción a sus hijos, y en algunos colegios sólo se enseñaba a leer algo y a firmar. En cuanto a las ocho familias judías que vivían allí, tampoco les preocupaba mayormente la instrucción de sus hijos, en consecuencia, mi padre optó por contratar maestros especiales de los pueblos vecinos, es decir "relamed" (maestros en hebreo e idisch) y estudiantes universitarios de posición humilde que me enseñaban el ruso, nociones generales de alemán y polaco (idioma este último que me sirvió luego bastante), contabilidad y otros temas. En esas condiciones proseguí hasta mis 16 años de edad, en que comencé a trabajar para ayudar a mi familia y ganar para mis gastos.

Así se siguió hasta el vencimiento del contrato con el señor Jona Ettinger, que tuvo lugar en 1889. Como ya nos habíamos arraigado en aquel lugar, y no siendo posible renovar el contrato por las causas indicadas, se trató de encontrar alguna persona no judía que arrendara a su nombre y nos permitiera seguir viviendo allí para poder continuar con la explotación de la tierra, tomando a mi padre en calidad de encargado.

Se dio así con un señor polaco, rico terrateniente de aquellas regiones, de apellido Drovanovski, quien se prestó a ello y arrendó la finca, nombrando a mi padre su mayordomo y ubicando también en dicha finca a un pariente suyo, que aparecía como administrador general.

Seguió todo normalmente hasta mediados del año 1891. Ese año, un día del mes de diciembre, papá recibió una citación de la Jefatura de Policía de Golovanievsky, en la que se lo reclamaba por un asunto importante. Regresó un día viernes, sin comentarnos el objeto del llamado, y sólo recién en la noche de ese día, en el momento del kidusch (oración que se pronuncia antes de cenar sobre una copa de vino) comenzó a llorar, y ahogándose en lágrimas nos dijo que ese sería nuestro último sábado allí. La Jefatura de Policía le había notificado que, habiéndose recibido una denuncia y



Orden de expulsión de Rusia.

comprobado que el señor Drovanovsky no era en realidad el arrendatario de la tierra que explotaban José y León Mellibovsky, se le ordenaba a este último abandonar la aldea con su familia en el plazo de cinco días. Se le había prohibido además volver en el futuro al lugar y mi padre fue intimado a firmar una obligación en la que se hacía constar que, de no cumplir, serían expulsados por medio de la fuerza pública.

Es de imaginarse el efecto de aquella resolución. Debíamos dejar todos nuestros bienes (herramientas agrícolas, caballos, bueyes, sembrados, etc.) a merced de algunos empleados y peones. De nada sirvieron los pedidos que se hicieron para la reconsideración del plazo. Pasando el sábado, comenzamos a liquidar nuestros bienes, dispuestos a salir a fines de la semana, el día viernes, para llegar al pueblo Golovanievsk, distante unos 30 kilómetros, a una casa de propiedad del mismo señor Drovanovski que, condolido de nuestra ruina, la puso a nuestra disposición. Pero el jueves por la mañana, en un día de fuerte helada y nevada, apareció la policía con varios trineos, en los que nos obligaron a subir, para llevarnos hasta las afueras de la aldea. No pudiendo regresar para arreglar algunos bienes, llegamos a un acuerdo con los mismos conductores de los trineos para que nos llevaran al pueblo donde debíamos habitar.

Por suerte la casa que nos había reservado el señor Drovanovski era muy cómoda y disponía de un gran parque; nos ubicamos allí con los pocos muebles que pudimos transportar, ya que los encargados de la liquidación no rindieron las cuentas justas, y perdimos la mayoría de nuestros bienes. No se pudo hacer reclamos, pues pesaba la prohibición de no volver a la aldea; algunos bienes pasaron a ser propiedad del señor Drovanovski, quien prosiguió con la explotación.

El señor Drovanovski, a la llegada de nuestra familia a sus posesiones, empleó a mi padre en una de sus dos fábricas de alcohol y a mí, gracias a la instrucción recibida, en una de sus estancias. El señor polaco era propietario de dos aldeas, llamadas Mellirochka y Nalivaika. Fui su empleado en su oficina de contabilidad y correspondencia; me habilitaban para ello mis conocimientos del idioma polaco.

Seguimos así mi padre y yo en nuestros empleos hasta la emigración hacia la Argentina.

Mi padre, siempre amante de la agricultura, buscaba la ocasión de volver a desempeñarse en su oficio. Por ese entonces, el Barón Mauricio de Hirsch fundaba colonias en la Argentina, y había encargado a personas de su relación y confianza la selección del elemento emigrante. Una de estas personas fue el Barón David Guinzburg y como éste conocía bien a mi padre y a su vez ex socio José Mellibovsky, y a otro hermano de éste, y los admitió, a fines de 1893, en un grupo de futuros colonos,

llamado *Megilna* (*Megilna*, como ya lo mencioné antes, era la propiedad de los Guinzburg donde se vendía la remolacha a la fábrica de azúcar que allí poseían). Comenzaron entonces los preparativos para emigrar en conjunto con otras familias del mismo pueblo de Golovanievsk.

En aquella época del zarismo se autorizaba a los judíos a salir de Rusia para el desarrollo de la colonización de la *Jewish Colonization Association* (JCA), con la condición de no volver jamás al país. Al efecto, poco antes de emigrar a la Argentina mi padre tuvo que suscribir un documento, del cual se le otorgó copia que aún se encuentra en nuestro poder (*ver facsímil adjunto*).



Jewish Colonial Trust.

Dicho documento, copia fiel del original, traducido del ruso dice:

“N. 1076. Certificado de salida del país. Atento a lo estipulado en el capítulo 16 del Reglamento de las actividades en Rusia de la Sociedad accionista *Jewish Colonization Association*, constituida en Inglaterra y autorizada por la superioridad del 8 de mayo de 1892, el Gobernador de la Provincia de Podolia expide el presente certificado al israelita Leib Mellibousky de 42 años de edad, procedente de la comunidad de Boguslaw, Distrito Kanev, Gobernación de Kiev, residente en la provincia de Podolia, quien expuso el deseo de emigrar de Rusia, conjuntamente con los miembros de su familia, esposa Reisi de 40 años, hijos Benzion de 18 años², Avrum Schaie 15 años³,

2 Soy yo que en la Argentina se me anotó Benjamín.

3 Hermano Isaías.

Faivel 1 año⁴, hijas Libao de 13 años, Elka 10 años⁵, Chaia Sura y Dvora (mellizas) de 7 años de edad."

De acuerdo al capítulo 17 del Reglamento arriba citado. El israelita indicado, como también los miembros de su familia nombrados en este certificado, reconocen que han abandonado el territorio del imperio ruso para siempre. Ciudad de Kamentz Podolsk, 23 de julio del año 1894. Siguen las firmas del Gobernador, Vice-Gobernador, Superior consejero, Secretario, con los sellos y la siguiente frase: ciudad de Odessa. Se presentó en la Dirección de Gendarmería el 12 de agosto de 1894".

Dos años antes de nuestra partida, en 1892, ya habían salido de Rusia familias conocidas con quienes mi padre estaba en continua correspondencia. Algunas de ellas, como la familia Perelstein, ya instalada en una colonia de la JCA de la provincia de Entre Ríos, la *Colonia Miguel*, aconsejaban en sus cartas a mi padre que convendría llegar a la Argentina con el hijo mayor ya casado. Entre las pocas familias israelitas de las colonias y las radicadas en Buenos Aires, se tropezaría con inconvenientes para elegir a mi futura compañera para esposa. Su consejo fue tomado en cuenta, pero existía el inconveniente de que no todos los padres ni sus hijas se conformaban con emigrar a un país ajeno.

Quedaba ya tan sólo un par de meses para la salida. Pero un año antes había conocido a una joven de la aldea de Gruschka, donde mi padre mantenía relaciones comerciales debido a que abastecía de remolacha a la fábrica de azúcar allí existente. Conocí luego más de cerca a dicha familia cuyo jefe Chaim Wof Gorojovsky, padre de la joven Schifra (Sofía) que yo había conocido, me dio –igual que su hija– su consentimiento. Es así que la boda se realizó el 25 de junio de 1894. En ese entonces mi esposa contaba con 17 años y abandonaba a sus padres y parientes para dirigirse a un país nuevo y desconocido. Sólo volvió a ver a su madre, que había enviudado en Rusia y que luego hice venir a la Argentina.

Schifre (Sofía), mi esposa y la madre de nuestros hijos, en todo momento compartió los días y horas difíciles que tuvimos que afrontar en un país nuevo, sucesos de los que me ocuparé más adelante.

A fines de julio de 1894 abandonamos Golvanievsk junto con otras familias y nos dirigimos a Odessa, donde nos esperaba el vapor *Poolchevor*. El 12 de agosto nos embarcamos en la nave con destino a Génova, donde transbordamos a otro vapor con más comodidades, el *Regina Margarita*, en el que seguimos viaje a la Argentina.

4 Pablo, hermano menor de Benjamín, abuelo de Graciela.

5 Hermana Elena, fallecida, casada con Jacobo Bezchinsky, también fallecido.

El viaje desde Odessa lo hicimos 32 familias que contaban unas 150 almas (un buen número de ellas eran procedentes de Besarabia y tenían nuestro mismo destino). Se nos asignaron como "alojamiento" dos grandes bodegas, en las que nosotros reemplazábamos a la carga que comúnmente era allí transportada. Se formaron así dos dormitorios comunes con los colchones, almohadas y frazadas que nos proporcionaban, repartiéndose también la comida por familia, de acuerdo con las almas que integraban cada una.



Vapor Regina Margarita en el que llegaron el bisabuelo León Mellibovsky y sus hijos.

El capitán del barco había impartido la orden de elegir una persona entre los pasajeros israelitas, para que actuara como una especie de intérprete y capataz en representación de los viajeros ante las autoridades del vapor, para arreglar con ellos todos los asuntos que se presentaran en el viaje. Fui designado para dicho cargo por los 32 jefes de familia que viajaban en el barco. Mi función consistía generalmente en la determinación de las porciones de comida que cada padre de familia debía recibir para alimentar a los suyos y en indicar aquellas veces que era necesario dar raciones adicionales.

A mediados de septiembre de 1894, justamente en vísperas de *Iom Kipur* (Día del Perdón) llegamos al puerto de La Plata. Los vapores grandes no llegaban aún al de Buenos Aires. Quedamos a bordo durante el día de *Iom Kipur*, rezando en la sinagoga que se había preparado durante la festividad de *Rosh Hashaná* (Año Nuevo hebreo).

A nuestra llegada a La Plata, nos recibió un representante de la JCA y a los dos días desembarcamos y fuimos conducidos por vía fluvial, en vapores chicos, hasta Concepción del Uruguay, provincia de Entre Ríos. Desde esta ciudad debíamos dirigirnos a la colonia ubicada en el departamento Villaguay, a unos 35 kilómetros de la Estación Domínguez.

Para las fiestas de *Sukot* la familia Perlstein, en conocimiento de nuestra llegada a Domínguez, vino a buscarnos con sus carros tirados por bueyes para llevarnos a la *Colonia Miguel* —donde residían— a fin de pasar con ellos las fiestas. Lo mismo se hacía con otros inmi-

grantes que tenían conocidos o parientes en las colonias; en cuanto a los que no los tenían, fueron conducidos a las chacras que se les habían asignado, en el grupo denominado *Barón Guinzburg*, bajo los números 4, 5 y 6, conocido como *Grupo San Vicente*, donde nos tocó también residir.

Pasamos así los ocho días de *Sukot* en la *Colonia Miguel*, entre familias conocidas que ya eran colonos desde el año 1892, y entre las que se encontraban los Perlstein, Serebrinsky, Kolker y otros. Terminadas las fiestas, los Perlstein nos llevaron en dos carros tirados por bueyes a la *Colonia Barón Guinzburg N° 4*, donde nos había tocado por sorteo una extensión de 150 hectáreas de campo. Llegados allí, encontramos que nuestra vivienda era una casa de 8 por 4 metros, que consistía en sólo cuatro paredes de ladrillo, sin revocar por afuera ni por dentro, y de un techo de zinc encima, llena aún de montones de tierra provenientes de las excavaciones realizadas para los cimientos y de la mezcla que se había empleado para levantar las paredes. Había también un corral para los animales de trabajo y un pozo en construcción.

La colonia estaba dividida en dos líneas, grupos de dos casas con una distancia de casi un kilómetro hasta las otras dos casas, con un potrero en el medio para el pastoreo, y otra línea de grupos y casas alineadas del mismo modo. Es de imaginarse la impresión que nos causó nuestra nueva vivienda, sin mueble alguno. Nos instalamos y nos acomodamos como pudimos. Marná cocinaba ayudada por las hijas y su nuera, mi esposa, en un horno que se había construido pegado a la casa ya que adentro no había lugar donde ubicarlo.

Mi padre trató de hacer para mí y mi esposa una vivienda separada, colocando un tabique de medio ladrillo. Separó así un metro y medio del largo de la casa y se colocó allí un elástico sobre cuatro estacas clavadas en el suelo, pues no había piso de ladrillo. El resto, de seis metros y medio de largo, quedaba para su familia que se componía de ocho personas. Servía de comedor común para todos y de dormitorio para ellos.

A los pocos días recibí mi padre la citación de la administración para presentarse en busca de las herramientas de trabajo: el conjunto estaba integrado por ocho bueyes, cuatro yeguarizos, un carro, un arado chico, una rastra, los enseres para ello y dos vacas lecheras.

Mamá, con las hijas y la nuera, se ocupó de revocar el interior de la casa con los medios al alcance –tales como una mezcla de arena y agua amasada por los caballos– y de ordeñar las vacas.

Mi padre con sus hijos, a veces ayudado también por sus hijas mayores, comenzó a aprender a atar los bueyes al yugo para arar la tierra. En dos turnos diarios preparábamos el campo para sembrar trigo y lino:

esto requería un aprendizaje especial, el necesario para manejar a los bueyes en el arado.

No me extenderé sobre la forma en que nos acostumbramos, luego de varios meses, a este tren de vida. Sí diré que si bien mi padre se dedicaba en Rusia a la agricultura, nunca lo habían hecho ni él ni sus hijos por sus propias manos. Pero al recordar las penurias pasadas hasta llegar a este país se animaba, y nos animaba, a continuar como colonos y formar así un hogar feliz en esta hospitalaria República Argentina que dio albergue a centenares –y luego a miles– de familiares israelitas. Bendicimos al Barón de Hirsch por la grandiosa obra de ubicar en nuevos países a sus correligionarios perseguidos, y dedicarlos a la agricultura.

Lamentablemente, el deseo de mi padre de seguir en la explotación agrícola con sus hijos no pudo realizarse. Al no haber hecho yo jamás un trabajo de esa índole y comprendiendo que no llegaría a soportarlo por mucho tiempo, traté –con la ayuda de mi padre– de encontrar algún empleo. En ese entonces, a año y medio de mi casamiento, ya había nacido mi hija Rebeca. Los únicos medios con que contábamos para satisfacer las necesidades de alimentación y vestido eran los provenientes del subsidio de la administración de la JCA. Se proporcionaban 8 pesos mensuales por persona adulta y 4 por cada menor. A la persona casada le correspondían 10, o sea 20 pesos por matrimonio. El padre recibía así una mensualidad de 80 pesos. A fin de lograr una entrada mayor habíamos resuelto con dos compañeros (mi primo hermano Juan Mellibovsky y Marcos Bronstein, hoy contador público nacional), cuyos padres tenían también una chacra en los alrededores, buscar algún trabajo extra. Nos empleamos de peones en lo del colono Dashevsky durante la recolección del trigo. Dado que durante la cosecha escaseaban los trabajadores, la remuneración era alta; a nosotros se nos fijó en 5 pesos diarios. Pero por desgracia, a los pocos días de haber empezado el trabajo en un descuido me clavé la horquilla en un pie, que se infectó. Esto me impidió continuar trabajando; la curación se prolongó por unos tres meses y me quedó para siempre la señal de la infección.

Tendría mucho que contar acerca de las diversas formas en que debí trabajar fuera de la chacra antes de obtener la primera cosecha del propio sembrado. No me extenderé sobre ello y sólo recordaré un episodio ingrato. Habiendo sido comisionado en compañía de un pariente para ir a un punto bastante lejano, en el departamento Colón, con el fin de buscar paja para techar la sinagoga del grupo, fuimos asaltados por dos “gauchos” que nos quitaron los 60 pesos que llevábamos para ello y volvimos a casa sin la plata ni la paja.

Después de un tiempo iba mejorando nuestra situación y nos acostumbrábamos a esa vida distinta. Ya obteníamos leche de nuestras propias vacas y nos dedicábamos también a la cría de aves. Dos veces por semana teníamos carne "koscher". En cuanto a los artículos de almacén—té, azúcar, aceite, y otros— los adquiríamos en una pulpería distante tres kilómetros de nuestras chacras. En la vecindad de esa pulpería un grupo de ex estudiantes rusos se dedicaba a cultivar hortalizas en una pequeña extensión de tierra que alquilaban a un tal Máximo González. Este grupo estaba integrado por los hermanos León y Jacobo Saslavsky (luego director de la *Casa Dreyfus* y persona bien conocida), Palant, dos hermanos Trajtenberg y otros ex estudiantes. El producto de sus cultivos de hortalizas lo vendían a los colonos. Recorrian los grupos de casas en un carrito tirado por un caballo al estilo ruso, con "duga", arco que se ponía encima de la cabeza del equino, atado a las dos lanzas de empuje.

Seguía mi padre buscándome trabajo fuera de las tareas agrarias y fue así como un día se produjo una vacante en la administración de la JCA. Se retiraba un tal Moni Rapaport (hermano del doctor Nicolás Rapaport) que estaba empleado en la oficina de contabilidad. Comenzamos entonces a gestionar el puesto para mí por medio del agente de la administración de nuestra sección, un tal Braverman, agrónomo ruso con el que habíamos trabado buenas relaciones. Como tenía aptitudes para el cargo, a pesar de no dominar aún el castellano, fui recomendado al entonces contador de la administración, Adolfo Leibovich. Después de examinarme, y pasado cierto tiempo, me aceptó como su ayudante entre los varios candidatos al puesto. Entré así al servicio de la JCA el 8 de marzo de 1896.

Entre la presentación de mi candidatura y la aceptación definitiva en el cargo, comencé a aprender el castellano. Las lecciones me las daba un señor León Winocur (padre de Manuel y Salvador Winocur), persona muy instruida que se desempeñaba como maestro de escuela en la colonia. Poco pude aprender durante los meses que transcurrieron a la espera del cargo. Al ingresar en la JCA bajo la jefatura de Adolfo Leibovich encontré como empleados a Demetrio Aranovich (luego doctor Aranovich), que se desempeñaba como secretario del administrador de la *Colonia Don Gregorio Rapoport*, y a Isaac Friedland, ayudante de contabilidad. Los cuatro trabajábamos en una misma pieza, arreglada a manera de oficina.

Esta oficina distaba unos 35 kilómetros de nuestra colonia. Se presentaba entonces el problema de la casa y la comida. No podía instalarme cerca de la administración por dos razones: una era la falta

de alojamiento y la otra la condición de "a prueba" en que me encontraba como empleado. Todavía no hablaba perfectamente el castellano, aunque lo aprendía poco a poco. Durante varios meses debí solucionar el problema trasladándome a caballo desde la colonia hasta el trabajo los días domingo —llevando una maleta con pan, conservas y otros alimentos que mi esposa me preparaba para la semana—, comía en la oficina y dormía en un catre que colocaba allí mismo. Regresaba a casa los viernes a la tarde; pasaba así los sábados con mi esposa e hija, para volver el domingo y retomar la actividad semanal. A los cinco meses de entrar en la administración de la JCA fui aceptado definitivamente en el empleo. Pude entonces alquilar una pieza a un colono vecino, Elías Jarcho, donde me instalé con mi esposa y mi hija Rebeca.

Debo aclarar, antes de seguir con mi relato, que al entrar al servicio de la JCA había dos administraciones: una con asiento en el punto llamado *Collin* donde trabajaba, y la otra más antigua, ubicada en *Balvanera*. A cargo de la primera se hallaban las colonias nuevas que comenzaron a instalarse en 1893, con elementos procedentes de Besarabia y Ucrania. Estas colonias formaban los grupos *Barón Guinzburg*, *Belez*, *Feinberg*, y otros. Las colonias dependientes de la administración de *Balvanera* eran las antiguas *Rachel*, *Barón Hirsch*, *Rosca Pina*, *Eben Arroasca*, *Kinat Arba*, *Carmel*, y otras, además de las que luego se crearon con colonos procedentes de Lituania, tales como *Las Moscas*, *Jurado*, *Desparramados* y otras. En el año 1897 la Central de París de la JCA resolvió unificar ambas administraciones bajo una sola con residencia en *Balvanera*, confiando la dirección a un agrónomo ruso llegado de París llamado Eusebio Lapiné. Para la subadministración y contaduría general se nombró a Adolfo Leibovich, quien me designó su ayudante como contador.

Seguí en esas condiciones hasta mayo del año 1904, cuando Lapiné se retiró para ocupar un cargo en la Administración Central de París. Se nombró entonces en su reemplazo al señor Leibovich y a mí en lugar de éste.

No puedo pasar por alto un hecho interesante. Durante la administración de Lapiné nuestra casa en *Balvanera* se había convertido en hotel y restaurante. Lapiné había dispuesto como norma recibir por día una cierta cantidad de colonos —unos 20, más o menos— que debían solicitar al portero de la administración un número que establecía su turno. Como cada colono quería adelantarse a los demás para obtener su número del día, la gran afluencia de colonos se convirtió rápidamente en aglomeración. Había colonos, los más apurados, que compraban los números de sus colegas menos apresurados. Algunos de los que no lograban ser

atendidos en el día, los que vivían más cerca, volvían a sus casas. Otros, los que residían en puntos alejados, se quedaban en *Balvanera* alojándose en mi casa. Con mi esposa hacíamos lo posible para proporcionarles comida y se les tendía una cama de todos los modos posibles, ya sea haciéndolas en el piso, sobre las mesas o juntando sillas. Esto nunca fue con fines de provecho monetario sino por solidaridad, ya que a mí todos me conocían o bien de Rusia o por los años que ya llevaba trabajando en las administraciones de las colonias.

Adolfo Leibovich, entonces administrador, después de las innumerables dificultades que le tocó vencer para reorganizar la colonia, proyectó –a principios de 1905, junto con el inolvidable doctor Noé Jarcho y unos cuantos colonos selectos– la creación de una cooperativa agrícola. Se denominó *Fondo Comunal de la Colonia Clara*. Los primeros esfuerzos para dirigir la cooperativa en provecho de los colonos –con el fin de abaratar el precio de los artículos alimenticios, enseres agrícolas y otros productos– fueron enormes. Debí trabajar en las horas libres del día y durante las noches para tener en orden las cuentas, la caja, y demás. Con frecuencia este interesante pero duro trabajo nos exigía ocuparnos hasta altas horas de la noche, por lo que mis compañeros a veces amanecían en mi casa. Hice todo con placer por el beneficio colectivo que reportarían estas actividades a los colonos.

En 1907 la Administración Central de París seleccionó a mi jefe para trasladarse a Brasil como director de colonias, para ocuparse de la adquisición de nuevas tierras con el fin de organizar una colonización similar a la efectuada en la Argentina. En su reemplazo se nombró al señor León Sidi, alumno de las Escuelas Agrícolas de la *Alliance Israélite*. Con él seguí hasta principios del año 1909, cuando la Dirección Central de París, en la que el señor Lapiné ocupaba el cargo de director general, me ofreció la administración de la *Colonia Mauricio* de la JCA, situada en la provincia de Buenos Aires (en las cercanías de Carlos Casares). Allí me trasladé con mi familia en 1909. La *Colonia Clara* y el *Fondo Comunal* me expresaron entonces su simpatía en una calurosa despedida. Se sirvió en mi honor un banquete y se me ofreció como grato recuerdo un magnífico reloj con cadena de oro.

Una ardua y difícil tarea me esperaba en la *Colonia Mauricio*.

Los colonos habían comenzado a abandonar o arrendar sus chacras para radicarse en los pueblos vecinos, como Carlos Casares o incluso en la ciudad de Buenos Aires, debido a la valorización de los campos, en su mayoría ya alfalfados. Gran número de colonos poseían chacras de entre 200 y 300 hectáreas, que en aquel entonces valían entre 75.000

y 100.000 pesos, en caso de venta. Su arrendamiento rendía entre 5 y 8 mil pesos anuales, según la extensión. Como la deuda que la mayoría de ellos tenía con la JCA no superaba los 10.000 pesos, o poco más, los colonos optaron por ofrecer a la organización lo que le debían para obtener sus títulos de propiedad y disponer entonces de los campos a su gusto. Debo agregar que la deuda con la JCA era reducida debido al precio ínfimo en que se les había cotizado el campo cuando se instalaron, precio que varió entre los 15 y 20 pesos la hectárea. Este valor incluía el costo de la tierra y un pequeño recargo por gastos. Se entregaron así a los colonos grandes fracciones de campo, sin prever la fuerte valorización que tendría lugar diez o quince años después. Los campos eran aptos para alfalfa y los colonos convirtieron sus chacras en alfalfares, dedicándose a cortar, enfardar y vender el producto a los centros importantes, o bien a utilizarla para invernada del propio ganado. También arrendaban las chacras a precios que oscilaban entre los 500 y 8000 pesos anuales (a campesinos italianos y españoles, generalmente).

Se entiende que para convertir sus campos en la forma y con el destino que acabo de exponer, los colonos trabajaban con sus familiares y peones. Su situación de privilegio se debió también a su propio esfuerzo. De allí nació el deseo de los colonos de emanciparse pagando a la JCA el importe de su deuda. Y también a que, dada la proximidad de la capital —distante tan sólo a ocho horas de tren—, los hijos de los colonos comenzaran a trasladarse a Buenos Aires para estudiar o para buscar las comodidades urbanas.

La *Jewish Colonization Association* no veía bien este movimiento, pues su fin no se agotaba en instalar al colono y entregarle todos los elementos necesarios, sino que tenía el propósito de radicar al colono con sus familiares en el campo y convertirlo en agricultor. Se opuso entonces a entregar el título de propiedad a los colonos con anticipación al término del contrato, que fijaba una amortización en anualidades durante cierto período. Los colonos, instigados por algunos caudillos, comenzaron a rebelarse contra la JCA y a sembrar el descontento. Me tocó, como administrador, tratar de modificar la situación creada y mantener en lo posible a los colonos en sus chacras de acuerdo con la idea del Barón de Hirsch, el gran filántropo que creó el sistema de las colonias israelitas.

Empleé en esa lucha toda mi energía y logré con varias medidas que muchos de los colonos desistieran de sus propósitos y permaneciesen en sus chacras, explotándolas de la mejor forma posible a fin de obtener ellos mismos entradas suficientes sin tener que vender o arrendar sus campos. Los perturbadores, sin embargo, no se conformaron y llegaron

a provocar la ira de los colonos contra la JCA y contra mí en sus exigencias de emancipación, tal como lo describe en su libro *Treinta años de colonización* el colono Marcos Alpersehn. Me llama el "Comisario ruso" y en su libro me hace responsable de la negativa de la JCA a acceder a sus demandas. Los colonos llegaron al extremo de declararme "excomulgado", de hacer un *Jerem* en la sinagoga según el rito hebreo; esto es, jurando por la Biblia no pisar más la administración mientras yo me encontrara al frente de la misma, una prohibición que se hizo extensiva a todos los colonos. Esto ocurría a principios del año 1911.

Dos de los mejores colonos fueron influidos por estos cabecillas para que demandaran a la JCA, reclamando la entrega de los títulos de propiedad contra el pago de la deuda antes del vencimiento del término del contrato. Los jueces no tomaron en cuenta el especial carácter de los contratos de la JCA —antes señalado— y fallaron a favor de los colonos, no encontrando motivos para obligarlos a esperar el término del contrato para cancelar sus deudas. La JCA se vio entonces obligada a otorgar los títulos de propiedad, no sólo a los colonos demandantes sino a otro buen número de agricultores, lo que produjo un gran éxodo de colonos desde *Mauricio* hacia los centros poblados.

En cuanto a mí, no me afectaba mucho el *Jerem*, pero sí sentía lo ocurrido con el derrumbe de la colonia. Toda mi lucha consistía en sostener el ideal de la colonización, aspecto que no valoraron los colonos atraídos por el posible bienestar de la ciudad.

Los cabecillas de los revoltosos influyeron ante los entonces directores de la JCA en Buenos Aires, y lograron mi retiro de las funciones de administrador con la promesa de apaciguar la situación creada. En julio de 1911 se dispuso mi traslado a la Central de Buenos Aires, con un cargo de ayudante en la contabilidad. Ésa era la recompensa por mi fidelidad a la obra de colonización, recibida de la Dirección de Buenos Aires. Pero con mi traslado no se logró nada concreto en cuanto a la situación de los colonos, como es de público conocimiento.

Durante mi permanencia en la *Colonia Mauricio* fui también designado alcalde por el gobierno de la misma, a fin de intervenir en todo conflicto que pudiera producirse entre colonos, vecinos, peones y otros. Me tocó actuar y pude resolver muchos conflictos satisfactoriamente. Por supuesto, dicho cargo de alcalde era *ad-honorem*.

En agosto de 1911 llegó a Buenos Aires el señor Louis Oungre, Director General de la Administración Central de la JCA en París, para inspeccionar la obra de colonización en la Argentina. Oungre traía anotado mi nombre como administrador de la *Colonia Mauricio*. La Dirección de

Buenos Aires le informó entonces de mi traslado a sus oficinas y de sus causas... Le expliqué mi actuación y mi posterior ubicación en Buenos Aires. Decidió entonces realizar una inspección en los días venideros en la propia colonia, requiriendo mi compañía para interiorizarse de lo ocurrido en el lugar.

Al llegar a la colonia convocó a los delegados de los colonos para tratar varios asuntos concernientes a la colonización. Los delegados le manifestaron al señor Oungre su imposibilidad de reunirse en la administración estando yo allí, dado el *Jerem* que pesaba sobre mí. Lo esperarían en una sinagoga vecina para conversar. El señor Oungre no aceptó sus razones y les dio un plazo de tres días para realizar la entrevista, únicamente en la Administración. En caso contrario regresaría a Buenos Aires, sin más espera. Entretanto, comenzó a estudiar lo ocurrido, recorriendo la colonia y dándose cuenta de los esfuerzos hechos para mantener a los colonos en sus chacras y la lucha sostenida al respecto. Al ver los colonos que se acercaba el fin del plazo de tres días sin que Oungre hubiera concurrido al lugar indicado por ellos, resolvieron reunirse en la sinagoga y por medio del "anchojet" dar por terminado, según el rito israelita, el *Jerem* que pesaba sobre mí. Se le avisó de ello a Oungre y se realizó por fin la entrevista pendiente en el local de la Administración, con mi asistencia. Como era de esperar, los delegados me culparon por las acciones que yo había llevado adelante para impedir que se efectuara la entrega de los títulos de propiedad a los colonos que querían saldar sus deudas. Oungre tomó nota de los reclamos y, después de respaldar mi administración, volvimos a Buenos Aires. Antes de regresar a París, Oungre intentaría cambiar la situación injusta que se me había creado. Y así fue, pues en enero de 1912 los directores me avisaron que habían recibido instrucciones de la Central de París por las que se disponía mi nombramiento como administrador de la muy importante colonia de *Moisesville*. En febrero de 1912 me trasladé allí con mi familia para tomar posesión de la administración.

Al entrar de lleno en mi trabajo en la *Colonia Moisesville*, después de haberla recorrido y conocido, puedo dejar constancia con satisfacción que encontré laboriosos y excelentes agricultores que explotaban sus chacras en la mejor forma. Se dedicaban a la siembra de cereales, mantenían varios alfalfares, hacienda y lecherías, y habían creado una cooperativa, *La Mutua Agrícola*, en la que luego me tocó tomar parte activa como miembro de su consejo directivo. La cooperativa era dirigida entonces por el colono Noé Cociovich, una persona inteligente, capaz y respetada en toda la colonia. Este colono había sido comisionado con otros delegados —entre ellos Hirsch Kaller, otro excelente elemento— para

conocer las tierras destinadas a la colonización adquiridas en la provincia de Santa Fe. Se le confió además la selección de las familias que vendrían de Rusia para colonizar y es de destacar que supo elegir elementos aptos como agricultores, que constituyeron y siguen siendo un honor para la colonización judía.

Al año y meses de asumir la administración de *Moisesville* fui también nombrado por la JCA inspector de las nueve colonias, entre las cuales estaban: en la provincia de Santa Fe, *Monteioire*, cerca de la estación Ceres; y en Santiago del Estero, la *Colonia Dora*. Efectué numerosas inspecciones a dichas colonias y organicé una cooperativa agrícola en la primera de ellas. No tuve nunca grandes diferencias con los colonos en ninguna de las tres colonias, armonizando con todos y respetado por todos. Tuve además excelentes relaciones con el gobierno de Santa Fe, que me sirvieron para resolver asuntos de la colonia. Procuré y obtuve la visita a *Moisesville* de los miembros del gobierno, quienes se cercioraron del progreso que la colonización judía aportaba a la provincia.

A fines del año 1919 regresó el señor Oungre para visitar nuevamente las colonias en la Argentina, llegando también a *Moisesville*, *Montefiore* y *Dora*. Pocos meses después me ofrecieron el traslado a Buenos Aires para ocupar el cargo de jefe contador en la Dirección Central en reemplazo del señor J.A. Brunschvig, que fue designado contador general en la Administración Central de París. En julio de 1920 me trasladé con mi familia a Buenos Aires, haciéndome cargo del nuevo puesto, que desempeñé hasta septiembre de 1935.

Debo mencionar que en Buenos Aires se habían reunido los presidentes de las cooperativas agrícolas de las colonias *Clara*, *Lucienville* (Entre Ríos), *Moisesville*, *Rivera* y *Bernasconi*, formando la Federación Agraria y nombrándome como representante en todos los asuntos relacionados con compras de artículos agrícolas, alimenticios y otros. Las actividades de la Federación Agraria adquirieron un extraordinario desarrollo y mis ocupaciones en la JCA me impedían atender el cargo con la necesaria dedicación. Fue entonces nombrado el señor Isaac Kaplan gerente de dicha Federación, quien se dedicó y sigue dedicándose de lleno a su importante tarea.

En el año 1922 se fundó la Sociedad de Protección a los Inmigrantes Israelitas (Soprotimis), por iniciativa de la JCA y de la *Hebrew Sheltering and Inmigrant Aid Society* (HIAS), y se me confió al principio el cargo de prosecretario, pasando luego a desempeñar las funciones de secretario general; un cargo del que me ocupaba en las horas libres, al terminar mis trabajos en las oficinas de la JCA. Permanecía así ocupado en todos los asuntos de Soprotimis hasta altas horas de la noche.

En 1935 recibí instrucciones para que me pusiera al servicio de la Hicem (organización internacional judía para la inmigración) en una misión al Paraguay. Recibí luego una carta de la Hicem de París, en la que me comunicaban "que de acuerdo con la JCA" habían decidido que pasara a desempeñarme exclusivamente al servicio de la Hicem. Se me impartían instrucciones sobre mi misión en el nuevo cargo en la Argentina y en los diferentes países de América del Sur que tendría que visitar para controlar las actividades de los comités ya existentes y la creación de nuevos comités. Al asumir mis funciones como delegado de la Hicem emprendí un viaje que abarcó los países de Paraguay, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Colombia, inspeccionando, reorganizando y formando nuevos comités de inmigración donde hubo necesidad de ello.

Para Ecuador me fue confiada también una misión especial: la de estudiar e informar ampliamente acerca de una proyectada colonización de israelitas en ese país, en tierras que el gobierno pondría a su disposición. Sobre dicho asunto, se mantenían tratativas con una organización judía europea, representada entonces en el Ecuador por los señores Zitlovsky y Boni. Realicé al respecto un prolijo estudio en los alrededores de las tierras ofrecidas por el gobierno, ya que éstas eran inaccesibles; no tenían caminos, eran montañosas, despobladas, distantes de cualquier centro urbano y tenían otros muchos inconvenientes que destaqué en mi informe, y que no es del caso detallar. Llegué a la conclusión de que dichas tierras eran impropias para la inmigración proyectada, pues se debería proceder previamente a desmontes, construcción de caminos, vías férreas, y otras obras, lo que representaba una inversión de enorme capital y varios años de trabajo antes de poder ser utilizadas para tareas agrícolas.

A principios del año 1936 fui convocado por la Hicem a París a fin de asistir a un congreso de varias instituciones europeas que se ocupaban de la cuestión judía. En ese entonces la situación de los judíos comenzaba a presentarse mal, entendiéndose la posibilidad de una emigración a los países sudamericanos, como resultado de mis estudios en los sucesivos viajes realizados. En especial al Ecuador, donde se cifraba la esperanza de ubicar de inmediato a varios miles de familias. Mi informe tuvo una aprobación general. Un resultado positivo fue la anulación del proyecto de emigración a Ecuador, pues hubiera constituido un verdadero desastre para muchos correligionarios si se aceptaba la propuesta tal cual había sido ofrecida.

A mi vuelta a Buenos Aires me dediqué por entero a mis dos cargos, el de Hicem y el de secretario general de la Sociedad de Protección a los Inmigrantes Israelitas. Estas fueron mis ocupaciones hasta fines del año 1940, ya en plena Segunda Guerra Mundial. Ya casi no realizaba

inspecciones a países vecinos por la situación que la guerra había creado en el mundo entero y, muy especialmente, por la terrible situación en que se encontraban nuestros correligionarios azotados por las crueldades del nazismo. En cambio y por estos mismos motivos, las actividades de la Sociedad de Protección habían tenido un gran aumento y una importancia enorme. Debí dedicarme de lleno a esta actividad.

No hubo alternativas de importancia en mi labor hasta abril de 1947. El intenso trabajo que me tocó afrontar a raíz de las diversas cuestiones originadas por la guerra, agregado a mi edad y a los 51 años consecutivos de trabajo ya cumplidos me imponían el abandono de mis actividades en la Soprotimis, resignando definitivamente los cargos que desempeñaba.

Antes de terminar esta autobiografía quiero dejar constancia que he sido objeto de demostraciones y homenajes en varias épocas por parte de los señores directores de la *Jewish Colonization Association* y de su personal. Recuerdo especialmente los que se me tributaron al cumplir treinta, cuarenta y cinco y cincuenta años de trabajo al servicio de dicha institución. Al cumplir cincuenta años de actividad, medio siglo al servicio de la JCA y de la Hicem, fui agasajado por los directivos y personal de la JCA. Recibí entonces una valiosa medalla con la figura del gran filántropo Barón de Hirsch de un lado y una dedicatoria a mi persona en el otro.

Esto ocurría en febrero de 1947, cuando en una carta enviada desde Nueva York las autoridades de la HIA destacaban:

"Mellibousky ha demostrado en el cargo que ocupaba la preocupación por la situación crítica que atraviesan nuestros correligionarios, y ha hecho mucho para aliviar sus penas en los numerosos casos que se le presentaban, apelando a las autoridades correspondientes, a fin de obtener concesiones especiales a favor de nuestros hermanos perseguidos para poder llegar a las playas argentinas. El jubileo de hoy lo festeja al alcanzar ya 70 años de edad, poseyendo aún energías e iniciativas de persona activa y trabajadora. Honradamente, merece un descanso después de tantos años de actividad" (...)

Quedo a todos sumamente agradecido por las distintas demostraciones y atenciones prodigadas hacia mí.

III. MEMORIA DE LA QUEMA DE LIBROS Y DE GRACIELA TRADUCTORA*

La Cámara Argentina del Libro organizó el miércoles pasado un homenaje a José Boris Spivacow y con ello un recordatorio de lo que fue “el día de la vergüenza del libro argentino”, cuando el 30 de agosto de 1980 la Policía de la Provincia de Buenos Aires quemó un millón y medio de libros y fascículos pertenecientes al Centro Editor de América Latina (CEAL, fundado por Boris Spivacow), mientras otra gran cantidad quedó incautada. Al mismo tiempo, la dictadura militar iniciaba un juicio contra Spivacow, quien antes del CEAL había sido director de Eudeba en su época dorada y uno de los fundamentales actores en la renovación y consolidación del público en las décadas del sesenta y el setenta. Con este merecido homenaje a Spivacow y el recuerdo de la bárbara quema de libros se pretendía además recordar la larga persecución (secuestros, clausuras, amenazas y todo tipo de presiones) de la que fueron objetos las personas que trabajaron en la industria del libro durante la última dictadura militar. El ataque al CEAL no fue un hecho aislado. Numerosas editoriales y librerías como Siglo XXI, Fundación Constancio C. Vigil de Rosario, Librería To Be de Omar, entre otras, debieron enfrentar los embates de la represión estatal, convencida de la necesidad de “depurar” la cultura argentina. La represión llevada a cabo no sólo afectó a las empresas productoras y distribuidoras de libros (sospechados de “subversión”) sino que se materializó en desapariciones y asesinatos de las personas que significaran una “amenaza” para el proyecto dictatorial. Alberto Burnichon, Carlos Pérez, Héctor Fernández, Horacio González, Isabel Valencia, Roberto Santoro, Enrique Alberto Colomer, Claudio

* Publicado en *Radar*, suplemento de *Página 12*, en septiembre de 2003.

Ferrari, Maurice Geger, Silvia Lima, Conrado Guillermo Cerreti, Enrique Walker, Daniel Luaces, Graciela Mellibovsky, Piri Lugones, Héctor Abrales, Diana Guerrero e Ignacio Ikonkof son los nombres de las personas que la Cámara del Libro decidió homenajear en este fúnebre recordatorio en memoria de Boris Spivacow y de la cultura del libro. Rogelio Fantasía, actual director de la Cámara Argentina del Libro, reclamó a la Fundación El Libro y a la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (mediante una resolución firmada por el Consejo Directivo de esa institución) una serie de medidas destinadas a brindar el reconocimiento que José Boris Spivacow se merece, junto con las demás víctimas de la dictadura. Una de las iniciativas de la Cámara del Libro convoca a un premio anual de narrativa para autores inéditos, que llevará el nombre de quien logró ser un ejemplo de excelencia y dedicación en la historia de la industria del libro. Spivacow trabajó en la sección infantil de la mítica editorial Abril, fue gerente general de la naciente editorial Eudeba entre 1958 y 1966, que se convirtió bajo su gestión en la mayor editorial universitaria en el mundo, y finalmente fundó y dirigió el CEAL, cuyas colecciones marcaron a varias generaciones de argentinos. Otro de los reclamos de la Cámara del Libro se dirige a la rancia Fundación El Libro para que designe con el nombre José Boris Spivacow algún sitio destacado de la Feria del Libro de Buenos Aires como un homenaje general a todas las víctimas de la dictadura militar, a cuya sombra la Feria fue creciendo año a año. Al mismo tiempo se propone que todos los años, al inicio de la Feria del Libro, se encienda una llama en recordatorio de la quema de libros llevada a cabo en 1980. Con la misma intención, se sugiere a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires que designe con el nombre de Boris Spivacow algún lugar de la ciudad (calle, plaza, paseo o biblioteca). Estas propuestas surgidas desde la Cámara Argentina del Libro son, como afirma Rogelio Fantasía, "una manera de dar a conocer un lamentable hecho que todavía no había sido denunciado". Fantasía se esforzó por dejar bien en claro que la institución cuyos destinos conduce defiende por encima de todo, la libertad de expresión (de prensa y de ideas). "Aquel suceso llevado a cabo en plena dictadura militar violó y avasalló esos derechos fundamentales. Fue un fuerte atentado contra la cultura nacional y estos homenajes son una manera de condenar aquellos actos que oscurecen la memoria de los argentinos".

MENSAJE CONVOCANDO AL ACTO
EN QUE SE COLOCÓ UNA BALDOSA
RECORDATORIA

IV. HOMENAJE DE LOS VECINOS DE ALMAGRO Y BALVANERA (12 DE SEPTIEMBRE DE 2006)



Los esperamos el **12-12-06** a las **19** horas en **Acuña de Figueroa** y **Corrientes** para colocar una baldosa en el lugar donde fue secuestrada el **25-09-76 Graciela Mellibovsky**, licenciada en economía y ex-estudiante del Nacional Buenos Aires.

Vecinos de Almagro y Balvanera por una memoria al servicio del presente y del futuro.

V. "NO LE DOLÍA A NADIE"

Graciela Mellibovsky era economista y empleada de la Secretaría de Agua y Energía Eléctrica del Estado. Desapareció el 25 de septiembre de 1976, a los 29 años. En su búsqueda sus padres, Matilde y Santiago Mellibovsky, recurrieron en diversas oportunidades a la DAIA.

Los recuerdos del modo en que eran tratados los familiares por las autoridades comunitarias llevan a Matilde a expresar esta reflexión:

"Los judíos éramos ciudadanos de segunda categoría para los dictadores. Pero, amén de esto, los familiares de los desaparecidos judíos éramos ciudadanos de segunda clase para el establishment comunitario. No estoy muy informada de los entretelones de la vida judía institucional, algo que he lamentado más de una vez. Hoy siento curiosidad por saber cual fue la razón de la indiferencia comunitaria. Habrá quien diga que toda la sociedad argentina se condujo con idéntica insensibilidad, lo cual es cierto. Pero los judíos tenemos una larguísima trayectoria de lucha en favor de las libertades civiles. ¿Por qué entonces la colectividad claudicó frente a los represores? Quizá la prosperidad que beneficiaba a muchos de sus miembros hizo que éstos prefirieran no enfrentar a los militares, para no poner en peligro su bienestar económico."

La señora de Mellibovsky concuerda con la mayoría de los familiares entrevistados en que la comunidad no mostró, salvo excepciones como las representadas por los rabinos Graetz y Meyer y el periodista Schiller, ninguna solidaridad hacia las familias de los desaparecidos. En sus propias palabras: *Siendo niña oía a menudo decir que cuando a un judío le dan una cachetada en Praga, le duele al judío de Nueva York. Pero aquí no sucedió eso. Se oía el ruido de la cachetada y no le dolía a nadie. No le dolía a nadie.*

El rabino argentino León Klenicki recibirá la máxima condecoración que la Iglesia Católica, Apostólica, Romana concede a sus propios laicos. Benedicto XVI lo dispuso por la contribución de Klenicki al diálogo entre católicos y judíos. La Orden de San Gregorio Magno ya había sido entregada en la Argentina al fundador en 1922 de los Cursos de Cultura Católica, director desde 1929 de la revista *Criterio* y ministro de Educación en 1955 que permitió el funcionamiento de las universidades confesionales Atilio Dell'Oro Maini; al director de la agencia noticiosa del Episcopado, Miguel Wojtes y al ex embajador en el Vaticano Santiago de Estrada, padre del actual jefe de la Legislatura porteña.

Filósofo de la Universidad Nacional de Buenos Aires, Klenicki se doctoró en el Hebrew Union College de Cincinnati, Ohio, Estados Unidos, con una tesis sobre "El lenguaje místico de San Juan de la Cruz". Es profesor de la Universidad Austral e integra la Fundación Carolina, que conduce en España Rosa Conde.

Acerca de su desempeño durante la última dictadura argentina pronto se publicará una página de interés, dentro de un libro sobre el trato deparado a los judíos argentinos en aquellos años. Su autora, Gabriela Lotersztain, decidió escribir esta historia el 24 de marzo de 1996, al observar la multitud que en la Plaza de Mayo participaba en la conmemoración del vigésimo aniversario del golpe. Esa noche supo por su padre, el historiador Israel Lotersztain, que los secuestrados judíos habían sido una proporción muy superior a la de su porcentaje en la sociedad argentina y que habían recibido un trato especialmente cruel. Gabriela murió antes de cumplir los 37 años sin haber publicado el libro. La edición fue asumida por sus padres, como homenaje familiar y en atención al valor del texto. La enfermedad que sufrió fue leucemia, pero su familia cree que su cuerpo no pudo resistir todo el dolor con el que se encontró en las entrevistas con víctimas, familiares y personalidades de distintas organizaciones dentro y fuera del país.

En una carta dirigida a conocidos y amigos, Israel Lotersztain cuenta las amenazas que está recibiendo en estos días el juez Carlos Rozanski, presidente del Tribunal Federal Oral N° 1 de La Plata. Ese es el tribunal que condenó al ex comisario Miguel Etchecolatz y que este año juzgará al sacerdote Christian von Wernich, ex capellán de la Policía de Buenos

Aires, quien fue acusado por siete homicidios y 45 privaciones de libertad y torturas, entre ellas la del editor periodístico Jacobo Timerman. Uno de los capítulos del libro está dedicado al emblemático caso de Timerman. Las amenazas a Rozanski comenzaron una vez que decidió trasladar a Von Wernich a una cárcel. El proceso a Von Wernich es uno de los episodios que el presidente de la Iglesia católica argentina Jorge Bergoglio considera parte de una "persecución", como dijo al inaugurar las deliberaciones de la Conferencia Episcopal hace dos semanas.

La investigación, a lo largo de cinco años, estableció el "lamentable papel de la dirigencia comunitaria local", la conducta ambigua y contradictoria de Israel y el accionar de "las muy influyentes organizaciones judías en los Estados Unidos". Una de ellas era la Liga contra la Difamación de la B'Nai B'rith, donde Gabriela entrevistó al rabino Klenicki, quien durante tres décadas dirigió su departamento de asuntos interreligiosos. Este es su testimonio:

"Me entrevisté en numerosas oportunidades con el cardenal Juan Carlos Aramburu, conocido por sus excelentes relaciones con los militares. Por ello, y con el pretexto del diálogo entre las religiones, intenté en más de una oportunidad que me ayudase a indagar sobre algunos desaparecidos. Finalmente, y durante una de esas entrevistas, el cardenal me advirtió que no debía prestar oídos a esas denuncias sobre las pretendidas desapariciones, porque todo eso formaba parte de una campaña de propaganda del comunismo internacional. Y a título de ejemplo añadió que en Nueva York existía un diario comunista que hacía constante propaganda en contra de la Argentina. Yo le respondí que el diario del Partido Comunista estadounidense, The Daily Worker, hacía rato que había dejado de publicarse, a lo que Aramburu me contestó que el periódico al que se refería era otro, y que llevaba en su nombre la palabra New York. Le pregunté entonces azorado si se refería al New York Times, y el cardenal me contestó que efectivamente ése era el diario comunista".

Concluye Israel Lotersztain: "Sólo quería transmitirles un breve fragmento, sumamente ilustrativo, sobre quién era, al fin y al cabo, un superior jerárquico de Von Wernich".

TEXTO ACERCA DE GRACIELA MELLIBOVSKY QUE
INTEGRA EL LIBRO EN MEMORIA DE LOS ESTUDIANTES
DESAPARECIDOS Y MUERTOS POR CAUSAS POLÍTICAS DE
LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS DE LA UBA,
DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN POR LA "COMISIÓN PARA LA
RECONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA DE LA FCE"

VI. BREVE BIOGRAFÍA ESTUDIANTIL Y POLÍTICA

Matilde Saidler de Mellibovsky es una destacada integrante de Madres-Línea Fundadora y del Centro de Estudios Legales y Sociales, y autora del libro *Círculo de amor sobre la muerte*. A su hija Graciela, de 29 años, la secuestraron mientras caminaba por una calle porteña, en Almagro, una tarde de la primavera del 76.

He tenido una hija, fue militante, y después que desapareció he podido recopilar fehacientemente cada detalle de su vida... Estoy, pero realmente, muy orgullosa de esa mujer. Lamento mucho que no esté y ahora más que estoy ya muy mayor y enferma. No protestaría contra ni un minuto de su vida, siempre fue una muchacha activa e inteligente. Tuvo sus etapas... una niñez alegre, una juventud o una pubertad cuestionadora como tiene que ser.

Hizo el secundario en el Nacional de Buenos Aires. Los primeros años era excesivamente estudiosa y dedicada, después se fue moderando. Fue muy feliz en el Colegio... y el Colegio la marcó mucho.

La relación de Matilde con su hija, a veces fue muy buena, otras veces nos agarrábamos a las patadas las dos generaciones; al final de lo que fue la corta vida de ella fuimos muy amigas.

Mellibovsky, licenciada en economía, trabajaba en el área de comercio exterior del Ministerio de Economía y traducía del inglés libros relativos a su profesión. Horas después del secuestro, a la noche, represores allanaron la casa de sus padres con mucha violencia. Matilde piensa que su hija dio ese domicilio como lugar de vivienda, aunque en realidad Graciela vivía en otro lado, con una amiga. Cuatro días después, el verdadero domicilio fue también allanado, pero la amiga, prevenida, ya no estaba allí.

Matilde no piensa como otra gente, que el tiempo no borra. Anhela que ahora, grupos de jóvenes investiguen la vida de las víctimas e intercambien datos con sus familias para que se conozcan lo más posible sus

existencias. No sé si el momento político correspondía, pero sabían a qué apuntaban... a un cambio de estructura.

Graciela ingresó a la FCE en 1966. El economista Jorge Gaggero la conocía del Nacional de Buenos Aires. La Universidad intervenida por Onganía es el contexto que dio nacimiento a una agrupación nueva de la que ella fue cofundadora, yo también, y otros amigos comunes, que llamamos Movimiento Universitario Nacional. Le pusieron nacional para diferenciarse del reformismo histórico, en todas sus vertientes. Quisieron reunir a un arco de izquierda independiente, al guevarismo..., al peronismo emergente, éste con sus matices, pero diferente del tradicional que no era activo, era muy minoritario.

Otros miembros de la agrupación fueron Isaac Sulkes y el Beto Simona. Participaron en las elecciones clandestinas del CECE y en el congreso nacional de la FUA, también clandestino, realizado en Santa Fe. En octubre del 68, burlaron a la policía privada que había metido Frishknet en la facultad, montando el gran cartel con la imagen del Che que se desenrolló automáticamente en la Rotonda. Graciela estuvo entre los ejecutantes del audaz homenaje.

El MUN mantuvo su característica plural y duró cinco años, calcula Gaggero. El núcleo fundador, al que define como peronista de izquierda, hizo un eje universitario fuerte en los primeros dos o tres años y luego fue sucedido por una segunda camada porque buena parte del grupo inicial, entre ellos Graciela, entraron a militar fuera de la facultad. La segunda mitad de la vigencia de la agrupación estuvo a cargo de cuadros más jóvenes que finalmente también hicieron la opción por la lucha extrauniversitaria. Algunos se reciclarían en la fundación de la JUP, a comienzos del 73, cuando explotó el peronismo universitario. Para entonces, Graciela estaría graduada.

Era una piba con una belleza muy particular, describe su amigo. Pelo castaño, tez clara, ojos almendrados... cierta fisonomía europea con unos rasgos semitas que no podías identificar... griego, árabe, judío. De carácter introvertido, con un concepto del deber espectacular, una moral inquebrantable y una visión de la equidad a prueba de fuego, en su militancia debieron influir precedentes familiares, la formación del Buenos Aires que dispara una visión de la patria, de las luchas y aquel país donde una chica porteña nieta de un judío ucraniano podía adherir a una lectura de la historia argentina cruzada por el nacionalismo y el marxismo.

El comienzo de la militancia extrauniversitaria de Graciela y otros miembros del MUN, puntualiza Gaggero, es una fase de articulación con grupos de la Resistencia Peronista que frente al "onganiato" hacen

la acción contraria a lo que fue, en el momento cero, el apoyo de la dirigencia sindical encabezada por Augusto Vandor a Onganía y la actitud concesiva del propio Perón, que fue “desensillar hasta que aclare”. Así, los estudiantes se vinculan con “históricos” como César Marcos y el propio John William Cooke, quien reunía además el vínculo con la Revolución Cubana.

Graciela participó con gente del MUN y otros grupos, un 26 de julio, en un ingenioso operativo, sin armas, para cortar el tránsito de la Avenida del Libertador cerca de las facultades de Derecho y Arquitectura, y de Plaza Francia, donde había muerto Evita, y reivindicarla mediante un acto de resistencia de segura repercusión.

Hacia 1969, al alejarse de la militancia en la facultad y coincidiendo con esa emergencia antidictatorial tan poderosa... que terminó conformando todas las vertientes de cuestionamiento al orden vigente, desde la lucha no armada, hasta la lucha armada, ella se incorpora a las Fuerzas Armadas Peronistas. A fines de 1973, por las sucesivas crisis de las FAP, terminará en Montoneros. Su amigo del MUN, de otra trayectoria militante, asegura que después Graciela se hizo crítica de lo que consideraba errores Montoneros, pero pesó más su sentido del deber.



Afiche Homenaje a 29 años del Golpe Militar.

VII. "FUE EN PACHECO" (BUENOS AIRES)

Fue en Pacheco. Hace ya tanto tiempo....

Nosotros jovencitos asomando a la vida.

Era la fiesta de casamiento de Leo y Liliana. Yo no los conocía todavía. Tuve, tengo el enorme privilegio de considerarlos mis hermanos por elección. Tan hermanados que compartimos la fecha de nacimiento de nuestros segundos hijos.

Todo lo mío habla desde el corazón. Desde el dolor que sentí y observé. Desde la tristeza.

Dolor lacerante, intransferible, teñido a veces por la culpa de estar vivo que te intuí.

Dolor que se enroscó en la familia, en los chicos chiquitos, en cada visita de los abuelos. Que dejó una marca que lentamente se va reconvirtiéndose, hasta que se puede decir presente y para siempre.

Estar vivo es no olvidar. Leo y su familia lo han logrado

Vuelvo a Pacheco al día del casamiento. Mucha gente joven, algunos conocidos, otros desconocidos y lejanos. Imágenes que se superponen.

Un partido de fútbol mixto, Li luciendo como la que más.

Mucha, mucha gente en un día de marzo luminoso y soleado.

Por encima de todas esas visiones hay una nítida, enorme, que coincide con una descripción de Leo. La de su hermana mayor protectora.

Y ahí están sentados ambos hermanos. En un sillón de pana verde que me animaría a describirlo. Sillón de los grandes, con apoyabrazos, en una esquina interior del living de la casa. Leo sentado en él. Graciela con una sonrisa llena de ternura sentada en el apoyabrazos y rodeándolo por encima, mirándolo con orgullo de hermana mayor y protegiéndolo.

El resto es la foto del cartel que siempre acompañaba a Matilde en la Plaza y otras fotos sueltas que vi.

El resto es Graciela desde el dolor, desde la ausencia.

El resto es haber enmarcado el diploma de economista que Santiago tiene ahora colgado en su escritorio y haber hecho una copia con portarretratos para el despacho de Leo.

El resto es la primera vez que llegamos a los pre-pirineos nevados. Nuestra alegría y la mirada de Leo que no podía disfrutar. Ojos de pena perdidos.

Aprovecho también para destacar la descripción de Matilde en su libro sobre su hija, como una persona normal, con sus contradicciones y sus discusiones entre madre e hija y otra fundamental, el enorme trabajo de Santiago para elaborar el archivo fotográfico de los desaparecidos.

Con la baldosa colocada por los vecinos de Almagro en la esquina donde la secuestraron y el próximo libro que se publicará, Graciela vive cada vez más en nosotros.

Leo, hermano querido, esto es para vos, como ya te dije, no creo que pueda aportar al libro, pero la sola existencia del proyecto me disparó el recuerdo.

El cansancio acumulado por razones de salud me impide escribir más, pero te la debía desde hace mucho.

Desde el tiempo de los tiempos hay una hermana que te mira, te sonríe y te cuida.

Carola

Matilde Mellibovsky. Madre de Graciela. Ama de casa e integrante de las "Madres de Plaza de Mayo" (Línea Fundadora) y del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS).

Santiago Mellibovsky. Padre de Graciela. Farmacéutico, empresario industrial y miembro del CELS.

Leonardo Mellibovsky. Hermano de Graciela. Reside en Barcelona con su familia, donde trabaja como médico. Es miembro de "Plataforma Argentina contra la Impunidad".

Cristina Caiati. Amiga de la familia Mellibosky. Documentalista del CELS.

Mary Grünfeld. Vecina y amiga de Graciela desde la infancia; compañera de la escuela primaria, el colegio secundario y la Universidad. Economista.

Adriana Kowalewski. Amiga de Graciela desde la infancia; compañera del colegio secundario, la Universidad y el trabajo profesional. Economista especializada en energía.

Fernando Porta. Amigo y compañero. Economista especializado en cuestiones de desarrollo económico.

Marie Moavro. Amiga, compañera en la Universidad y en el trabajo profesional. Economista.

Antonio Elio Brailovsky. Amigo y compañero. Economista, escritor, experto en cuestiones del medio ambiente.

Alicia Bernasconi. Amiga, compañera en el colegio secundario. Licenciada en Historia.

"Tito" Kaminker. Amigo, compañero del colegio secundario. Economista, representante comercial argentino en Francia.

Santiago Bignone. Amigo, compañero del colegio secundario. Abogado.

Adrián Mingorance. Amigo, compañero en la Universidad y durante la

primera etapa de su militancia política. Economista, responsable para América Latina de una consultora norteamericana.

Horacio Losoviz. Amigo, compañero en la Facultad de Ciencias Económicas y durante la etapa de su militancia universitaria. Economista y presidente de la filial argentina de una empresa española especializada en informática.

Jorge Alejandro Gaggero. Amigo, compañero en la Universidad y durante buena parte de su militancia política. Economista especializado en cuestiones fiscales.

"Ricardo". Amigo, compañero de militancia política.

"Fernando". Amigo, compañero de militancia política.

"Lucho". Amigo, compañero de militancia política.

Horacio Verbitsky. Amigo, compañero de militancia política. Periodista y escritor, presidente del CELS.

Jorge Alejandro Gaggero (hijo). Graciela lo acuñó a principios de los 70. Director de cine.

José Pablo Feinman. No conoció a Graciela, militó en la corriente política que asumió el gobierno nacional el 25 de mayo de 1973. Filósofo, periodista y escritor.

Gustavo Caraballo. Tampoco conoció a Graciela. Fue Secretario Legal y Técnico de la Presidencia durante el último mandato del general Perón (1973-74). Abogado y empresario.

Mirta Zon. Compañera de Leonardo Mellibovsky en la Universidad, convivió con Graciela durante las semanas previas a su desaparición. Médica.

Fernando Mellibovsky. Sobrino de Graciela, a quien no alcanzó a conocer de modo directo. Ingeniero, vive en Barcelona.

Eduardo Blaustein. No conoció a Graciela, amigo de Leonardo Mellibovsky. Escritor.

Benjamín Mellibovsky. Tío abuelo de Graciela, a quien conoció de niña. Agricultor, dirigente comunitario y cooperativo, benefactor de la colectividad judía.

Mauricio Bachetti. No conoció a Graciela. Periodista.

"Vecinos de Almagro y Balvanera". Agrupación vecinal de la Ciudad de Buenos Aires que aboga "por una memoria al servicio del presente y del futuro".

Gabriela Lotersztayn. No conoció a Graciela pero sí a sus padres. Escritora.

"Comisión para la Reconstrucción de la Memoria", Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Asociación que

trabaja, desde hace largo tiempo, para el rescate de la memoria histórica y por los derechos humanos.

Carola Kappelmacher. Amiga de toda la vida de Leonardo, conoció a Graciela en su juventud. Arquitecta, exiliada en Barcelona durante la última dictadura militar.

Víctor Zavalía. No conoció a Graciela; ha colaborado para que este libro viese la luz. Empresario y editor.

Ignacio Isaac Gaggero. Tampoco conoció a Graciela; ha realizado fotografías para este libro. Cineasta.



JORGE GAGGERO
COMPILADOR*

Nació en Buenos Aires en 1945, estudió en el Colegio Nacional de Buenos Aires y se graduó en economía política en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA (en 1971). A mediados de los años 60 integró el Movimiento Universitario Nacional (MUN) de esa facultad. Durante el bienio 1966-67 se vinculó con Arturo Jauretche y John William Cooke, y colaboró con Acción Revolucionaria Peronista (ARP). En 1967 se vinculó con las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), a las que se sumó inmediatamente después de su derrota rural en Taco Ralo (provincia de Tucumán). En 1970-71 se alejó de esa Organización con un grupo de compañeros que sostenían como prioritaria la lucha por el restablecimiento de la soberanía popular y respetaban la "conducción estratégica" del General Perón. Se sumó entonces a la Organización Montoneros y participó en tareas de gobierno tras el triunfo de marzo de 1973: fue asesor del Ministro del Interior y jefe del equipo asesor del bloque de diputados nacionales de la Juventud Peronista. A fines de 1973 rompió con la llamada "Tendencia Revolucionaria" del peronismo. En 1974-75 integró los equipos asesores de la Confederación General del Trabajo (CGT) y participó del proceso de confrontación político-sindical que derrotó a López Rega y lo obligó a salir del país. Después del golpe militar de 1976 y hasta 1980 vivió en el exilio, en Caracas (Venezuela). En 1989 se alejó del Partido Justicialista. De regreso a la Argentina trabajó en el sector privado y también en la administración pública. En la actualidad es investigador en temas económicos y fiscales, profesor universitario y miembro del "Plan Fénix" (Facultad de Ciencias Económicas, UBA). Está casado, tiene tres hijos y dos nietos.

* "compilar" es -según el Diccionario de la Lengua Española editado por la Real Academia- "allegar o reunir, en un solo cuerpo de obra, partes, extractos o materias de otros varios libros o documentos". La materia documental que reúne este libro no constituye, sin embargo, su principal sustancia. Son fragmentos de materia viva -humanidad de

afectos, combates, solidarias esperanzas y solitarias derrotas— que han sido rescatados del olvido los que laten adentro. Estos textos han resultado de un esfuerzo de memoria colectiva decidido a enfrentar los designios de los “desaparecidos” de una persona muy cercana a nosotros, Graciela Mellibovsky (y de tantos otros miles de personas, hace tan poco y bajo el cielo de esta tierra).

ÍNDICE

MEMORIA E HISTORIA	7
1. "Es PRECIOSA..."	11
<i>Matilde Mellibousky, fragmentos de una entrevista de Cristina Caiati, de marzo de 2005</i>	
2. LOS "POGROMS", ESAS MATANZAS TERRIBLES.....	15
<i>Santiago Mellibousky, fragmentos de una entrevista de marzo de 2005</i>	
3. NUESTROS PRIMEROS AÑOS	18
<i>Leonardo Mellibousky</i>	
La adolescencia	20
4. LOS AÑOS DE "VILLA DEL PARQUE"	23
<i>Mary Günfeld</i>	
Los años 50	23
Los 60	26
Los 70	27
Los últimos recuerdos	28
5. DÍAS DE AMISTAD CON GRACIELA...	29
<i>Adriana Kowalewski</i>	
¿Cómo nos conocimos? (abril de 2005)	29
Más tarde	30
Su militancia	32
Compartiendo oficinas	32
Encuentro en Barcelona (Julio de 2005)	33
Unas cartas	34

6. ...Y DE NÍTIDOS RECUERDOS	35
<i>Fernando Porta</i>	
7. TAN ENTERA Y LEAL	38
<i>Marie Moavro</i>	
8. "NO QUIERO ESCRIBIR ESTO"	40
<i>Antonio Elio Brailousky</i>	
9. LUCES Y SOMBRAS EN EL "COLEGIO DE LA PATRIA"	42
<i>Alicia Bernasconi</i>	
10. RULOS DE LA MEMORIA	44
<i>"Tito" Kaminker</i>	
11. ENCUENTROS Y EXTRAVÍOS	46
<i>Santiago Bignone</i>	
12. DOS CITAS, MEDIA DOCENA DE RECUERDOS	48
<i>Adrián Mingorance</i>	
13. CULTIVAMOS ROSAS BLANCAS PARA ELLA	50
<i>Horacio Losouiz</i>	
Antecedentes	50
Graciela se suma al MUN	51
Los Campamentos Universitarios de Trabajo (CUT)	51
La "etapa militar"	52
La última vez, rosas blancas	52
14. NUESTRA GENERACIÓN, LA DEL 70	54
<i>Jorge Gaggero</i>	
15. ALPARGATAS SÍ, LIBROS TAMBIÉN	57
<i>Jorge Gaggero</i>	
16. UN AÑO DESPUÉS DE LA INVASIÓN; FRUSTRACIÓN Y ESCRÚPULOS	60
<i>"Ricardo", entrevista de Jorge Gaggero</i>	
17. VIDAS PARALELAS: DOS ACTOS POR EVITA	63
<i>"Ricardo", entrevista de Jorge Gaggero</i>	
18. EN "VILLA PIOLÍN", CON LA CAUSA DE EVITA Y DE PERÓN	65
<i>"Fernando", entrevista de Jorge Gaggero</i>	
19. BUENOS AIRES-SAIGÓN	68
<i>"Fernando", entrevista de Jorge Gaggero</i>	
20. En un garaje, dos marcas indelebles	70
<i>"Lucho", entrevista de Jorge Gaggero</i>	
<i>Matilde Mellibousky, entrevista de Cristina Caiati</i>	
<i>en marzo de 2007</i>	
	73

21. GRACIELA, HORACIO Y RODOLFO	77
<i>Horacio Verbitsky, entrevista de Jorge Gaggero</i>	
22. LA FOTO INCOMPLETA	81
<i>Texto de Jorge Gaggero (hijo)</i>	
23. LA HORA DE CÁMPORA (25 DE MAYO DE 1973)	85
<i>Texto de José Pablo Feinmann</i>	
24. LA ÚLTIMA CITA	88
<i>Texto de Jorge Gaggero</i>	
25. CÓMO VIVÍ EL 24 DE MARZO DE 1976	90
<i>Testimonio de Gustavo Caraballo</i>	
26. LA ECONOMÍA DEL TERROR.....	94
<i>Texto de Jorge Gaggero</i>	
27. SU TRABAJO COMO ECONOMISTA.....	96
<i>Matilde Mellibovsky, fragmento de una entrevista de Cristina Caiati de diciembre de 2005</i>	
28. PLAZAS Y PREMONICIONES	98
<i>Matilde Mellibovsky, fragmentos de una entrevista de Cristina Caiati de marzo de 2005</i>	
29. UNA CONVIVENCIA BREVE Y ETERNA	100
<i>Texto de Mirta Zon</i>	
30. EN EL CAFÉ TORTONI	102
<i>Matilde Mellibovsky le cuenta a Jorge Gaggero, julio de 1999</i>	
31. EL DÍA SIN RETORNO	104
<i>Leonardo Mellibovsky</i>	
32. LA PATOTA.....	106
<i>Matilde Mellibovsky, fragmento de una entrevista de Cristina Caiati de marzo de 2005</i>	
<i>Santiago Mellibovsky, fragmentos de una entrevista de marzo de 2005.....</i>	
33. EL ADIÓS.....	109
<i>Santiago Mellibovsky, fragmentos de una entrevista de marzo de 2005</i>	
34. EL ENCUENTRO CON LAS "MADRES".....	111
<i>Matilde Mellibovsky, fragmento de una entrevista de Cristina Caiati de marzo de 2005</i>	

35. FERNANDO, "LAS DOS GRACIELAS" Y SU ÚNICA TÍA	113
<i>Testimonio de Fernando Mellibovsky, e-mail enviado a sus 19 años en 1997</i>	
36. "MURIÓ EL 'CARNICERO DEL OLIMPO'"	117
<i>Testimonio de Gustavo Caraballo</i>	
<i>E-mail de Gustavo Caraballo de abril de 2007, en respuesta a nuestra propuesta de publicar este texto en el libro</i>	
37. UN E-MAIL A TREINTA AÑOS DEL GOLPE (MARZO DE 2006)	120
<i>Jorge Gaggero a Graciela Cordeu</i>	
38. A TREINTA AÑOS DEL 25 DE SEPTIEMBRE DE 1976	123
<i>Leonardo Mellibovsky</i>	
39. "QUISIERA CRITICAR A GRACIELA, PERO..."	124
<i>Matilde Mellibovsky, fragmento de una entrevista de Cristina Caiati</i>	
40. EL DERECHO DE HONRAR A LOS NUESTROS	126
<i>La Ilíada-Canto XXIV</i>	
<i>(Texto de Homero, fragmentos)</i>	
41. UN FINAL PROVISORIO	128
<i>Leonardo Mellibovsky</i>	

ANEXOS

I. Santiago y Matilde unen sus vidas en un mundo en guerra ...	133
<i>Santiago Mellibovsky, fragmentos de dos entrevistas de marzo de 2005 y septiembre de 2006</i>	
II. La saga de sus mayores; de Ucrania a la pampa argentina ...	136
<i>Breve autobiografía de Benjamín Mellibovsky, hijo de León, el primero de la familia en instalarse en la Argentina</i>	
III. Memoria de la quema de libros y de Graciela traductora.....	154
<i>Homenajes Fahrenheit 451 por Mauricio Bachetti</i>	
IV. Homenaje de los Vecinos de Almagro y Balvanera (12 de septiembre de 2006).....	156
<i>Mensaje convocando al acto en que se colocó una baldosa recordatoria</i>	
V. "No le dolía a nadie"	157
<i>Matilde Mellibovsky le cuenta a Gabriela Lotersztain; fragmento del libro de Gabriela, aún inédito</i>	

<i>Texto de Horacio Verbitsky, publicado por Página 12 el 20 de mayo de 2007</i>	158
VI. Breve biografía estudiantil y política	160
<i>Texto acerca de Graciela Mellibovsky que integra el libro en memoria de los estudiantes desaparecidos y muertos por causas políticas de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, de próxima publicación por la "Comisión para la Reconstrucción de la Memoria de la FCE.</i>	
VII. "Fue en Pacheco" (Buenos Aires)	163
<i>Texto de Carola Kappelmacher, enviado a Leonardo Mellibovsky</i>	
Testimoniantes y artífices de esta memoria	165
Jorge Gaggero, compilador	169

Esta edición
de 2000 ejemplares
se terminó de imprimir en
A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L.,
Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina,
en octubre de 2007.